

# LA AURORA

## REVISTA MENSUAL DE LITERATURA.

BAJO LA DIRECCION DE DON JOSÉ ANTONIO TAVOLARA.

### LA ÓPERA DE LA CALLE.

I.

#### Preludios.

Caro lector—poco importa que conozcamos tu sexo,— vamos á hablarte de la mas maravillosa ópera que hasta hoy dia se haya compuesto en el mundo.

Es verdad que nunca se la anuncia por los carteles segun costumbre, como cuando en nuestro coqueto teatro *Solis* se exhibe *Il Trovatore*, *Lu Norma* ó *Un Ballo in maschera*; pero tambien es de advertir que para ser puesta en escena, no necesita de ensayos ni de vacacion.

Siempre se representa ante una crecida y entusiasta concurrencia.

Y no hay noticia de que se haya suspendido una sola vez. ¿Os hemos picado la curiosidad?

Paciencia, y pronto levantaremos el telon de boca.

Todas las mañanas, ese gran drama lírico, que no deja de tener su sello peculiar, estriba sobre un tono distinto: ya suave como un coro melancólico de Donizetti, ya estallando de risa como una alegre composicion de Cimarosa.

Aunque no tenga que obedecer ni á las órdenes de un director, ni á los caprichos de un público, por lo regular empieza siempre á la misma hora, es decir con el alba de rosados dedos.

Metódica y confusa á la vez en sus pasos, tiene algo del concierto de salon y de la cerrada—no há mucho tiempo en voga en esta capital!!!

II.

#### La sinfonia.

La ópera de la calle es siempre local.

Escuchad.

Desde las cinco de la mañana, en el verano; desde las siete, cuando amanece, en invierno,—la abertura ó sinfonia se acerca semejante á una ola que crece.

Las puertas que chillan despacito sobre sus goznes.

El lechero que se la emprende con la aldaba, llamando á su marchante.

Las persianas que desde luego no descansan.

El repartidor de diarios que introduce la hoja periódica por el buzón ó por cualquiera otro agujero.

Los vehículos que se disponen á ir á estacionarse en la Plaza de la Independencia.

La campana de las Iglesias—no entramos en la cuestion Vicariato—que recuerda á los fieles que es hora de misa.

El pito de los vapores paquetes anunciándonos que acababan de fondear en nuestra bonita rada, trayéndonos noticias de la vecina orilla y quizá materiales para LA AURORA.

De vez en cuando, un cañonazo que concluye de desper-

tar á los que han pasado la noche con un ojo cerrado y otro abierto por esperar noticias del paquete de Europa.

Hé ahí lo que forma la sinfonia de este formidable concierto.

III.

#### Primeras escenas.

Apenas ha pasado una media hora, que ya todo vuelve á su silencio primitivo, interrumpido solamente por el bostezo de los dormilones haraganes.

A los tres cuartos de hora de la sinfonia, cada cual se dice en sus adentros, extriéndose los brazos:

«—¿Me levantaré? ¿No me levantaré?»

Un mosquito zumba á su oído y adormécele todo su buen querer, de manera que su cabeza vuelve á caer sobre la almohada, y á veces dan las nueve que aun está roncando.

A las nueve, Juanita, Sofia, Elena, etc., etc., se levantan sobresaltadas.

«—¿Qué sueño horrible! ¡el diablo! ¡las hadas! ¡huevos de oro! ¡Napoleon! ¡caballos! ¡sangre! ¡muertes! ¡robos! etc. etc. Todo eso es porque anoche hé estado en el Gran Circo Oceánico, al beneficio de la graciosa Kate Ormond. Toda la noche no he podido dormir; parecíame que me atravesaban el cuerpo con una lanza, que me cortaban la cabeza, que ponía huevos de oro, habiendo sido metamorfoseada en ganza, qué sé yo.... Ya no volveré al Circo.»

Federico, José, Pedro, Carlos, etc. etc., esos pobres locos, aun sentimentales, apesar de la fecha de 1863, que bastante claramente nos dice cuán adelantados estamos en una edad de hierro, en un tiempo de prosa y realismo,—tambien se levantan sacudiendo la cadena rota de un sueño.

«—Ella me engaña; es la pura verdad.... Sí, por mas que quiera negármelo, es ella á quien ví en Solis las otras noches, disfrazada de pastora.... ¡Ah, mujeres, mujeres, tonto quien se fia de vosotras!.... Esta noche iré.... nos veremos las caras.... »

Otros piensan en lo que van á hacer despues de levantados—ó en lo que han hecho en el dia que ha fenecido.

Estos meditan un artículo ó una composicion poética para tal ó cual diario,—un chiste para la Gacetilla, si son *Cronistas*,—un discurso, si son miembros de la Asamblea.

Ese se dispone á emprender una especulacion que si acierta con el tiro, lo llevará á la cumbre de la posicion social mas apetecida por los mercaderes.

Aquel se prepara á ser molestado por sus inferiores, sobre todo si él es Gefe del Estado, ó algun ministro, ó algun banquero, ó algo parecido.

Nunca falta un roto para otro descosido.



IV.

Los Tenores.

El reloj de la Matriz dá las diez.
¿Quién puede á esas horas estar entregado á Morfeo?
Nadie, seguramente.
Bastan, para despertarlo, las cavatinas que en aquel entonces empiezan, para no interrumpirse hasta la tarde.
Ya es el vidriero, á quien, sea dicho de paso, reconocemos dotado de un ojo de lince, pues siempre alcanza á ver, cualquiera que sea la distancia, si hay algun vidrio roto, ora por el ventarron, ora por el granizo, ora por pedrada, etc.
Vedlo pasar; nótese por su grito:
— ¡Vidriero! ¡vidriero!

Siguele inmediatamente el frutero:
— ¡Naranjas! ¡duraznos! ¡peras! etc.
Bastante rompétimpano tenemos en casa (esto es, si hay familia menuda) para no ser molestados por esa fastidiosa capatinela.

Y no es esto todo.
De repente se nos aparece un mercachifle, que jamás varía los términos de su recitado:
— ¡Madrás! ¡pañuelos! ¡hilo! ¡seda! etc.
Concluyendo su retahíla de artículos con el engañoso ¡barato!

Ya nos creemos libres de tanto tedio, cuando se nos presenta de súbito un paraguero,
Ó un tachero,
Ó un zapatero remendero,
Etc., etc., etc.
¡Oh!
¡Qué diversion!
O ¡gaja! dicen los Italianos.

V.

El piano de la vecina.

Por colmo de desventura, héte que nuestra vecina está aprendiendo á tocar el piano.
Desde que se levanta hasta que se acuesta, en toda estacion, tenemos que sufrir ese martirio.
La discípula no deja descansar su instrumento.
¡Qué frenesí!
Pero..... ¿qué decir, cuando el piano está desafinado?
¡Bienaventurados los que no tienen vecinas..... que toquen el piano!

VI.

Coros de la calle.

Una vez fuera de casa, si nuestros quchacres nos llaman á la calle, ya el piano no nos molesta, pero en cambio, el bullicio crece á nuestro rededor.
¡Oh sosiego de nuestra casa! ¿por qué te hemos despreciado?
Asi es el destino del hombre; quéjase del menor contratiempo, y la sabia providencia le destina mayores trabajos para despues, de manera que pueda comparar y conocer el error en que estaba.
Luego, bien es no quejarse y saber soportar todo con paciencia, de temor que todo no vaya en aumento.
Pero volvamos al caso.
¿Quién no pierde el juicio ante estos cantos, por no decir relinchos?

— Marchanta, verdura, masitas, melones, membrillos, perones, peras!!!
— Masita! la niña llora que quiere masitas.... mamá, pasa el moreno que vende masitas.... quiero masitas.... ¡hé! ¡hé! ¡hé!
— ¡Tachero! ¡tachero! compone caldera y tacho!
— ¡Afilador! ¡afilador!
— Naranjas, dulces, bananas, ¡barato! ¡barato!
Etc., etc., etc.
De vez en cuando, esos terribles andantes, son interrumpidos por el tambor ó la corneta.
Es que pasa un batallon ó un piquete.
— ¡Plan ran plan! ¡plan ran plan! ¡plan ran plan!
— ¡Tuturutulu! ¡tuturutulu!

VII.

En casa.

Si perteneces á la familia de los predestinados, como dice Balzac, y la suerte te ha concedido el tener chichuelos... ¡oh! entonces el zipizape es mucho mayor, sobre todo si algun amigo ó los padrinos les ha comprado algunos tambores ó trompetas.

VIII.

Nocturnas.

Con todo, la Noche ha estendido su mantilla negra sobre Montevideo.
Ya no se oye sino de tarde en tarde á algun cuerno de caza de algun prójimo que se esgrima en romperse el pecho.
Montevideo está comiendo ó acabando de comer.
Montevideo vá al Teatro ó al Circo.
Montevideo baila.
Montevideo juega.
Montevideo vela, con la pluma en la mano.
Montevideo llora.
Montevideo se rie.
Montevideo espera un dia mejor, el de Marcial, que nunca llega.
Montevideo.....
Alto, que ya nos hemos apartado del objeto; tan solo debemos ocuparnos de la calle.
¿A dónde va Vicente?
Al ruido de la gente.

IX.

La conventicula moderna.

Dan las doce de la noche.
Esas doce campanadas sonoras son como el preludio de la última parte del programa.
En la Edad-media—romántica y católica á la vez,—las gurias, los vampiros, los brujos y hechiceras, á caballo en palos de escoba, escojian esa hora para inaugurar sus misteriosas juntas en las que adoraban al diablo.
Vade retro, Satanas!
En los felices tiempos que atravesamos (sea dicho con el permiso del Redactor en jefe de La Reforma Pacifica), á esas horas ya no se encuentran por nuestras desiertas calles sino algun poeta elegiaco, borrachos, jugadores que van al garito ó se retiran ya, los vigilantes y algunos enamorados!!!—falange, toda ella, que nada tiene de brujería, por cierto.
Las doce y media.
Apáganse las lámparas ó velas, pero para ceder su lugar á la romántica mariposa.

A veces, cuando se estrena algun dramon, como por ejemplo Los Hijos de la Noche, Los Cosacos, etc. nada extraño es toparse con gentío, pero bien pronto todo el mundo reposa entre dos sábanas.

La una.
El amante criminal aparece en puntillas de pié.
Los periodistas de la Reforma Pacifica y de El Siglo se retiran á sus casas, despues de haber preparado la Seccion CÁMARAS.
¡Qué bien hablan nuestros Representantes!
Hé ahí otros músicos de que nos habíamos olvidado, pero los mandarémos á otra parte.
¿Dónde?
A la escuela.
¡Bravo!

El silencio mas profundo reina en Montevideo.
Mentimos: de media en media hora el sospechoso Sereno canta su favorito estribillo:
— ¡Las tantas han dado y sereno!

Hemos concluido.
¿Qué te parece, lector?
Hasta mas ver.

FILIBERTO.

EL MEZZO-MATTO

RECUERDOS DE LA VIDA SICILIANA BAJO LA DOMINACION BORBÓNICA.

POR JORJE SAND.

TRADUCCION PARA «LA AURORA.»

NOTA DEL TRADUCTOR.

Ensayamos si en nuestro organismo residen las facultades que distinguen al traductor, considerado bajo el punto de vista de la inteligencia.
La eleccion que hemos hecho para emprender el ensayo, arranca de la idea, fija en nuestra mente, de sostener el principio del derecho, ayudando esta vez á Jorje Sand á poner de manifiesto á los pueblos las consecuencias de la dominacion, bajo cualquier aspecto que se presente, y que para sustraerse á ella, todo sacrificio, si bien es un deber, es mucho mas una necesidad impuesta por la dignidad del hombre.
Bajo este respecto, pertenecemos al número de los mezzimatti, y tendríamos á mucha honra alcanzar á merecer la designacion.
Esto dicho, entramos en materia.

AGUSTIN DE VEDIA.

I.

El sobrenombre de mezzo-matto, muy prodigado en Sicilia, cuya espresion genuina es—medio loco—no es reputado como ofensivo. Se aplica con especialidad á todo individuo preocupado por una idea fija.
El anticuario, el pasionista por la pintura, el distraido, el enamorado, el humorista, el celoso, etc., son mezzimatti.
Se vé pues, que es una familia numerosa, cuyos diversos miembros tienen designaciones especiales en todos los países y en todas las épocas; pero se llaman tambien mezzimatti,

todos los que se singularizan por sus costumbres ó su carácter, y en esta segunda categoria se encuentran originales peculiares á la Sicilia, donde bajo 38° las ideas se exaltan con facilidad, adquiriendo proporciones exageradas las pasiones, el ridiculo y la originalidad.

Los celos allí, rujen como la cólera, y el amor y la demencia marchan siempre de consuno. La preocupacion del distraido y del humorista, forma de ellos una degradacion afflictiva de la naturaleza humana.

De ahí viene, tal vez, que el instinto cómico, alimentado por tantos objetos de observacion, es mas activo en Italia, en Sicilia sobre todo, que en el resto de la Europa.

Necesitábase una designacion exagerada que correspondiese y esplicase la exageracion de la cosa, y una vez imaginada, si entre aquellos á quienes se aplica, se encuentra individuos que no la merecen, otros hay que son mas que medio locos y la compensacion se establece. Bien se trasluce que es ilógica esa conclusion, pero la lógica del pueblo adolece de ese defecto.

Hay otra especialidad, á la que pertenecen los usurpadores del titulo de mezzo-matto, pues se lo atribuyen para adquirir el privilegio de hablar sin sujecion á reglas y satisfacer su inclinacion á la independendencia, la sátira ó el desprecio de las convenciones sociales.

Hallándome en Sicilia, proyecté una ascension á la cumbre del Etna y me indicaron al sábio y oficioso Mr. Gemellaro, cuyas luces y esperiencia, son auxiliares apreciables en esa difícil empresa.

Mr. Gemellaro, vulgarmente llamado el doctor del Etna, tiene su domicilio en Nicolasi, último pueblo que se encuentra en la falda de la montaña, mas allá del cual, empieza el formidable caos, cuyo imperio se disputan la nieve y el fuego.

El Doctor, que ha consagrado su vida al estudio de este volcan, le ama como á su propiedad exclusiva. Conoce las desfiladas peligrosas, los abismos, los bellos puntos de vista, y las sendas que conviene seguir, segun la estacion.

Cuando á algun viajero imprudente sucede algun contratiempo deplorable, Mr. Gemellaro se manifiesta inconsolable, á causa del mal que infiere á la reputacion de su querido Etna.

Sobre la mesa del Doctor se ostenta un modelo en relieve de la montaña, hecho por él mismo, sin olvidar el menor detalle.

En tanto que mis compañeros de viaje y yo, admirábamos esta obra maestra de exactitud y de paciencia, Mr. Gemellaro nos dijo con risueña amabilidad:—«Yo soy mezzo-matto.»

Hallándome, tiempo atrás, en un café de Catania, presencié una discusion entre varios hombres, de los cuales uno, mas exaltado, exclamó: «No me precipiteis, soy mezzo-matto, y podria deciros cosas que os desagradasen.» En efecto, este hombre concluyó por ultrajar á sus interlocutores, que no se enfadaron, gracias á la precaucion oratoria, y á la libertad que ella autorizaba.

Otra vez, en Siracusa, vi á una jóven que lloraba á lágrima viva, y mi conductor me observó que el amor la habia hecho mezza-matta.

Por estos tres ejemplos tan diferentes, se deduce que en Sicilia el apóstrofe se lanza con mas ó menos exactitud y medida.

Habiendo procurado definir la frase, procuraré presentar entre las variedades que la provocan, un tipo que no pueda encontrarse en otra parte alguna y designarse con otro nombre.

En una plaza de Mesina tuve la satisfaccion de descubrir el modelo del mezzo-matto siciliano. Era un hombre de cuá-



renta años próximamente, flaco, huesoso, algo encorvado, con pronunciadas cejas negras, arqueadas y movibles, ojos chispeantes y fisonomía inteligente, en la cual se hubiera creído observar, por sus alteraciones, que los pensamientos se sucedían en su cabeza, con la regularidad de la luz de un faro.

Su lábio alternativamente sonreía ó hacia un mimo cómico y afligido; en sus gestos, la inquietud sucedía á la calma, la alegría á la melancolía, la benevolencia al sentimiento opuesto,—todo con transiciones tan súbitas, que al mirarle, á mi pesar, imitaba su inconsecuencia mímica.

La primer vez que le ví, vestía pantalon negro, chupa de lienzo ordinario, un gran sombrero de paja, que con la ausencia del chaleco y la corbata, le daba el aire del filósofo segador, chuscamente heteróclito,—y apesar de todo, reconocí en él lo que se llama un hombre de sociedad. No sé qué, de interesante y noble, traslucía al través de su máscara de Pasquino.

Hablaba solo en la calle como si preparase algun discurso patético, manifestando por momentos, desaliento tal, que estuve por decirle:—«No os atormentéis así; ya veréis cómo todo se arregla.»—Pero hé aquí que se detiene de improviso y cruza los brazos con aire de triunfo, prueba evidente de que su buen génio le sopló la idea, para salvar la dificultad que le contrariaba.

Nuestro original era muy conocido en el pais, pero los comentarios á su intencion, tan variados como los juegos de su fisonomía. Los negociantes de Mesina decían de él, que habia disipado su fortuna por satisfacer caprichos dispendiosos y liberalidades injustificables. Los propietarios ricos de Catana atribuían la bancarrota de su fortuna á la mala administracion de sus propiedades infructuarias. Unos decían que pertenecía á las inteligencias aventajadas, otros que era un falso filántropo; pero los pobres, los débiles y los afligidos, cuyo número es grande, desde Mesina hasta Noto, reconocían en él un amigo, y como un beneficio del cielo, el momento en que venía á llamar á la puerta de su humilde albergue.

Todas estas apreciaciones del *mazzo-matto*, envolvían un misterio que despertó mi curiosidad, y como no escaseaban las anécdotas sobre este personaje fantástico, pronto me hice de datos suficientes para formar su biografía, cuya única garantía estriba en la voz pública y tambien en las preocupaciones vulgares.

Héla aquí:  
En una época no muy distante, en el Colejio de Jesuitas de Nápoles, descollaba entre los mas aventajados alumnos el jóven marqués Germano.

A los diez y siete años regresó al domicilio paterno con el hábito y una inclinacion muy pronunciada al estudio, de manera que con el andar del tiempo, añadió á su educacion primitiva, la que se adquiere meditando sobre las grandes verdades que la filosofía consignó en sus *clásicos*.

Se agregó á la sociedad de sábios y literatos del reino de las Dos Sicilias y desde luego se adquirió la simpatía y el aprecio de sus cólegas—el marqués Gargallo, el profesor Melloni y el célebre Galuppi, que le consideraban como á aquel de sus sucesores de mas bellas esperanzas.

Nuestro jóven se dedicó con preferencia al estudio de la Geología y á la investigacion de las antigüedades Griegas y Romanas.

Veinte y cinco años tenia, cuando la muerte de su padre, le hizo dueño de una fortuna muy considerable. Rehusó las ofertas de proteccion y empleos que se le hicieron; rehusó brillantes proposiciones de casamiento, y retirándose á su *Villa Germana*, situada entre Mesina y Gallidoro, se entregó

para siempre á la vida del filántropo, cultivando á la vez la sociedad de los artistas y poetas mas distinguidos de Sicilia.

Comprendiendo que la ostentacion no es la aspiracion de la filosofía, contrajo sus grandes medios y sus grandes facultades intelectuales á esparcir la vida y la felicidad al alcance de su accion.

En oposicion con la generalidad de los sábios que se apasionan hasta el idealismo de las investigaciones que los preocupan, el Sr. Germano descuidó gradualmente sus inclinaciones de Geólogo y anticuario, que al principio parecían innatos á su naturaleza.

A las observaciones de sus amigos, contestaba que con la edad se adquiría la esperiencia, que fijaba el empleo del tiempo; reía con ellos de sus propias excentricidades y con el escardillo y la regadera en la mano, cultivando su jardin, meditaba en la inestabilidad de las cosas de la vida y en los medios mas propios para dignificar la humanidad;—luego, al precepto de la inspiracion sucedía la práctica razonada de los beneficios.

Un dia, el Sr. Germano, pidió su berlina de viaje y recorrió sus diversas propiedades. Tenia campos de arrendamiento en Taormina, grandes viñedos en las faldas del Etna, y casas en Catana.

Empleó ocho dias en examinar todo; interrogó á los arrendadores; anotó sus observaciones y regresó á Mesina. Hizo llamar á su intendente y le dijo con dulzura:

—Ha largo tiempo que sabia que me robabas, pero antes de despedirte,—porque voy á dar con eso, una leccion y un aviso, á aquellos de mis servidores que no me fuesen fieles,—antes de despedirte, seguro de que no encontrarás acomodo, he querido que tuvieses con qué vivir y he esperado. Hoy dia, tus sustracciones ascienden á seis mil ducados; con eso, bien administrado, tienes suficiente para el resto de tus dias; por consiguiente, te despido, porque no quiero tener mas tiempo en mi casa á un pícaro como tú.

El intendente, confuso de ver á su señor tan bien instruido, se consideró feliz al merecer su indulgencia; confesó de plano la justicia con que se le despedía y se retiró.

Desde entonces, el Sr. Germano administró en persona sus bienes, haciendo la observacion, de que, la filosofía sería una cosa muy estéril y aun nociva, si nos impidiese velar por nuestros intereses y aplicar las estrictas leyes de la justicia, en las relaciones con nuestros dependientes, premiando á los buenos y castigando á los malos. El excelente filántropo no meditaba en que la justicia no contemporiza de tal manera con las consideraciones de la humanidad.

Entrado á la vida práctica, arregló su tiempo;—tomó la excelente costumbre de levantarse temprano y consagró tres ó cuatro horas antes de almorzar á inspeccionar las dependencias de su *Villa*. Le ensillaban una mula mansa, segura y práctica, y en ella recorria las montañas de Gallidoro, pais salvaje y pintoresco, cuya activa vegetacion no produce mas que matorrales impenetrables, por la falta de brazos para su cultivo.

El Sr. Germano visitaba todas las alquerías ó cabañas que encontraba al paso, se informaba de las necesidades de sus habitantes y cuando encontraba el desaliento y la miseria, proporcionaba socorros y consejos y no se retiraba hasta no haber obtenido la promesa de secundar sus intenciones, sacudiendo la inercia y teniéndole en los inmensos beneficios del trabajo.

En uno de esos paseos matinales, el marqués se encontró á la orilla de un torrente, crecido por las lluvias de primavera, una hermosa jóven, de diez y ocho años, que procuraba pasar el torrente en el punto mas vadeable. Todo su ves-

tido, se reducía á una camisa larga, y ya ponía un pié en el agua, cuando se detuvo á la vista del marqués.

—Hija mia, dijo él,—haréis mal en entrar en esa agua helada.

—No, señor marqués, contestó ella, estoy habituada; pase vuestra excelencia primero y yo le seguiré.

—De esa manera se adquieren enfermedades, querida; ya que me conoces, monta en ancas de la mula y pasaremos juntos.

Dijolo él, y la jóven lo hizo sin indecision; estribó en el pié del marqués, y de un salto, tan ágil y desembarazado como el de una pantera, se acomodó en las ancas. Arregló decentemente la camisa sobre sus piernas en forma de guardapiés, apoyó una mano sobre el hombro del señor Germano y la mula se puso en marcha.

Una vez sobre la ribera opuesta, el marqués dijo á su compañera:

—Tú estás mejor ahí, que caminando sobre las piedras y las espinas, amiga mia.—Déjate estar, te llevaré á tu casa descansadamente, y camino andando, me contarás cual es la vida de tu padre, cómo se llama, si tiene mucha familia y si es feliz en su interior.

—Mi padre, contestó la jóven,—aceptando la proposicion del marqués—es el pobre Mateo, arrendador de vuestra excelencia. Muchas veces, por su orden, he ido á llevar leche y huevos á la *Villa Germana* y he tenido el honor de ver á vuestra excelencia en su jardin, por la ventana de la cocina. Nuestra familia no es numerosa; soy la hija única de mis padres y para suplir la falta de un hijo varon que mi padre siempre deploraba, le he prometido hacer sus veces, ayudarle con actividad en la labranza y no casarme nunca. Por la tarde, cuando recojo mis cabras, oyen mi voz á una milla de distancia. No necesitaria reposarme en el camino para llevar cuatro garbas de trigo, sobre mi cabeza, desde aqui hasta Gallidoro. Mi brazo no es muy grueso, pero poco esfuerzo necesito para lanzar un haz de paja sobre una carreta. En prescheia de estas cualidades, mi padre no se queja ya de la falta de un hijo varon.

Y hablando así, la interesante jóven mostraba su brazo delicado, apenas dorado por el ardiente sol de Italia.

—Tú eres capaz de lanzar al aire un haz de paja, dijo el marqués, y no conoces que tu brazo es de formas admirables. La *Venus de Siracusa* no los tenia tan bellos.

—No es preciso decirme eso, excelencia. Tanto mejor para esa dama de Siracusa, si no necesita trabajar. En cuanto á mí, es distinto; he prometido permanecer soltera; que sea bella ó fea, no hace al caso y poco me importa. Pero yo siento aquí (señalando la frente), que si mi corazón hablase, el perjurio sería la consecuencia, y es por eso que desconfío y evito las galanterías.

—Tu juramento es de ningun valor, contestó el marqués; las bellas jóvenas como tú, son hechas para casadas y paradas bellos y fuertes hijos á nuestra espirante Sicilia. Entremos en la via de las confianzas;—¿por estas montañas, no cruza algunas veces, algun jóven bien constituido, que haya dejado deslizar de sus lábios, cerca de tu oido, algunas palabras de amor?

La jóven pareció no apercibirse de esta interpelacion.

—Para contestar, dijo, á la pregunta que vuestra excelencia me hacia, con relacion á la felicidad de mi familia, puedo asegurarle que no tendríamos de qué quejarnos si el pan no faltase nunca. Cuando las gallinas no ponen y las cabras dejan de dar leche, la fisonomía de mi padre se nubla y mi madre padece. No obstante eso, con la proteccion de la Virgen Santísima, todo alcanza á remediarse.

—Todo eso está muy bueno, observó el marqués, pero es

preciso no olvidar que con el andar del tiempo la vejez nos sorprende, y con ella, las enfermedades ó el desgaste de las fuerzas y que cuando tus padres ya no puedan trabajar, será tarde para tí, si quieres encargar á un yerno del cultivo del arriendo; mas claro, será tarde ya para que puedas casarte. Tú objetarás, tal vez, que tu marido querría llevarte á su casa, pero eso es eventual. Respóndeme como á un amigo:—¿este pais es tan desierto, que no haya en él algun jóven que hubiese merecido tu atencion?

Nuevamente la jóven esquivó la respuesta y se contentó con decir:

—En nuestra condicion nos consideramos felices con tener un patron humano y bueno, como vuestra excelencia, y nuestro mas vehemente deseo es conservarle siempre. Hé aqui nuestra casa, prosiguió, voy á prevenir á mi padre de vuestra visita y tomar unos limones para prepararos una limonada.

Esto diciendo, saltó lijeramente á tierra y se lanzó con una gracia y jentileza que impresionaron vivamente la imaginacion del marqués.

Con las mayores demostraciones de respeto fué recibido en la granja el marqués, y su primera ojeada le reveló la estrema pobreza de esta humilde habitacion, que á la vez de granja, servía de almacén y dormitorio, y en la cual el establo de las cabras tenia tambien su reparticion. Dos tarimas recubiertas de paja de maíz, representaban los lechós, y el aire y la luz penetraban en ella por la puerta y una ventanilla sin vidrio. Ausencia absoluta de todo objeto de lujo, á no ser una estampa de la *Madona* (la Virgen) pegada á la pared, y un ramo de florecillas silvestres que le adornaba.

Apesar de esto, la belleza de Zita—tal era el nombre de la jóven,—su juventud, su vivacidad, y el timbre melodioso de su voz, transformaban la granja en un pequeño templo donde la animacion y la alegría tenían su asiento.

Sobre una mala mesa, Zita colocó miel, naranjas, limones, y agua de manantial, para el *refresco*. Mientras que el marqués hacia honor á esta modesta colacion, el arrendador, con su gorro en la mano, y su muger apoyada en el hombro de su hija, admiraban las maneras elegantes que el marqués desplegaba al prepararse su refresco.

Despues de haber hablado de la próxima cosecha, del precio de la avena, del cultivo del trigo de Turquia y de otras cosas análogas, el Sr. Germano se volvió hácia la jóven, cuyos grandes ojos observaban todos sus movimientos, y le dijo:

—Ahora conversaremos los dos, Zita—En primer lugar, yo quiero que te cases.

—Vuestra excelencia tiene razon, observó la madre.—¿No es verdad que sería *pecado* dejar extinguirse la familia?

—No se extinguirá, contestó el marqués.—Oyeme Zita; no has querido contestar á las preguntas que te hice en el camino, pero ahora, delante de tus padres, es preciso que nos espliquemos. ¿Hay algun jóven enamorado de tí, si ó no?

Zita levantó los ojos al cielo, lo que quiere decir *no*, en pantomima siciliana.

—¡Y bien!—prosiguió el Sr. Germano, te doy quince dias para que busques un marido á tu gusto, jóven, bello y de buen carácter. No te preocupes por su fortuna, yo me encargo de eso.

—Mi opinion era, dijo el padre, que no se casase, pero puesto que vuestra excelencia se encarga de todo, es muy diferente.

—Me encargo de todo, en efecto. Pasado el plazo que he dado á Zita, si ella no encuentra pretendiente, yo le propor-



cionaré uno, y le prometo desde hoy cincuenta ducados anuales de pensión para cada hijo que tenga.

El marqués concluyó su vaso de limonada, tomó su sombrero y su látigo y pidió su mula.

Segun la costumbre del pais, los arrendadores besaron la mano de su patron, quien dijo á Zita al despedirse de ella:

—Adios, amiga mia, dentro de quince dias nos encargaremos del vestido de boda.

II.

Durante quince dias, el marqués fué todas las mañanas á la granja á saborear la limonada con miel, preparada por Zita, y disertar sobre la cria de cabras y la manera de hacer fecundas á las gallinas, con tanto interés como si se hubiese tratado de las revoluciones que agitan á la gran familia humana.

Esa simplicidad de costumbres, de una encantadora escentricidad, es muy comun en Sicilia, por lo cual los amigos del marqués no formaron comentarios, ni lo designaron por ello con el nombre de *mezzo-matto*, que mereció por otras singularidades.

Pasada, pues, la quinceava fijada á Zita, de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, preguntó el marqués á su arrendatario si se habia encontrado el yerno.

—Lo que es yo, contestó Mateo, espero que vuestra excelencia lo presente; lo aceptaré sin exámen y creo estar seguro de que será bien recibido por mi muger y mi hija, que es la mas interesada.

—Mi eleccion está hecha, dijo el marqués, —mañana os traeré el hombre en quien me he fijado, y si Zita lo encuentra á su gusto, no habrá mas que decir.

Al volverse á su casa el Sr. Germano, bajaba una senda tortuosa, cuando oyó una voz de contralto, de un timbre prodigioso, que de muy lejos lo llamaba.

Detuvo su mula para escuchar de donde venia el eco y vió á una muger que descendia de la cima de la montaña con la lijereza de una corza, en la que reconoció á Zita, que un momento despues estuvo á su lado, sin notable agitacion por una carrera de una milla al través de quebradas escabrosas.

—Excelencia, dijo la jóven, —yo pensaba que el proyecto de casamiento de que hablabais era una fantasia sin consecuencia, y que el plazo de quince dias que me dabais, no pasaba de una broma, pero, puesto que segun parece hablais formalmente, es fuerza que me explique. Tengo un amante, —este secreto mio, que no me he atrevido á descubrir á mi padre, os lo comunico, persuadida de que en vuestra bondad, vais á darle la preferencia á otro cualquiera, para realizar vuestro proyecto.

—¡Ah! la reserva encubierta con la máscara seductora de la belleza y de la inocencia! —Veo bien que en este caso la reserva es una virtud y no te regañaré por eso. Sin embargo, si me hubieses hecho tu confesion desde el primer momento, me hubieras evitado formar otros proyectos. No importa, aun es tiempo; —vamos á ver, —¿tu amante es jóven, ardiente, bello y de constitucion vigorosa? —porque rica naturaleza como es la tuya, por nada de este mundo consentiria en que te casases con un hombre raquítico y contrahecho.

—Excelencia, es un atleta de veinte y un años; con una sola mano tendria bastante para sujetarnos á nosotros dos por mucha resistencia que le opusieramos; tiene talento y compone canciones tan lindas, que yo le oiria cantar de la mañana á la noche. No es un holgazán, sirve de mensajero entre Taormina y Randazzo y dos veces por semana cruza estas montañas, para encargarse de las comisiones de los

agricultores. Pastoreando... hemos encontrado con frecuencia. Sin que por causa, gusté de él desde un principio, despues...

—Carlo, excelencia; ¿qu es verdad, suena bien.

—¿Crees tú? —Dime, ¿estás segura de amarlo y de que lo merezca?

—Muy segura de uno y otro; excelencia; mi inclinacion nace de instinto, y luego, ¿no es justo amar por correspondencia? Cuando pienso en Carlo, me parece bello como un semi-dios, y mi corazon se subleva con la idea de pertenecer á otro.

—¡Feliz tuante! —murmuraba el marqués, entregado á reflexiones. —Es seriamente amado. ¡Qué perfeccion de muger se lleva! —Es una verdadera obra maestra de la Creacion. —¡Qué ojos! ¡Qué talle! —esbelto como el de la Diana antigua. —¡Qué voz! —Un pecho de acero sirviendo de tabernáculo á un corazon de ángel. —¡Oh, Sicilia! —tus hijos son bellos, pero demasiado raros. —¡Oh Siracusa! —¿Qué se hizo el millon de hombres que se agitaba en tu recinto? —Tranquilizate Zita, añadió en voz alta; tu Carlo es de mi gusto, puesto que ha sabido fascinarle. Enviaré á buscarlo á Taormina y mañana lo presentaré á tus padres. Vuélvete á tu casa y duerme en paz, *figlia mia*. Quiero que estés contenta de mi...

Carlo tenia su domicilio en la Villa de los Jardines, situada sobre la via de Mesina á Catania, al pié de la escarpada roca que domina el antiguo *Taurómánium*. Mandóle llamar el marqués, bajo pretexto de encargarlo de asuntos importantes, y dos horas despues, Carlo se presentaba en la Villa Germana, cuya espléndida perspectiva algo hubo de deslumbrarle. La fachada morisca, la fuente en que se bañaban las ninfas de bronce, la escalera convexa que sube al peristilo adornado de columnas, el lujo de las habitaciones vestidas de terciopelo y damaseo, todo ese conjunto de preciosidades que la opulencia ostenta por vanidad ó por refinamiento de gusto, justificaba la admiracion del humilde comisionista de los agricultores de Gallidoro. Tentacionés tuvo de quitarse los zapatos para no estropear el mosaico del pavimento, y si el marqués no hubiese gozado de una reputacion aerisolada de buen cristiano, nuestro hombre hubiera creido hallarse en el palacio de algun encantador, á juzgar por la multitud de libros que contenia su gabinete y la caprichosa ramazon de la bata con que estaba cubierto.

Por su parte, el señor Germano, examinó á Carlo con curiosidad manifiesta.

—*Per Bacco!* — exclamó — este modelo de fuerza y de belleza hace honor á la eleccion de Zita! — ¡Qué espaldas! ¡Qué músculos! — Ven delante de este espejo, hijo mio, para ver cual de los dos es mas alto. — Tú tienes una pulgada mas que yo, — esto me agrada tanto, que declaro que Zita te pertenece por derecho.

—Excelencia, dijo el comisionista, no hay que fiarse mucho de las apariencias; con frecuencia sucede que un hombre de constitucion aparentemente vigorosa, no es mas que un pobre diablo. Las espaldas y las piernas no prueban nada si el estómago es débil. En cuanto á la Zita que habeis nombrado, no comprendo lo que queréis decir.

—¡Ah! — exclamó el marqués, — te advierto llevas mal camino; vas á ponér en juego la desconfianza y la mentira, pero yo soy del pais y conozco todas vuestras arterias y camándulas. Abreviemos; tú amas á la hija de mi arrendador Mateo y yo me intereso por esas buenas gentes; Si quieres casarte con

Zita, yo le doy mil ducados de dote y una pensión de cincuenta ducados para cada uno de los hijos que tenga. De tu repulsa no resultará inconveniente ninguno, porque no me costará nada encontrarle un marido que no se queje de debilidad desde estómago.

—Mucha audacia seria en mi contradecir á vuestra excelencia. Puesto que lo desea, supongamos que yo amo á Zita y que acepto la proposicion.

—Tu complacencia es extremada y á decir verdad, yo no esperaba menos. — Bueno, ya que consentes en fingir por un momento que amas á la jóven por quien suspiras y en recibir un dote que estabas muy lejos de imaginar y sin el cual, tambien te hubieras casado con ella, si te la hubiesen dado, iremos juntos á su casa y te presentaré á sus padres.

—Inútil es decir que la proposicion del marqués fué aceptada por Carlo, sin mas objecion, y fueron á casa de Zita.

El buen Mateo que no sabia nada de estas negociaciones, aceptó el yerno que se le proponia y fué agradablemente sorprendido por la docilidad con que Zita se conformó al ajuste, que no era otra cosa que la realizacion de sus ensueños.

Salvada la única dificultad con la promesa del marqués de proporcionar á su arrendador quien reemplazara á Zita en los trabajos de la granja, se fijó el Lunes de Pascua para la ceremonia del sacramento que debia realizarse en Gallidoro.

Carlo fué recibido en la intimidad de la familia, y no descuidó aprovechar ese privilegio siempre que se lo permitian sus quehaceres. Poeta y músico, cuando no ayudaba á Zita en sus labores, cantaba, acompañándose de la guitarra, composiciones de su número.

Un criado del marqués vino á la granja á buscar el único vestido que poseia Zita, que por la primera vez salió del armario otro dia de la semana que no fuese el domingo. — y por ese modelo, una costurera de Mesina hizo el canastillo de la novia.

Cuando fué necesario probarse la ropa, Zita, vestida de seda, cubierta con un velo, y calzada con zapatos de raso blanco, tuvo un síncope viéndose tan bella. Dulces lágrimas manaron de sus hermosos ojos y creyó amar tres veces mas al protector y al amante, á quienes debia sus galas.

Todos estos proyectos se estrellaron momentáneamente contra un incidente imprevisto, de influencia tal, que á sus efectos mereció el marqués el título de *mezzo-matto*.

Cierto dia, Carlo esperaba el correo de Mesina á Catania, que debia entregarle la correspondencia para Randazzo y los pueblos de la montaña.

El ruido de la campanilla y el látigo del postillon hizo salir á Carlo á la calle, pero con gran sorpresa suya, el carro de la correspondencia pasó sin detenerse y el correo que iba en el pescante ni aun se dignó mirarle. Carlo corrió en su seguimiento y lo alcanzó parado á la puerta de una pequeña *locanda* (taberna.)

—¿No tenéis correspondencia que entregarme? — dijo al correo, — pero este, sin hacer caso de él, abrió el cofre y sacó algunos paquetes que entregó á un hombre vestido de nuevo, con galon de plata en el sombrero, que salió de la taberna, recibió la correspondencia con aire enfático y se puso á conversar en el dialecto napolitano con el correo.

—Esos paquetes deben serme entregados á mi, les interrumpió Carlo. — Si venis á reemplazarme tened la bondad de mostrarme vuestra patente de mensajero, porque yo no he sido prevenido de mi destitucion.

—El Napolitano en Sicilia, por poco que se halle investido de una sombra de autoridad, se considera como en pais conquistado y procede en consecuencia. Cuanto mas humildes son sus funciones, mas severidad afecta en el lenguaje.

Carlo, comprendiendo que aquellos hombres se complacian en humillarlo, esperó pacientemente á que se dignasen explicarse. Ninguna explicacion le dieron, pero las instrucciones que el correo dió al nuevo mensajero, sobre el servicio que tenia que hacer, aclararon sus dudas.

Cuando la diligencia hubo mudado de caballos, partió dejando á Carlo paseándose delante de la taberna, donde habia entrado su reemplazante. Una sirvienta de la *locanda*, á quien este conocia, le informó que un tal Don Francisco, llegado ese mismo dia, y que hacia ostentacion de su crédito en la direccion de postas de Mesina, se decia titular del empleo de mensajero entre Taormina y Randazzo.

Carlo meditó. — De la amistad del marqués y el amor de Zita, partian todas sus esperanzas en la tierra; y en consecuencia, tomó su mejor mula y llegó á la Villa Germana antes de la noche.

—Convengo, le dijo el marqués, despues de haber oido su exposicion, en que esa manera de proceder es muy frecuente en nuestro pais, pero debemos suponer, y es lo mas probable, que un accidente cualquiera ha impedido que el aviso de tu destitucion llegase á tu poder. Te felicito por tu paciencia y moderacion, solamente que tú debiste exigir con firmeza que el nuevo titular te mostrase su patente, y si persistia en su silencio, debiste forzarle á que te entregase la correspondencia.

—He sido un torpe en no proceder en ese sentido, exclamó Carlo, y no poco humillado me siento por eso; pero qué remedio, señor marqués; el temor de perder mi empleo, y que el resultado fuese retardar mi matrimonio ó hacerlo irrealizable, — luego el desden, el aplomo de aquellos hombres en su actitud insolente, todo contribuyó á amilantar mi espiritu y he quedado lucido — sin posicion, sin trabajo y teniendo que atender á los gastos de manutencion y alquiler del pesebre.

—¿No te avergüenzas, dijo el marqués, de afligirte á tu edad por tan poca cosa? Ese proceder es ridiculo y te declaro que te pone en mal punto de vista en mi opinion, pues no gusto de los pobres de espiritu, por mas que á ellos pertenece el reino de los cielos. Todos los funcionarios públicos de este pais, incluso los factores y postillones, son Napolitanos; tú eras la escepcion de la regla y tu destitucion era de esperar. Ahora, si quieres conservar mi proteccion, portate como hombre, y busca una ocupacion que pueda hacerte olvidar tu desgracia.

Carlo se retiró, desesperado por el triste papel que su falta de espiritu le habia hecho representar. Acostóse sobre la arena y pasó una hora rumiando su sinsabor. Pero el jóven tenia en sí, lo que se necesitaba para remediar ó empeorar la situacion — el valor y la resolucion.

Una idea le vino, y poniéndose de pié repentinamente:

—Aun es tiempo, exclamó, y en seguida se puso á andar. Llegó á su casa, dió un piense á su mejor mula y luego enroquetándose en ella, marchó para las montañas. Siguiendo los senderos de travesia, llegó antes de la salida del Sol al punto por donde infaliblemente debia pasar el mensajero con la correspondencia para Traucavilla — y esperó.

Don Francisco, conduciendo por la brida á su mula, vió á Carlo, vestido tambien de mensajero, plantado en el camino, y previó el peligro que le amenazaba. No siéndole posible retroceder se acercó y poniendo en juego su diplomacia rastrera para sondear el terreno.

—Buen dia, Don Carlo, dijo con dulzura; habeis madrugado mucho y me considero feliz de ser el primero en saludaros.

—¡Pardiez! — a yer no usasteis de tanta política. La almohada os ha dado excelentes consejos, y estoy seguro que á ellos debere el que tengais la complacencia de mostrarme la patente que os autoriza á reemplazarme.



—¡Cómo! —replicó el Napolitano— ¿creéis por ventura que usurpo funciones que no me pertenecen?

—Es un deber de vuestra parte mostrarme la patente.

—Sabed que el mozo de la oficina de la direccion de postas en Mesina, es el padrino del hijo de uno de mis primos. Un dia me dijo: «Francisco, tú debes entrar en nuestra administracion.»—Yo no lo deseaba, pero se cansa uno de vivir en los cafés y acepté esta bagatela esperando otra cosa mejor.

—Que seais hombre de calidad, rico, poderoso, admirable, y superior al resto de los mortales, como todos los Napolitanos, podria suceder; pero todas esas condiciones no os eximen del deber de mostrarme vuestra patente. Por el contrario, nobleza obliga.

—La he dejado en Taormina.

—Deploro esa circunstancia, porque no habiendo recibido el aviso de mi destitucion, es un deber mio considerarme como titular, y al cumplir con él, estoy en mi perfecto derecho. Creo que no tendréis nada que objetar;—entregadme las encomiendas y la correspondencia.

—No hay para que precipitarnos, contestó el Napolitano; conversemos un momento y estoy seguro de que nos arreglarémos como buenos amigos y compatriotas. Yo amo á los Sicilianos...

—Sí, dijo Carlo; por la mañana y en los caminos solitarios, pero en la ciudad, vuestro amor se cambia en desden. Pero dejémonos de camándulas, yo no soy vuestro amigo. En cuanto á designarme como vuestro compatriota, es una complacencia que merezco á vuestra excelente educacion. Aunque el conocimiento de la geografia no es mi fuerte, sé que Nápoles está en el continente y que el punto en que estamos, es un pedazo de tierra rodeada de agua por todas partes, llamado la Isla de Sicilia, de cuya superficie se desprende el Etna gigantesco, en cuya cima se abre un cráter que suele servir de faro al navegante. Esto dicho, por incidente, entregadme la correspondencia.

—Tengo en mi poder un instrumento de acero que sirve para que los hombres de bien se defiendan contra los salteadores de caminos, y esto diciendo, sacó Francisco su cuchillo; pero Carlo, rápido como el pensamiento, con una mano le asió la muñeca, sujetándole como con unas tenazas y con la otra le cojió de la garganta.

—¡Mó! ¡mó! —rugió Francisco, no me ahorquéis, voy á entregaros la correspondencia.

—¡Ah! ya sabia que á eso habíamos de venir á parar. Me habeis forzado á usar de violencia, cuando si fueseis un hombre razonable, os hubierais prestado buenamente á satisfacer una exigencia reclamada por la justicia.

El cuchillo de Francisco fué arrojado por Carlo á los matorrales, y las encomiendas y correspondencia cambiaron de mula. Carlo se puso en marcha, lanzando un hurra de triunfo, que desgraciadamente fué de corta duracion.

Francisco regresó á Taormina y fué á declarar ante la autoridad que habia sido asaltado por Carlo y otros bandidos armados hasta los dientes, que le habian abocado un trabuco cargado de metralla, y que despues de una resistencia heroica, se habia visto en la necesidad de ceder al número y á la violencia, entregando la correspondencia pública de que era conductor.

Cuando Carlo regresó á su casa, encontró en ella un sargento y un gendarme que le ordenaron los siguiese á Taormina, y él, sin manifestar emocion, llamó á un muletero que pasaba por la calle.

—Nicoló, le dijo, estos señores me conducen á casa del Comisario para dar ciertas esplicaciones; hazme el gusto de llevar esta correspondencia á la posta, y cuidar mis mulas en mi ausencia.

Ya Carlo habia asistido á un compañero por una seña significativa, que trataba de sacar de las sacras de los Cartajineses.

—Bueno, contestó Nicoló, bucalo una zana con el ojo izquierdo; no te vayas á engañar de cuando hay tantas ruinas y senderos de cabras en las montañas, que en Taormina se. Mira la cabeza blanca del Etna que sobrepasa á las otras montañas y parece un anciano rodeado de sus hijos. Recibe su bendicion y la mia; tus mulas no carecerán de nada.

Las palabras y la mímica del muletero tenian una significacion inteligible solamente para Carlo.

En la marcha á Taormina, nuestro jóven dirijió una invocacion á Santa Agata de Catania y Santa Rosalia de Palermo, pidiéndoles inspiracion para mistificar á su escolta, y contando con su proteccion, esperó que ellos entablasen conversacion.

—Mal negocio te has echado encima, le dijo el sargento.

—Eso segun, si me juzgan sin oirme, claro es que no tengo nada bueno que esperar.

—¿Quieres que te indique un medio excelente de salir del apuro?

—Seguramente, dos medios valen mas que uno—esplicaos.

—Tú eres jóven, vigoroso y bien formado. Con esas condiciones físicas se hacen los soldados arrogantes. Pide contracr un enganche voluntario;—vosotros los Sicilianos considerais como un privilegio no estar sujetos á la conscripeion, pero os engañais, es al contrario una exclusion y una desgracia y por ella perdeis mil probabilidades de fortuna al lado de la existencia. Tal como me ves, sin mi pasion por la guerra, habria tenido muchas ocasiones de casarme con viudas muy ricas, enamoradas de mi uniforme. Fuera de eso, el soldado viaja, corre aventuras, y sobre todo, tendriais el gusto de ver á Nápoles!

—¡Nápoles! —esclamó el gendarme— ¡Qué ciudad! ¡Qué concurrencia en las calles! *Che pompa! che lusso!* Por la noche veinte mil picos de gas inundan la capital de una luz tan viva como la del Sol. Las carrossas se cruzan, y las tiendas iluminadas manifiestan los tesoros que encierran á la vista maravillada de los transeuntes—*Che pompa! che lusso!*

—¡Qué pompa, ¡qué lujo! —repitió Carlo, abriendo desmesuradamente la boca.

—Y sin contar, añadió el viejo sargento, que en Nápoles todas las distinciones son para el militar. El uniforme de paño azul fino, los entorchados del Lhakó, los galones; fácil es concebir su efecto. El ciudadano rico al lado del soldado, no luce mas, que la luz de una vela á medio dia. Engánchate, jóven!

—Buenos descos tengo, pero mi calidad de Siciliano es un obstáculo.

—Pero no insuperable; tú tienes buenas recomendaciones, te han dejado ejercer las funciones de mensajero y del mismo modo te recibirán entre los enrolados voluntarios, por poco deseo que muestres de ello.

Dos caminos se presentaron á la entrada de la ciudad arruinada de Taormina.

—Señores militares, dijo Carlo, tengo un escrúpulo, la gloria tiene peligros y es fácil recibir una herida en una batalla. Decididamente, prefiero quedarme en Sicilia. Por lo que hace al Sr. Comisario que ha sido prevenido contra mí por mi enemigo, he resuelto no presentarme á él. Este es vuestro camino y yo me voy por el otro, deseándoos un feliz viaje.

Y al decir esto, Carlo rechazó con los epulos á sus dos acólitos y tan rudamente que les hizo dar traspiez á uno y á otro lado, lanzándose en seguida con la velocidad de una liebre.

El viejo sargento le gritó que se detuviese si no queria mo-

rir de un balazo, pero antes que hubiese armado la pistola de faltriquera, Carlo estaba ya fuera de su alcance.

El gendarme le persiguió con el sable en la mano, pero á poco andar se encontró con un terreno cubierto de ruinas y cortado por muchas sendas. Preguntó á una chica que pasaba si no habia visto al fugitivo, y la criatura que conoció el acento de los napolitanos, no contestó y huyó sacando la lengua al extranjero.

Sentado sobre un fragmento de mármol, un fraile dominico, contemplaba los reflejos dorados del crepúsculo sobre las nieves del Etna.

—Padre mio, le dijo el gendarme, ¿un criminal escapado no pasó por este camino?

El sacerdote no se dignó contestar, ni aun mirar al interrogante.

El sargento y el gendarme se reunieron y siguiendo sus pesquisas llegaron á un gran cercado de alvés, cuyas grandes hojas presentaban sus puntas, agudas como la de un puñal, de donde vieron á Carlo, saltando como una cabra entre las rocas y la viña silvestre.

El sargento guardó su pistola en la faltriquera, el gendarme envainó su sable, y ambos volvieron á tomar el camino de Taormina, renegando contra los frailes dominicos, las hojas de alvés, las muchachas de la montaña y la Sicilia entera.

III.

Informado el marqués del disparate que habia cometido Carlo, quiso dar algunos pasos en su favor y fué á ver á Francisco, el cual le recibió con demostraciones exageradas de respeto y humildad, lo invitó á sentarse y permaneció en pie.

—Hé aquí el asunto que me trae, dijo el marqués; vuestro antecesor Carlo, es incapaz de detener á los viajeros á mano armada; há mucho tiempo que en el pais no hay bandidos; vengo pues, á pedirnos amistosamente que rectifiqueis vuestra declaracion, restableciendo la verdad de los hechos.

—Excelencia, respondió el Napolitano, es cierto que Carlo me ha arrebatado violentamente la correspondencia, confiada á mi celo, agravando su proceder con injurias que me ha prodigado sin razon;—antes de este momento, me parecia que ninguna influencia podria sustraerle á mi justa venganza y hubiera permanecido inexorable, aunque lo hubiera visto á mis piés implorando clemencia,—pero toda mi animosidad se desvanee, ante la recomendacion de vuestra excelencia; estoy dispuesto á oír sus proposiciones, seguro de que nos arreglarémos.

—Sí, sí, añadió el marqués, nos arreglarémos tanto mas fácilmente, cuanto que no vengo á pedirnos una gracia.

—Me habeis seducido de tal manera, excelencia, que por agradaros falsearia la verdad.

—Al contrario, es preciso que la restablezcáis, como un deber á que está obligado todo hombre de bien.

—Tengo la pretension de serlo; vuestra excelencia es muy noble, muy rico, muy ilustre; con una insignificante demostracion de amistad que me hagais, las cosas pasarán segun vuestro deseo, y esto diciendo, el tunante tendió la mano en ademan de recibir.

Como el marqués permaneciese impasible, sin parecer comprender el alcance de las palabras y la accion del mensajero, este continuó con inflexiones de voz menos insinuantes:

—Las consecuencias de un pleito de esta naturaleza, siempre son desagradables y me seria sensible que Carlo tuviera que sentir las, cuando vuestra excelencia manifiesta interesarse por él.

Como ninguna demostracion de amistad, pasase del bolsillo del marqués á la mano de Francisco, este continuó:

—¡Saquear á un mensajero! —es asunto grave!

—Mas grave es aun un testimonio falso, y fuera de eso, vuestra conducta, rehusando con orgullo é insolencia exhibir los titulos que os autorizaban para reemplazar á un empleado destituido, es un proceder indigno. Si Carlo es perseguido y condenado, otro proceso será la consecuencia de eso y la verdad trascenderá por la accion de la justicia. Puesto que como vos mismo lo decís, teneis la pretension de ser un hombre de bien, retirad vuestra falsa declaracion sin condiciones. Yo respeto demasiado á la verdad para dar un solo grano al hombre que no abre los lábios sino para ofenderla.—Adios, señor Francisco, os aconsejo que reflexioneis bien antes de tomar una resolucio definitiva; puede que tengais el buen sentido de comprender que marchais por un terreno falso.

En seguida, dejando su carruaje, se dirijió el marqués á pié, escalando el camino escarpado que conduce de los jardines á Taormina, para hablar al Comisario que habia levantado la sumaria informacion en el asunto de Carlo.

El Comisario le recibió con muchas consideraciones, y prestó oido atento á su solicitud.

—Vuestra excelencia, dijo, me presenta el asunto bajo un punto de vista muy distinto, y á estar á su declaracion, la justicia ha sido sorprendida. La insolencia de Francisco, excusa la falta del mensajero destituido; á mas de eso, la correspondencia ha sido entregada religiosamente á su direccion; y estoy de acuerdo con vuestra excelencia, en que los bandidos y el trabuco son invenciones de Francisco. El proceso no seguirá su curso.

—Esa seguridad disipa todos mis temores, y por ello os doy las mas espresivas gracias,—y saludando al Comisario iba el marqués á retirarse, cuando este le detuvo.

—Vuestra excelencia, dijo, ¿no olvida nada sobre la mesa?

—No, tengo mis guantes y mi baston.

—La posicion de contumacia es penosa, prosiguió el Comisario, cambiando de tono; siempre es difícil detener el curso de un proceso, cuando se ha empezado á ordinare.

—Es cierto, pero por lo que hace á este, si se prosiguiese, yo me presentaria como testigo y revelaria particularidades que arrastran la destitucion y el descrédito de los *ordinatori*. Quedad con Dios, señor Comisario, y no olvideis esta máxima que nuestra conversacion trajo á mi mente:—SI LA JUSTICIA PUDIÉSE VENDERSE, UNA GANGRENA MORTAL SE INFILTRARIA EN LOS MIEMBROS DEL CUERPO SOCIAL, Y LA DESCOMPOSICION DE LOS ELEMENTOS DE SU SER, SERIA LA CONSECUENCIA. (Concluirá.)

LAS LENGUAS HEBREA Y SIRIACA

Y

LA CIENCIA MODERNA

POR A. MOREL.

Estractado y traducido de la «*RÉFORME LITTÉRAIRE*».

I.

Cuando en el año 1819, el Sr. Quatremère fué encargado en el Colegio de Francia de la Cátedra de la lengua hebrea, aquel docto profesor agregó á esta enseñanza la del siríaco y del caldeo; basta consultar la historia del primero de esos idiomas para descubrir en ella muchas cosas hasta entonces desconocidas.

Antes se creyó que el hebreo fuera una lengua primitiva.



Esto se enseñaba por falta de conocimientos bastantes y en realidad con intenciones teológicas que, en materia de ciencia, poco valor tienen. Así es que los Sres. De Bonald, De Maistre, Gioberti y otros tomaron como artículo de fé un pasaje del *Genesis* (II, 19, 20) que parece implicar esta pretension. De ahí procedieron las hipótesis á nombre de las cuales los filósofos, esos *adversarios facciosos de la revelacion divina*, fueron abrumados con impertinencias é injurias de toda naturaleza. Sin embargo, con el exámen mas sério del caldeo y de su historia, las dudas se despertaron otra vez, formulándose del modo siguiente:

«El hebreo es de la misma familia que el caldeo, y los mismos nombres de los patriarcas y otros, que Moisés saca del hebreo, podrian pertenecer mas bien al caldeo.»

Varios pasajes de la Santa Escritura prueban que la lengua caldea se hablaba en la Mesopotamia y servia de comunicacion entre los Asirios y los Hebreos, como mas tarde sirvió para los Persas en sus relaciones con los Judios. Durante la cautividad, estos cambiaron su idioma nacional—el hebreo—por el caldeo, y cuando volvieron á la Palestina ambas lenguas se hablaron conjuntamente, hasta que la caldea, ejerciendo su influencia sobre la hebrea, esta se alteró y vino á ser propiamente la lengua sagrada. Resultó pues, que la redaccion de los libros judios recibió la impresion del carácter caldeo, desapareciendo con esta adulteracion la pureza primitiva del hebreo.

En efecto, hay pasajes del libro del Esdras en la Biblia que son redactados en caldeo; lo que permite pensar que este libro fué sacado de algunos documentos anteriores y que, en parte, no es del mismo Esdras. El libro de Daniel, tiene igualmente pasajes redactados en caldeo. En consecuencia, ciertas partes del Antiguo Testamento ofrecen el aspecto de una mezcla en que, segun ciertas probabilidades, los redactores judios alteraron tambien la lengua estrangera introducida en él mezclándola con el hebreo. Aquí aparecen otros fenómenos.

El caldeo de la Biblia no es puro ni correcto, pero los Judios entendiéndolo mejor que su antiguo idioma, volvieron á verter la Biblia en esa lengua; es esta la version que se designa con el nombre de *Targumes*. Ya en el siglo II antes de Jesu-Cristo, los hebreos no hablaban el hebreo en Palestina, sin embargo de continuar llamando *hebrea* la lengua caldea que usaban. Luego esta misma lengua vino á ser poco inteligible, y del hebreo mezclado con el caldeo se formó un nuevo lenguaje llamado *Siro-Caldeo*, que se conservó hasta una época bastante adelantada de la era cristiana. Jesu-Cristo, á lo menos en sus pláticas populares, hablaba el *Siro-Caldeo*, y no el hebreo.

Entretanto el griego, admitido en la misma ciudad de Jerusalem, como lengua á la moda, no dejó de introducir en los espíritus ideas diferentes á las del viejo judaismo. Jesu-Cristo, como sus demas compatriotas, no debió quedar indiferente á la accion de esos átomos impalpables que toda lengua estrangera lleva consigo en su expansion. Hasta por el Egipto, el helenismo penetró en la Judea, lo que hace pensar que de ningun modo pudiese ser desconocido por Jesu-Cristo.

El caldeo de Judca ó siro-caldeo tiene tambien otra historia en los tiempos posteriores á los que acabamos de recorrer. En la época de la edificacion del segundo Templo, se formaron, al lado de la ley de Moisés, unas instituciones jurídicas y religiosas debidas, en gran parte, sea á tradiciones antiguas, sea á una interpretacion alegórica de la letra de la ley, ó á las nuevas ideas esparcidas entre el pueblo; pero la opinion general las atribuyó todas á Moisés, á los profetas y á los escribas (*sopherim*), admitiendo que se ha-

bian trasmitido de boca en boca sin alteracion alguna, hasta el tiempo de su redaccion definitiva. Esta redaccion recibió el nombre de *Mischna* ó *Segunda Ley*.

La *Mischna*, tal cual es hoy dia, fué redactada en el siglo III; la *Ghemara*, ó complemento, es del siglo V; y la reunion de la *Mischna* con la *Ghemara* forma lo que se llama el *Talmud*, es decir, *La Doctrina* (de los Judios, se entiende.)

En el *Talmud* se encuentran todas las variaciones del idioma de los Judios, desde el hebreo mas antiguo hasta el caldeo mas adulterado, porque los compiladores al reunir en una sola obra los fragmentos de varias épocas muy diversas no se daban el trabajo de cambiar el estilo, reduciendo todas las partes distintas á una diction uniforme, como se haria hoy.

El *Talmud* es mas especialmente la obra de los Fariseos; otra secta Judia, la de los Esenianos, contribuyó por la mayor parte á la elaboracion de otro grupo de libros, como lo vamos á explicar.

Los Esenianos pretendian haber recibido tambien por tradicion—y aquí tradicion es el equivalente de la voz *Kabbalah* ó *Cabala*—ciertos conocimientos secretos, de los cuales una parte, segun ellos, provenia de Abraham y de Adam,—este último habiendo tenido por iniciador al angel Raziel.

Parece que en cierta época, que no está bien determinada, los misterios de la Cabala fueron depositados en dos escritos llevando por título: EL LIBRO DE LA CREACION (*Sepher Vécirah*) y EL LIBRO RESPLANDECIENTE (*Zohar*.)

En realidad, esa doctrina parece haber tenido su origen en las opiniones que los Judios, durante el cautiverio, oyeron profesar en Babilonia; en el libro de Jeremias hay tres pasajes que solo pueden explicarse con las ideas de la *Cabala*; en Isaías hay uno que hace alusion á ella. Mas tarde el conjunto de ese sistema fué compuesto bajo la influencia de las escuelas judias que se formaron en Alejandria de Egipto, combinando en una misma doctrina la filosofia de Pitágoras y Platon con las elucubraciones del pensamiento asiático.

De la *Cabala* dimana lo que se nos enseña hoy sobre la organizacion del reino celeste (sacada de la vision de Exequiel llamada *Zohar* ó *Mercaba*, es decir, *el carro*); las ideas mesiánicas de los autores del Nuevo Testamento tienen la misma procedencia; la oracion, tan tierna y sensible, del *Pater noster*, y que Proudhon acusa de heregia, fué inspirada por la *Cabala*; en la carta de San Pablo á los *Colosianos*, como en el *Apocalypsis* de San Juan, existe mas de una reminiscencia que provienen de la misma influencia. Con mas generalidad todavia el espíritu de una cantidad de ceremonias católicas y los métodos de enseñanza cristiana son unos modos derivados de la *Cabala*. Es cierto, sin embargo, que en su forma exterior, esos monumentos teológicos como la inspiracion que produjeron, pueden ser presentados como relativamente modernos, pero no se debe poner en duda que sus principios esenciales, anteriores al cristianismo, sirvieron tambien á su construccion.

De cualquier modo, podemos afirmar que no estamos lejos del dia en que se conocerá perfectamente cual es la naturaleza de las comunicaciones que tuvieron lugar antiguamente entre la Judea y Babilonia, y por esta con la India. Entonces los libros hebreos podrán ser comparados, ó con los restos de las antiguas literaturas semíticas, ó con los monumentos mas remotos de nuestra raza Judo-Germánica. Lo cierto es que los pueblos del Oriente no pudieron tener, como lo imaginan algunos, grandes periodos de existencia inmóvil seguida de revoluciones repentinas, y que, lo mismo como las demas naciones del mundo, los Semitas incluídos los Hebreos deben haber tenido sus épocas de progreso y de desarrollo, sus comunicaciones reciprocas, y sus mezclas al-

ternativas de sangre y de ideas. Nada pudo sobrevenir entre ellos sin tener su razon en la educacion activa de la inteligencia; ninguna religion cayó del cielo como un aerolito; al contrario, todas las religiones tienen sus propias raices en la misma humanidad.

Esa verdad, cuyas consecuencias son desagradables para la ortodoxia mesquina y estéril, se encuentra perfectamente de acuerdo con las leyes del entendimiento humano. Ya no es posible contrarrestar las investigaciones de la ciencia, porque ella camina de por sí, arrastrando todo en su tránsito; nadie podrá oponerse al cumplimiento de su obra, porque hoy dia todos los que piensan quieren gozar de la luz.

II.

En el estado en que se encuentra hoy la ciencia comparada de las lenguas antiguas, no seria posible separar el estudio de la hebrea del de la caldea ó de la siríaca. Sin embargo, esto se hacia antes del año 1819 en el Colegio de Francia.

La lengua siríaca y su historia se prestan todavia á muchas dudas é incertidumbres. Unos aseguran que hay todavia quien habla esa lengua, otros lo niegan. Hay tambien disertaciones sobre el momento en que empezó. En todo caso, nadie pretende hoy, como lo hizo Teodoreto, obispo de Cyro, que fuera un idioma primitivo, habiéndose conocido que el principio de esa lengua se encuentra en un idioma antiguo de los Arameos, que tiene bastante relacion con los de la familia hebrea.

Segun la interpretacion dada á un pasaje del profeta Amos, los Arameos pasan por ser originarios del pais de Kiro, en la Iberia, de donde Dios los sacó dándoles otro territorio entre el Tigre al Oriente y el Mediterráneo al Occidente. La Escritura menciona varios individuos con el nombre de Aram; en los libros de Moisés, el nombre de Arameos designa á los Sirios como á los pueblos de la Mesopotamia, pero mas tarde solo se adapta á los habitantes de las comarcas principales de la Siria conquistadas por David y Salomon. El Sr. Renan observa que la Aramea, lindando por todos lados con los pueblos Indo-Europeos, parece haber tenido por mision la propagacion de la influencia de estos con los Semitas, y de inaugurar en el seno de esta raza la cultura racional, á la cual es dudoso que sin eso hubiera llegado jamás. Así es que, por una parte, la Caldea recibió la accion religiosa y filosófica de la Persia y de la India, y que, por otra parte, la Siria adoptó las ideas helénicas.

Es probable que, antiguamente, los Arameos tuviesen varios dialectos distintos, como eso sucede entre toda raza dividida en grupos pequeños; esos dialectos se mezclaron mas tarde con el caldeo desde la época en que Babilonia vino á ser el centro de una monarquia Caldáica. El Arameo, así modificado, fué hablado en toda la Asiria y los paises circunvecinos, y se conservó hasta despues de la caida de los Caldeos. En la misma Biblia hay varios pasajes en idioma caldeo, pero solo representan esa lengua aramea alterada, desfigurada en nuestros libros como en los manuscritos por la costumbre deplorable de las transcripciones que los Judios siguieron durante muchos siglos. Al comparar, por ejemplo, los pasajes arameos del libro de Esdras con los del libro de Daniel, se puede suponer que la lengua sufrió bastantes variaciones desde la época de la redaccion del primero de estos libros hasta la del segundo. En los libros llamados *Targumes*, los Judios, al dar las paráfrasis del testo hebreo de sus libros canónicos, escribieron en un idioma arameo-caldeo, que se aleja tambien del caldeo de Daniel y de Esdras. En el mismo *Genesis* (XXX, 47) una glosa puramente aramea fué introducida; en fin, un capítulo de Jeremias [X, 11]

ha perdido un versículo hebreo que fué sustituido por otro en caldeo.

El hecho que acabamos de citar demuestra que si Jehova tuvo buen cuidado de dictar su palabra á los Judios inspirados, dejó á lo menos de hacerles conservar la forma original de su idioma. Parece cierto tambien que se interesó poco en la conservacion de varios libros dictados por él, pues falta una porcion, y muchos fueron destruidos ó perdidos, como los siguientes:

- Los Libros del Señor, de los cuales habla Moisés;
- El Libro de los Justos, citado por Josué;
- El Libro de las cosas memorables, al cual alude el de *Ester*.

En el libro de los *Macabeos*, se hace mencion de los *Santos Libros de los Espartos*.

En las *Crónicas* se alegan los *Libros de las lamentaciones*, los del *Vidente Samuel*, los de *Nathan, Gad, Semejas, Had-do, Ahia Silonita* y de *Jesús, hijo de Hamon* el profeta.

San Judá, en su *Epístola Católica*, alega el *Libro de Enoch*. Otros varios autores que merecen fé hacen mencion del *Libro de Abraham*, el patriarca.

Esta lista no es completa, y podriamos aumentarla con otros varios títulos de obras perdidas, apesar de las denegaciones sistemáticas de los que quieren sostener que ningun libro divino se ha perdido, cuando los que quedan nos suministran la prueba de lo contrario.

En cuanto á los libros *Targumes* de los Judios, queda demostrado hoy que solo fueron escritos uno ó dos siglos antes de Jesu-Cristo. Es sabido tambien que en el mismo tiempo de Jesu-Cristo, los Judios no citaban la Biblia en hebreo, sino en la lengua del *Targum*. Las últimas palabras del Cristo, en el Evangelio de San Mateo (XVII, 46), las que dice estando en la cruz, son caldeas, y esas palabras se presentan como un recuerdo del primer versículo del salmo XXII.

La lengua de los Judios de Jerusalem hacia la época cristiana es un arameo tan separado del antiguo, como el español lo es del latino.

Hay varias versiones y una paráfrasis de la Biblia hebrea en Siríaco. Una de ellas, llamada *Peschito* (sencilla ó literal) citada por San Ephrem, fué muy célebre y venerada por la Iglesia primitiva, apesar de ser su traductor un Judio.

Si los Evangelios fueron redactados al principio en el idioma de Jesu-Cristo, debió ser en siríaco, pero resta saber si fueron escritos por otros que por Griegos ó Judios eruditos. Los Evangelios de San Juan y de San Lucas fueron, segun la opinion universal, redactados en griego, y la misma lengua parece haber sido la del redactor llamado San Marco. En cuanto á San Mateo, se cree que la redaccion primitiva de su obra fué hecha en lengua siríaca; la que despues fué trasladada al griego, y por fin es esta última version la que pasó en el cánon cristiano.

Algunos modernos pretenden que existió un proto-evangelista siríaco que San Mateo y San Marco copiaron. Lo que motiva esta opinion, es que San Justino, uno de los Padres del siglo II, cita algunos pasajes evangélicos que deberian encontrarse en San Marco y San Mateo, y que en efecto existen, pero redactados en otro sentido que las citaciones hechas por San Justino. Se deduce pues, que este último habrá leído y copiado en el proto-evangelio lo que, nosotros, leemos en San Marco y San Mateo, de un modo diferente al de las palabras originales.

La influencia del siríaco se deja ver tambien en las cartas de San Pablo, apesar de haber sido escritas, como le parecen, en griego, con excepcion tal vez de la que dirigió á los *Hebreos*. Escribia en griego, pero pensaba segun la forma de la sintaxis siríaca.



Después de la destrucción de Jerusalén, los Judíos consideraron á Babilonia como su verdadero centro; ahí el judaísmo tuvo en efecto sus mejores escuelas, adonde se conservaron los estudios teológicos y por consiguiente, la cultura del hebreo antiguo. Pero siguió igualmente el uso del caldeo, es decir, del idioma que es una de las formas del siríaco, su dialecto occidental, el de los *Targumes* y, con algunas modificaciones, el del *Talmud* de Babilonia.

El caldeo conservó naturalmente el sello de la raza iraníana (opuesta á la de los Semitas) y concluyó por ser la lengua escrita de los Judíos hasta el siglo X, en que desapareció ante los progresos del Árabe.

Desde el siglo IV hasta el IX, la Siria, sin dejar de estar en relación con la Caldea y la India, vino á ser el teatro de un gran trabajo literario bajo la influencia del helenismo. Así es que el siríaco adquirió una verdadera importancia en la historia del espíritu humano, sirviendo de intermediario entre la ciencia griega y la árabe, y procurando la transición de una á otra. En el siglo X empezó la decadencia definitiva de la cultura siríaca; los Musulmanes vinieron á ser muy superiores á los Sirios, y después del célebre Gregorio Barbebreu, en el siglo XIII, el siríaco, eclipsado por el árabe, solo quedó reducido á una existencia oscura en algunas comuniones del Oriente. Hoy ese idioma se habla apenas en el seno de algunas familias del Asia Occidental, y queda conservado como lengua litúrgica en la pequeña tribu que encierra á los que se llaman los *Cristianos de Santo Tomas*.

Como se vé, las lenguas experimentan las mismas transformaciones y revoluciones como las naciones, las religiones, las filosofías; y lo mismo también llegan á desaparecer del mundo—siguiendo así la gran ley natural que nos enseña que todo nace, muere y se transforma en este mundo.

ADOLFO VAILLANT.

## LA CRUZ DE AMÉRICA

### I.

Un hombre extraordinario nace en la República de Génova en 1436.

Algunos años después, este grande hombre anuncia la existencia de un Nuevo Mundo.

No es un profeta ni un santo: luego no puede hacer milagros: luego no debe ser creído.

La existencia de un Nuevo Mundo, no ha sido revelada por Dios á sus elegidos: luego no debe saberlo nadie: luego no debe existir.

Colón insiste—Prueba la existencia del Nuevo Mundo y solicita una flota para descubrirlo.—Pero el egoísmo lo desprecia y la ignorancia lo proclama loco.

Después de mendigar inútilmente la protección de su patria, y de los tronos de Inglaterra y Portugal, se dirige á España; é Isabel, superior á los Monarcas de su siglo, lo escucha y lo protege.

Colón se hace á la vela del Puerto de Palos, en Agosto de 1492; en Octubre del mismo año descubre el Nuevo Mundo; y en Abril del 93 llega á Barcelona, donde es recibido por los Reyes Católicos en medio de la aclamación general.

Entonces vió la Europa surgir de entre las sombras del misterio, el Nuevo Mundo anunciado por Colón; y la incredulidad y la ignorancia, inclinaron la frente ante ese poder maravilloso que se llama Génio.

Tres veces más cruzó el Océano el intrépido marino, practicando nuevos descubrimientos; y después de ser engañado por el Rey de España, calumniado por la envidia, y ahorrado por el despotismo, murió en 1506—dejando para su gloria el monumento colosal de un mundo.

Muerto Colón, varios navegantes siguieron sus huellas; y al servicio de diversas naciones, fueron descubriendo sucesivamente, todos los puntos que coronan esta vasta región.

### II.

América, llamada así por la injusticia, era rica, extensa, hermosa; era el eden donde la libertad del Viejo Mundo había venido á refugiarse; era el país destinado para hacer triunfar los derechos del hombre y redimir al universo.

Los Soberanos de la tierra, esos ridículos Señores, esos falsos representantes del poder divino, no se contentaron con descubrirla, sino que también quisieron poseerla y dominarla:—y vino la conquista.

Entonces vió la América, algo más terrible, que la erupción de sus volcanes y la inundación de sus ríos; algo más espantoso, que las plagas de Egipto; algo más tremendo que el diluvio; algo más formidable que el huracán y el incendio.

Era una horda de foragidos armados, era un torrente de fieras, era una legión de demonios;—una gavilla de asesinos y ladrones, porque las conquistas de los Reyes, son el asesinato y el robo.

Y sin embargo, las conquistas se han perpetuado desde los primeros tiempos hasta nuestros días; con la sola diferencia, de que los conquistadores antiguos las hacían á cara descubierta, y los modernos, con la máscara de la hipocresía.

Dirigir escuadras y soldados contra el territorio extranjero; someter, por la fuerza, á sus habitantes; tomar posesión de sus dominios y disponer de su oro y de sus vidas, es violar todas las leyes—cometer todos los crímenes.

Pero el Papa Alejandro VI, por medio de una bula, donó á Fernando el Católico, todos los países conquistados y por conquistar en América;—concediendo derechos contra el derecho, y autorizando el crimen en el nombre de Dios.

Y esto no es nada extraño, si se considera que la ambición de los Reyes ha ido siempre unida á la ambición de los Papas; y que el trono de estos, se fundó sobre pueblos conquistados por las armas, y cedidos á trueque de coronaciones, como las de Pipino y Carlomagno,

Y menos se extrañará si se tiene en cuenta, que los representantes de Jesu-Cristo, trataron desde ochocientos, de enseñorearse de todas las monarquías de Europa; y enviaron á todas las Cortes embajadores que vigilaban á los príncipes, y se mezclaban en los asuntos de los gobiernos, y desligaban por la excomunión á los súbditos de los soberanos;—para reinar sobre los Reyes y esclavizar á los pueblos.

### III.

La conquista del Nuevo Mundo es el drama más sangriento que han presenciado los siglos.

El Nuevo Mundo es el gran Gólgota, donde la libertad fué sacrificada por los verdugos de la conquista.

América era la patria de la libertad; y todas las iras del despotismo y todas las cadenas de la tiranía, se descargaron sobre ella.

La Cruz y el León, eran aliados del crimen;—la hipocresía y la fuerza, la tempestad y la noche, la agonía y la muerte!

Fueron los descendientes del Cid y de Pelayo, los que poseídos de las furias, azotaron á la América con la crueldad más inicua.

Fueron las huestes de los Reyes católicos, las que como

rayos de esterminio, se lanzaron sobre el Nuevo Mundo para reducirlo á cenizas.

Fueron españoles, los que aguzados por la sed del oro, se armaron de un valor salvaje y cometieron atrocidades espantosas.

Fuó Hernán Cortez el que imitando al tirano de Siracusa, destruyó sus naves al desembarcar en Méjico; y el que á Guatimocin y á su ministro, para arrancarles el secreto de sus tesoros, los arrojó al fuego violento.

Fuó Francisco Pizarro el que tomando prisionero al Inca del Perú, lo asesinó cruelmente, después de haber dado este por su rescate, un gran cuarto lleno de oro.

Y fué así, cómo los españoles sometiendo á los indios por el terror y por la fuerza, establecieron sus colonias en el continente americano.

Pero dejemos á los hijos de la monarquía, engolfarse en el poder y en el oro, y hablemos de los hijos de la teocracia, sus hermanos, más bien en Lucifer—que en Jesucristo.

¿Qué hacían los discípulos del Santo de Israel, los padres de la Iglesia, los sacerdotes de la ley?—¿Practicaban la caridad cristiana, condenaban el asesinato y el robo, predicaban la moral del Evangelio, excomulgaban á los bárbaros conquistadores?

No: el clero no hacía nada de eso—El clero autorizaba las maldades, y así como los otros trabajaban para el Rey ellos trabajaban para el Papa—La hipocresía y el fanatismo eran sus armas; la esclavitud y la ignorancia eran sus fines.

Fundaban iglesias y conventos, adornaban imágenes y altares, sembraban preocupaciones y errores;—y no contentos con el terror de las penas eternas, encendían las hogueras de la inquisición, á cuya siniestra lumbre, brillaba la Cruz del Gólgota;—la Cruz llevada en los hombros del Justo y profanada en las manos del traidor!

¿Qué iniquidad no fué cometida en América? ¿Qué derecho no fué violado por los súbditos del Papa y de los Reyes?... Hasta el tráfico de los negros, por una falsa piedad fué introducido en América;—la compra y venta de esa raza infeliz, que sin más delito que el color de su rostro, vegeta en la ignorancia y arrastra las cadenas del esclavo!

Fuó igual la suerte de todas las secciones de la América. Los indios sufrieron las crueldades de sus amos; y sus descendientes, el yugo de sus señores. A veces halagó á estos pueblos desgraciados la idea de independencia, pero los invasores que fingían favorecerlos eran nuevos tiranos que pretendían dominarlos—Y la América era el sepulcro de la libertad—Y la libertad era el Cristo que debía resucitar más tarde.

### IV.

El catolicismo y la monarquía, aquel con sus dogmas absurdos y esta con sus abusos bárbaros, hicieron las tinieblas del Nuevo Mundo—Y la noche parecía perpetuarse, y los Andes semejan los fantasmas del abismo!

Pero—«La libertad no muere en las naciones»—La libertad es el fénix que renace de sus propias cenizas; es la siempre viva de la humanidad; es la llama inextinguible que arde en el corazón del universo, tanto más poderosa cuanto más comprimida.

Como el Sansón cuyos cabellos han crecido y tiene conciencia de sus fuerzas, el Nuevo Mundo se puso de pié; y sacudiendo sus hombros, derribó el templo del despotismo!

Desde 1775 hasta 1783, corre un período glorioso para la América del Norte; y desde 1810 hasta 1816, corre otro período glorioso para la América del Sur.

Los pueblos rompieron sus cadenas é hirieron con ellas

á sus tiranos—América indignada como la Justicia y fuerte como Minerva, midió sus armas con la Europa.

En vano pretendieron los déspotas sofocar la revolución—Los pueblos oprimidos, una vez sublevados, son torrentes que nadie los contiene; son incendios que nadie los apaga; son colosos que nadie los vence.

La América inglesa y la América española, el Norte y el Sur del hemisferio, los dos polos del continente esclavizado, vencieron á sus opresores y proclamaron su independencia.

La lucha fué tremenda—Los americanos desplegaron todo el heroísmo que inspira el amor á la patria; y los europeos, todas las crueldades que inspiran el ódio y la venganza.

Ningun esfuerzo quedó por hacerse; ningun sacrificio por consumarse;—los mártires regaron con su sangre el suelo de la América, y hasta el sexo débil sufrió ignominia y muerte.

¿Cuán pequeños son los héroes de la conquista, comparados con los héroes de la Independencia!—Julio César, Alejandro y Ciro, desaparecen ante Bolívar, San Martín y Washington—Guatimocin en el suplicio, fué más grande que Hernán Cortez conquistando á Méjico; y la Pola muriendo por su patria, fué más gloriosa que Semiramis al frente de tres millones de hombres.

Pero la espada de la Justicia hirió de muerte al despotismo; la libertad resucitó en América y sus pueblos independientes proclamaron la República.

### V.

La religión de los errores, produjo el fanatismo; la política de los abusos, la anarquía.

Arraigados en el corazón de nuestros pueblos el error y el abuso, engañados los sentidos y ciega la razón de nuestras masas; halló obstáculos la marcha del progreso y surgieron dos contrarios elementos—la civilización y la barbarie.

Estas dos banderas, una de luz y otra de tinieblas, una de vida y otra de muerte, son las que han combatido en nuestras Repúblicas desde la independencia hasta la actualidad.

Y esos caudillos y esos tiranos que han guiado las hordas de la barbarie, levantando pirámides de cráneos y sembrando por todas partes la ruina y el espanto, son los hijos de la noche americana.

Y esa herencia funesta de la España, esta guerra interior que nos devora sin tregua, ya tendiendo á la anarquía, ya tendiendo al despotismo; ha dado lugar á que las águilas rapaces de la Europa, se lancen como ahora sobre América.

Hoy es Méjico el Calvario, Napoleón III el Judas, y los soldados franceses los Judíos que azotan la libertad—El Emperador pirata, el tirano de Argelia, de Italia y de la China, es el traidor de Orizaba y el destructor de Acapulco.

Pero las armas imperiales vencidas en Puebla, en Rio Seco y Alajate, son una prueba del poder de la República; y el interés que esa causa nos inspira, es también una prueba de que existe ese espíritu americano, que el estúpido cinismo se ha atrevido á negar.

Atrás la conquista, porque la conquista es el robo; atrás el imperio, porque el imperio es el despotismo; atrás la fuerza bruta, porque la fuerza bruta es la barbarie; atrás la hipocresía, porque la hipocresía es el crimen.

Méjico es hoy el Cristo que lleva la Cruz del sufrimiento—¡Adelante con la Cruz!—El reinado de los déspotas espira; ¡el porvenir será la libertad triunfante!

LAURINDO LAPUENTE.

Abril—1863.



# LA RÁFAGA Y EL CUERVO.

(Imitación de Hoffman.)

## I.

Hace nueve años, Ivo el Húngaro me contó su historia. ¡Pobre joven!

Volvíamos de un paseo al campo y era ya muy entrada la noche; aquel día mas que nunca me había parecido muy triste mi compañero.

Caminábamos pausadamente costeadando un montecillo oscuro bordado de espesos y enmarañados matorrales, balanceándonos al vaiven del paso perezoso de nuestros caballos.

La senda era tortuosa, íbamos solos y la noche caía sensiblemente sobre la naturaleza embriagada por el calor del día transcurrido; las nubes se deslizaban entre la bruma como fantasmas, arrastrando sus largos sudarios de nieblas y huyendo de su propia sombra; oíamos á lo lejos los ladridos de un mastin hambriento.

Ivo marchaba pensativo, oculta en el pecho su negra barba y absorto en el mas profundo silencio.

Yo me sentía dominado por esa ansia llena de temor hacia lo misterioso; pasaba por una de esas horas de inquieta meditacion, en que el espíritu maravillosamente lúcido, prevee la gloria y palpa las fuentes mas ocultas y dolorosas del alma, sin poder detenerse á contemplar ninguno de esos trasgos frívolos y proféticos que cruzan ante nuestros ojos ofuscados.

De pronto el caballo de Ivo se detiene, la mano de su amo le ha sujetado con un ímpetu nervioso.

—¿En qué mes estamos?

—Estamos en Diciembre, contesté yomaquinalmente.

—¿Diciembre!.... ¡ah!....

Ivo prosiguió hablando, pero no pude comprender sus palabras; hablaba en el idioma de sus padres; muchos suspiros se escapaban de su pecho; parecía agitado por una memoria amarga; yo sabia ya que habia sido y era muy desgraciado; ¡cuántas veces le sorprendí llorando en silencio y lejos de todos!...

—¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—¿Viernes 30? gritó Ivo con ademán desesperado.

—¿Viernes 30! contesté, poseido de ese temor vago que se parece al instinto de la conservacion y que nace de un peligro indefinido.

—¡Entonces es preciso correr, correr mucho! exclamó mi amigo, ya es hora de que llegue el cuervo.... ¡Oh! ¡el cuervo!....

La oscuridad era entonces casi completa, la luna luchaba con las nieblas del espacio, un espeso rocío humedecía el polvo del sendero, fugitivas estrellas con su mirada límpida y tranquila, enviaban su débil vislumbre á la tierra.

Saltando de dolor, el caballo de Ivo habia partido como un rayo al sentir en su hijar la estrella de la espuela; sus cascos resonaban en las vueltas del sendero con éco lúgubre y fantástico; al volver un recodo pude verle cruzar como una exhalacion á través de los árboles.

Inclinado Ivo sobre el cuello de su alazan y hostigándole con la espuela, gritaba como en el delirio de la fiebre:

—¡Oh! ¡El cuervo! ¡el cuervo!... ¡ya es hora que llegue!... ¡corramos!

Incapaz de dominarme ya, arranqué á escape; llevaba el corazón oprimido, zumbábanme los oídos, las sienas me latían, tenia miedo. Perdido en medio de la oscuridad, en un

camino estraviado y oculto entre un bosque casi salvaje, subyugado por el frenético ardor de la carrera y oyendo la voz fatidica de Ivo, mis catoree años no resistieron. Mi temor se comunicó al animal; corria como un aerolito rozando las ramas de los espinos que le desgarraban los flancos y saltando por encima de los matorrales. El éco de la carrera de Ivo llegaba hasta mí siempre mas cercano, y su voz cada vez mas ronca y debilitada por el fanatismo del miedo y de la desesperacion, repetia con raros intervalos:

—Va á llegar el cuervo.... ¡Ah! corramos pronto.... va á sonar la hora.... corramos.

Los árboles se hacian cada vez mas raros, una espaciosa llanura se abria por ambos lados del camino. A treinta pasos adelante, una grande masa negra estendida horizontalmente, se dibujaba en la oscuridad como un cadáver de gigante.

—¡Ah! exclamé petrificado, las tapias del Cementerio.... Ivo estaba á mi lado.

—¡Dios mio! ¡ya es tarde! exclamó con un sollozo desesperado

Un cuerpo pequeño y opaco se desprendió pesadamente del cementerio, una ráfaga espesa y fria nos hirió el rostro y el agrio graznido del cuervo turbado en medio de su fatal banquete, discurrió por la oscuridad....

## II.

Hace mas de dos años y medio, me decia Ivo á los muchos dias, era la noche del treinta de Diciembre y saltaba yo la cerca de zarza-moras que daba al corral de la casa de Fausta; era la segunda vez que iba á estrecharla entre mis brazos, acaso la última, porque al dia siguiente marchaba contra el Van Jellashchiks, mandando un cuerpo de lanceros Maggaires.

Lleno de amor y de tristeza, sentia algo que superior á mi voluntad, parecia apagar en mí el deseo de llegar cuanto antes al seno de mi amada. Sufria ese dolor angustioso y desconsolador que se parece al presentimiento y al remordimiento al mismo tiempo.

Atravesé el pequeño emparrado que daba salida al corral, por entre cuyos pámpanos entrelazados pude distinguir la sutil claridad de una luz colocada á cierta altura.

Era el balcon de Fausta, llena la balaustrada de macetas de albahaca y margaritas florecidas.

—¡Pobre Fausta mia! no me espera, no sabe que vengo á sellar mi despedida con una última hora de amor....

Con el corazón agitado salté el balconcillo, rompiendo en mi precipitacion un vaso de tierra.

—¡Fausta! exclamé lanzándome en el aposento; ¡mi Fausta! Dos gritos de asombro y terror me respondieron.

Un hombre estaba allí, que mas veloz que mi furor y desesperacion, mató la luz que alumbraba su dicha.

—¡Huye Ivo! —¡huye! dijo á mi oído una voz mas débil que un suspiro.

Era Fausta: su mano se habia asido convulsionalmente á la mia.

—¿Huir?... ¿tú quieres que huya, Fausta? ¿que huya para quedar sola con tu amante?... No, yo no quiero huir, porque quiero matarle....

Mi voz era el rugido hurraño y feroz de una fiera hambrienta, á oírta en otros, me hubiera helado de espanto.

Pero yo estaba poseido del delirio del furor y de la desesperacion; sentia que toda la sangre me affuia al corazón y un dolor horrible, punzante, me desgarraba el alma.

Vagaba por la oscuridad del aposento, arrastrando á Fausta, cuyos brazos aferrados convulsivamente á mis rodillas me apretaban con terror.

—Huye, Ivo, huye; me decia en voz baja y entrecortada-

# UNA MUJER COMO HAY POCAS

POR

Mateo Magariños Cervantes.

## VI.

Después de comer juntos y de haber visitado el gabinete de madama Jussand—que ese día habia anunciado varias novedades,—Cárlos y Antonio fueron al Coliseo á esperar la hora de entrada del Casino.

El Coliseo es uno de los sitios mas amenos y variados de los muchos de Lóndres que frecuentaba con mas complacencia Cárlos.

Tocaba á la sazón unas variaciones de Strauss una de las pianistas mas afamadas de Lóndres, acompañada de violoncelo, por cuya razon, y por estar la noche lluviosa, la concurrencia era inmensa.

Allí se encontró Cárlos con varios compañeros que como sucede en países remotos, se reciben con el placer de hermanos.

Como era natural formaron al momento un solo grupo al que sirvió de Cicerone Antonio, haciéndoles la historia monumental del Coliseo.

Lo que llama mas la atención del extranjero es una caverna, hecha por la mano del hombre, á imitación de otra hecha por la mano de Dios que se encuentra en el reino de Escocia.

Segun este modelo hay dentro de la caverna reflejos de luz admirables, producidos por los rayos del sol que introduciéndose por las hendiduras de la tierra, alumbran las partes brillantes de la roca, tomando los variados colores de estas; pequeñas cascadas que forman las filtraciones de las aguas, imitan con tanta verdad á la naturaleza que la inteligencia fluctúa y duda que semejante obra pudiese salir de otras manos que no sean las del artífice que hizo un mundo de la nada, si no viviésemos en el siglo de la telegrafia eléctrica, de los vapores y de los tuneles.

Del mismo modo se deleita la imaginacion contemplando la naturalidad con que está representado allí el Monte Blanco de Suiza con su nevada cabellera, su cascada y el lago producido por la reunion de las aguas que caen de la montaña, pues hasta la humedad de la atmósfera que se encuentra en todo parage donde hay un salto de aguas, el ruido que este produce, todo está representado allí con una verdad maravillosa. Cárlos se habia quedado entregado á serias reflexiones en frente de la imitación perfecta de una de las Pirámides de Egipto, cuando el ruido que produce el frote de la seda vino á sacarle de su abstraccion.

Eran dos lindas grisetetas que, apesar de no ser para ellas una novedad el Monte Blanco ni la Piramide de Egipto, allí representada, hacian aspavientos que solo significaban el deseo de atraer las miradas del gallardo mancebo que, por el colorido de su tez habia merecido con harta frecuencia la distincion de las rubias hijas de Albion.

Cárlos se habia propuesto representar el papel de Don Juan Tenorio, y Cárlos podia hacerlo con buen suceso porque estaba adornado de las principales cualidades que han dado mérito á los Lovelaces en la sociedad.

Recordando la oferta que habia hecho á su amigo, se encaminó resueltamente hacia las provocativas inglesitas, diciéndoles en mal inglés:

—¿Cuál de Vdes. dos, quiere acompañarme á vaciar una botella de champagne?

La ventana se abrió de golpe, los pequeños cristales volaron hechos pedazos y mi enemigo saltó al corral.

—¡Maldicion!

Con un esfuerzo sobrehumano, logré salir de los brazos de Fausta, lanzándome tambien como una flecha por encima de la balaustrada.

Fausta me siguió hasta el antepecho.

Al atravesar el emparrado oí su voz que con éco profético y triste me decia:

—¡Ivo, Ivo, desgraciado de tí!

Un relincho de impaciencia hirió mi oído; era mi pobre *Niebla*, mi corcel Kalmuko, á quien habia dejado del otro lado de la cerca.

De un salto me hallé sobre la silla; estaba á cuarenta pasos de mi enemigo; tambien tenia él su caballo, que mas veloz que el soplo del huracan, partió á escape. Pero yo queria venganza; ¡hurra, *Niebla*, hurra!

Estábamos cerca del Cementerio; la distancia entre ambos se disminuia rápidamente. ¡Hurra, *Niebla*, hurra!.... apenas nos separaban ya diez pasos.

Apunto.... disparo... ¡Hurra! Su caballo está herido... se ha encabritado, relincha y se arrastra con angustiosos resoplidos.... ¡Hurra, *Niebla*! Un segundo pistoletazo alumbró las tapias del Cementerio como un relámpago; el estampido es repetido por el éco de los sepuleros. ¡Hurra, *Niebla*, hurra! mi enemigo ha caido con un suspiro, su cadáver tendido al lado del de su corcel, yace inanimado, envuelto por el negro sudario de las sombras.

—¡Basta! ¡estoy vengado!....

El sudor que inundaba mi frente se ha secado; parto con el alma desesperada pero satisfecho.

Atravieso la distancia recorrida.

—¡Ivo, Ivo, desgraciado de tí!

—¡Calla, Fausta! me he vengado de él, faltas tú....

—¿Te has vengado? ¡Oh! Ivo, ¿qué has hecho?

—He matado á tu amante.

—Ivo, desgraciado de tí, porque has asesinado al Van Maggiar; porque has dado el cadáver de tu padre al pájaro negro, al cuervo del cementerio.

—El... él... era mi padre.... ¡Oh! Dios mio! ¡Dios mio! Maldita seas, Fausta, y maldito el fruto de tu traicion.... ¡Hurra, *Niebla*, hurra, hurra!.... tambien te alcanza la fatalidad, *Niebla* mio, tambien vas á morir.... ¡hurra!.... corramos, es tarde.... tambien vas á morir, pero no en el combate; ya no destrozarán tus piés los miembros de los cadáveres croatas.... no te embriagarás con el tibio vapor de la sangre de los Rusos.... no se erguirá tu cuello al rumor del clarín.... corre, *Niebla* mio... ¡Oh! ¡maldito seas tambien porque has llegado tarde!

Una ráfaga mas fria que el cierzo de la Steppa, ha azotado mi rostro; el cuervo se ha alzado, harto ya de la carne de mi padre. Su áspero chirrido me atraviesa el corazón!

¡Oh! ¡maldita seas Fausta!

## III.

Calló Ivo.

El emigrado Húngaro me dejó su historia; recuerdo lúgubre é imperecedero, como debió ser para Fausta la maldicion de su amante el parricida: el cuervo debe poblar sus horas de horrible soledad: la ráfaga fatal ha de agitar sus cabellos de oro, helando hasta la mas honda fibra de su alma.

1861. CARLOS L. PAZ.



Es preciso advertir que este modo de insinuarse con las loretas inglesas es el más eficaz y expeditivo, así que, por regla general, no hay riesgo de esponerse á una repulsa.

Las dos exclamaron á un tiempo, en inglés:

—Con mucho gusto! . . . .

A lo que nuestro amigo contestó ofreciendo á ambas el brazo y llevándolas á una de las muchas mesas que para ese fin se encuentran en el Coliseo; ya habían despachado un par de botellas de Oporto, cuando apareció Antonio que le buscaba impaciente.

—Me vienes perfectamente, querido Antonio, le dijo Carlos al acercarse su amigo, para sacarme del embarazo de la elección.

—De buen grado, contestó Antonio, porque precisamente te buscaba para que fuésemos al Casino, á concluir la jornada, y llevando nuestras parejas nos ahorraremos allí la impertinencia de las innumerables peticionarias que rodean al que tiene la desgracia de presentarse vacante.

Pero nuestros amigos no contaban con la huésped, como suele decirse. Ambas inglesitas ya se habían deleitado con la idea de merecer, la predilección del *Black*, como ellas le llamaron á Carlos y entró una cuestión de competencia que nos costó poco á dirimir. Fué preciso recurrir á dos de los compatriotas para que diesen el fallo sin apelación, y de grado ó por fuerza, aceptando cada uno á su cada una, se metieron en su carruaje y se trasportaron al Casino.

Después de bailar largo rato, mandó Carlos preparar una cena en la que se agotaron muchas botellas de ricos vinos, entre los que como es natural, no pudo dejar de figurar el espumante champagne.

Cada vez que su compañera invitaba á Carlos á tomar, reprochándole su poco entusiasmo, él repetía aquellas palabras que Dumas puso en boca de uno de los Mosqueteros de la Reina: *«Je n'aime pas le vin, j'aime l'ivresse»*; con lo que espresaba perfectamente la disposición de su espíritu.

Efectivamente, para un hombre dotado de la sensibilidad exquisita de Carlos, estas escenas torturan el corazón, porque para ellos el amor es un sentimiento que no se profana jamás.

Acababa de ver esa mañana una muger á quien podía contemplar para alimentar el fuego de una pasión viva sin embriagarse, porque el amor en ciertas organizaciones es como los rayos del sol que traspasa las nubes y les dá el color del arco iris, y Carlos al sentir el contacto de Alejandrina había sentido transformarse todo su ser, y sin embargo del propósito que tenía formado de comprimir en el pecho todo sentimiento noble y generoso, sus instintos eran superiores á su voluntad y comenzaba á inquietarse, por sentir el germen de una nueva pasión.

Para él el amor era la espresion de una idea ó el representante de un fuego mágico de la fantasía, una lucha entre los deseos, y la vida, una sonrisa triste y resignada que no se ahoga en llanto á los pies de una muger leyendo en sus ojos la profecía fatal de su destino, y si él quería apartar de sus labios la copa que pudiese envenenar su existencia, prefiriendo la melancolía de las ilusiones á las decepciones amargas que se adquieren casi siempre cuando el hombre se entrega á toda la vitalidad de sus sentimientos, porque el amor volcaniza la imaginación, devora el alma y decide para siempre del destino, comprendía también que en vano procuraría apagarlo en las orgías del vicio ó en las asperezas de la soledad.

Sin embargo, Carlos poseía en grado eminente el don de la perseverancia y sacudiendo con energía los pensamientos que parecían quererle asaltar, pidió más vino y comenzó á beber con un frenesí que rayaba en locura.

No tardó en comunicarse á sus compañeros de orgía esta febril animación, y después de romper muchas copas, de pronunciarse muchos brindis, se retiraron á las cinco de la madrugada en el estado en que el criado de Larra le inspiró su precioso artículo sobre la noche buena.

VII.

Así, siempre rodeado de compañeros alegres y acompañado siempre de alguna de esas lindas criaturas que pululan en los grandes centros de la civilización Europea, visitó Carlos la Torre de Londres, el famoso Tunnel, la Catedral de San Pablo, el Palacio Hampton Court, haciendo frecuentes paseos á los jardines de Richmond, Kew y Kensington sin poder desterrar de su mente las tristes ideas que le dominaban, tan cierto es que para las afecciones del alma no hay otro bálsamo que el tiempo.

En las grandes capitales del mundo civilizado es donde más se siente la necesidad de buscar en el comercio de los suaves afectos un refugio contra el tedio, precisamente por el abuso que puede hacerse del placer, y es por esa razón que todo viajero procura proporcionarse algunas relaciones en la buena sociedad para solazar su espíritu, lo que no deja de ser difícil en Londres.

Sin embargo es á una de esas bellas reuniones de familia, á que convida á menudo el buen tono de los habitantes de Londres á donde vamos á encontrar á nuestro amigo Carlos, paseando con una joven de distinguido porte y maneras aristocráticas, manteniendo á la vez una conversación muy animada.

Si hubiera sido posible recoger todas las palabras de Carlos, en aquel momento, habría podido formarse un pequeño poema cuyo título fuese *El desencantado*.

—¿Por qué provoca Vd., Elena, mi sensibilidad, cuando pronto, muy pronto, un juramento sagrado va á arrebatarme hasta el derecho de contemplarla con ternura,—cuando pronto, muy pronto, la palabra amor será una profanación pronunciada á su oído por otro que no sea aquel á quien va Vd. á pertenecer por toda la vida?

—También Vd. participa de semejante error, contestó Elena, que era una de esas criaturas dotadas de más belleza que corazón—pues á fé que me alegro de veras.

—¿Y por qué se alegra Vd.? replicó Carlos.

—Porque esa creencia me garante de Vd.

—¿Cómo! Vd. quiere garantizarse de mí; á la verdad que, en este caso se hace difícil la interpretación de sus palabras, y no atino con la idea que la mueve á pronunciarlas.

—¡Vaya! no se haga Vd. el desentendido. Su buen talento ha de haberle hecho descubrir mi pensamiento, pero si quiere que le regale el oído debe Vd. persuadirse que no puede lisonjearse más á un hombre cuya voz se escucha conmovida, y penetra tan dulcemente en el alma que es fuerza reconocer seríamos vencidas en la lucha si él la intentase. . . .

—¿Quién ha penetrado jamás el arcano que encierra el pecho de una muger?

Gall, Lavater, Cubi, y cuantos han consagrado su vida á la investigación de los efectos del alma, han podido alcanzar cuales son las tendencias de la criatura, más ó menos exactamente, por medio del examen comparado del cráneo, según que su organismo se aproxima más á la variedad infinita de animales que componen la creación, y han establecido como regla que el hombre á la muger participa de los instintos del mono, del gallo, del perro, del tigre ó de la paloma, etc. Siempre que el desenvolvimiento de ciertos órganos tengan mas puntos de contacto con el cráneo de los animales indicados, pero ni ellos, ni ningún otro pensador han podido establecer las reglas que nos salven del doblez y la falsía, que

se ocultan las mas veces bajo una apariencia de candor y de dulzura.

Es por eso que ni el estudio ni el talento pueden preservar de la seducción que se presenta bajo formas tan bellas.

Es por eso que en la cabaña como en los palacios el mundo presenta tantos ejemplos de desilusión.

Es por eso que en las carreras de la vida no alcanzamos de la felicidad sino la apariencia.

¿Quién no ha pasado por ese periodo que se llama la juventud?

¿Quién con más ó menos brillo no ha frecuentado esos receptáculos de la belleza encantada, embriagado con su perfume divino, dando sueltas á su corazón, y en alas de su ardiente fantasía, no se ha remontado á una atmósfera celestial al suave arrullo de una melodía de amor que exhala el coralino labio de una querida?

Pero también ¿quién no ha sentido disiparse como el humo que se pierde en la inmensidad del espacio, las ilusiones que merecieron su alma de adolescente?

¿Quién no ha comparado, una vez siquiera, la existencia moral con el árbol, cuyas hojas, quemadas por la escarcha del invierno, arrebató el huracán?

Porque las tormentas de la pasión, disecando el alma, agostan las fibras de la sensibilidad y ciegan el raudal de las emociones que constituyen el encanto de la vida.

Y entonces, adios armonías celestiales, adios perfumes embriagantes, adios creencias queridas, ya la realidad desnuda golpea á nuestras puertas para recordarnos que el hombre, imagen de Dios, ser inteligente y pensador, tiene el deber de examinarlo todo, de combatir por medio de la razón lo falso y lo quimérico.

Y la razón nos muestra que la vanidad, el amor propio, y el culto que generalmente se rinde á las exigencias del mundo, hacen que la vida de los afectos sea tan fugaz y azarosa.

¿Por qué aquella joven de formas angelicales, de mirada lánguida y amorosa, que apenas cuenta veinte años, oye con la misma indiferencia al hombre ilustrado como al pedante, al joven como al viejo, al que ha de ser mañana su esposo como al que vé hoy por la vez primera?

Porque la vanidad y el amor propio la indujeron muy temprano á consentir se le quemase incienso por muchos idólatras á la vez, y habituándose á recibir en el santuario de su pecho ofrendas á raudales, el ídolo ya no examina el mérito de cada uno.

¿Por qué esa otra niña que recién ha pisado la senda de la vida, abre solícita su corazón á todas las emociones, prodigando sus tiernas miradas y sus palabras llenas de encanto y seducción á cuantos se apresuran á interceptarle su camino, no obstante que desde sus primeros pasos ya su corazón se ha interesado por uno solo de los que la rodean?

Porque la vanidad y el amor propio con diabólico acento, le están gritando, cuanto más estenso sea el círculo de sus adoradores, cuantos más corazones destrocen sus seductores alhagos, mayores aplausos le devolverá el mundo, mayor será la envidia de las otras mugeres y su hogar será el centro de la galantería y del buen tono.

¿Por qué la muger que ha unido su destino á otro destino, la que ayer en aras de himeneo puso término á su existencia de niña, aparece dominada por el tedio, y su frente refleja el sufrimiento?

Porque sacrificó un amor puro y santo á la vanidad; porque la mano honrada de un joven ilustrado pero de condición modesta, no podía ofrecerle lo que satisficiera sus conatos de rivalidad, su amor al deslumbrante lujo, y pasado el vértigo de los goces materiales, siente el vacío del alma,

deplora tarde la ausencia de aquellos sentimientos generosos que hacían vibrar las fibras de su pecho.

De ese tenor eran las reflexiones que hacía Carlos á Elena, que, sin embargo de estar próxima á contraer matrimonio, no abandonaba esa diabólica solicitud con que la generalidad de las mugeres pretenden uncir á su carro triunfal el mayor número de ilusos.

Carlos no era del todo indiferente á la belleza de Elena que tenía toda la noble elegancia y distinguidas maneras que hacen de las Inglesas de buena cuna el modelo de las mugeres de salón, pero, como ya se ha visto, Carlos huía de todo aquello que pudiese interesar su corazón.

No sucedía lo mismo con su amigo Antonio quien traía alborotadas con su carácter jovial y bromista á la mayor parte de las que formaban aquella distinguida sociedad.

Después que Carlos se separó de Elena, se acercó á Elisa, una de las jóvenes que ya sabe el lector que encontró en el lago del Castillo de Windsor denominado *Virginia Water* y la invitó á bailar una cuadrilla.

En el curso de la conversación, después de reprocharle Elisa su poca amabilidad por no haberla visitado como les prometiera en aquella ocasión, le dijo con refinada salamería:

—¿Sabe Vd. que se nos casa Alejandrina?

Un rayo que hubiese caído á los pies de Carlos no hubiera producido lo que produjeron las palabras de Elisa. Sus mejillas ya pálidas por naturaleza, se contrajeron, sus ojos se desencajaron, y por más que quería hablar, sus labios no podían articular una sola voz.

No escapó á la travesura de Elisa el efecto que habían producido sus palabras en el ánimo de Carlos, y á fin de darle tiempo á que se repusiese, añadió:

—Nota por su fisonomía que su salud está quebrantada. ¿No le prueba á Vd. acaso el clima de Londres?

—No: precisamente el clima influye poco en mi salud; desde que vivo en Londres, donde hago una vida poco regular, no he sentido un solo dolor de cabeza, pero en este momento, sin poderme explicar la causa que lo haya producido, siento una especie de vértigo que poco ha faltado para hacerme perder completamente el sentido. Probablemente algún golpe de aire. . . . ¿Pero, decía Vd. que su hermanita se casaba? . . . .

—Si, y muy pronto.

—¿Es matrimonio de elección? . . . .

—¿Y de qué otro modo podría ser? replicó Elisa.

—Es que en Europa he venido á aprender que también el matrimonio forma parte de esas transacciones convencionales que han inventado los hombres para buscar la felicidad, y no hace mucho meditaba silenciosamente acerca de las horribles consecuencias que generalmente traen la ficción y el engaño en esas materias,

—Es verdad que á menudo nos sacrificamos las mugeres entregando nuestro corazón á otro que no es ciertamente su elegido, pero Vdes. tienen exclusivamente la culpa de semejante proceder. Las leyes de la sociedad han dado la iniciativa en materia de amor á los hombres, de manera que con frecuencia sucede que aquel que ha despertado en nosotros las mas vivas simpatías, que realizara el ideal de nuestros primeros sueños de ventura, aquel á quien con más entusiasmo entregaríamos nuestro cuerpo y nuestro corazón, es el que nos mira con más indiferencia. ¡Y después se condena á este ser tan débil, cuando, cediendo á las exigencias de la familia, une su suerte á la de un hombre que, si no le es enteramente odioso, viene á serle siempre importuno!

Carlos escuchaba las verídicas reflexiones de Elisa, con profunda emoción, porque esas reflexiones le estaban reve-



lando que habia sido sorprendido su secreto. Asi fué que, apenas concluyó la cuadrilla condujo á Elisa á su asiento y desapareció silenciosamente.

Elisa le signió con la vista y creyó haber descubierto en Carlos el gérmen de una pasion combatida.

(Continuará.)

# LA LEY DE LA HISTORIA.

## ADVERTENCIA PRELIMINAR.

El Liceo Literario nos hizo el honor de nombrarnos uno de sus miembros directores, y de designarnos para abrir sus sesiones doctrinales. El tema que elegimos para llenar ese objeto, fué LA LEY DE LA HISTORIA. discurso que fué leído en ple ne y pública sesion.

## INTRODUCCION.

### I.

Señores:

La historia en su significacion mas natural, es la exposicion de la vida de la humanidad,—y en su significacion mas filosófica, es la manifestacion del esfuerzo humano por llegar á la realizacion de un ideal.

El sujeto de la historia es la humanidad, como individuo inmortal y solidario al través del tiempo y del espacio. El objeto de la historia es la resurreccion (1) del pasado. Sus medios son todas las manifestaciones de la vida; las creencias, las instituciones, los códigos, la tradicion, la poesia, los monumentos del arte y de la industria, las costumbres. Su fin, es señalar el desarrollo ó decadencia, la aproximacion ó alejamiento del ideal. Su ley el perfeccionamiento.

Como ciencia es narracion y doctrina. La doctrina es la lógica de una premisa que se mueve en los hechos. Como narracion es la memoria.—Podemos pues concretar nuestra definicion diciendo:—LA HISTORIA ES LA RAZON JUZGANDO AL PASADO Y PROYECTANDO EL DEBER DEL PORVENIR.

Si hay ley histórica que puede ser deducida del pasado, la humanidad ha vivido lo bastante, para poder apoyar sus deducciones é inducciones.

Los siglos se aumentan sembrando la tierra de monumentos y poblando el firmamento con sus ideas ó sus Dioses. La Geología de la historia, cuenta ya capas funerales de generaciones superpuestas, y ha presentado sus sistemas para soportar nuevos habitantes y organismos de civilizaciones mas perfectas. La astronomia de la historia cuenta tambien firmamentos y dinastias divinas derrocadas. Si queremos, pues, interrogar al pasado, los materiales existen en el abismo sin fin de la memoria. Nuestra vida presente tiene sus raices en la tumba.—Allí encontraremos las fibras de nuestro ser, las palpitations de amor ú odio, los resplandores del mismo pensamiento, el mismo llanto y las mismas alegrías, el deseo, la aspiracion del infatigable peregrino, que en el valle de sus lágrimas, busca el camino del perdido paraíso, ó los sueños de aquella escala de Jacob que llegaba hasta los cielos.—En esa misma tumba tambien se nos espera, con la calificacion de nuestra vida y con la cifra del horario fatal en nuestra frente.

En el valle misterioso que fecunda el Nilo, las séries em-

(1) Resurreccion.—Esta palabra es del Sr. Michelet.

balsamadas de los muertos, al lado de los vivos y en el seno mismo del hogar, la religion antigua acumulaba. Todo hombre, cada familia, de generacion en generacion, tenian su lugar designado de antemano. Las momias llevan en geroglíficos escrita la vida y el destino del que duerme. Los padres, los hijos, vivian en comunion perpétua con las almas de los que ya no son; y es asi cómo la historia individual y social de los Egipcios, coexistió, puede decirse asi, con su presente. Y sobre ese inmenso campo-santo de la civilizacion antigua, la titánica, inmortal pirámide, reina del desierto, sarcófago de dinastías, elevaba su cúspide astronómica, como antorcha de la inmortalidad en la tierra de los sepulcros.

La historia se nos presenta como Necrópolis, inmensa, evocando diariamente sus muertos al son de las trompetas que convocan al Josaphat de las naciones;—y el historiador y el filósofo, con la medida de la justicia, descubriendo nuevos raudales á la multitud sedienta cuya peregrinacion dirigen, sentenciando á los vivos y á los muertos, recorriendo nuevos horizontes, y levantando las auroras del nuevo eterno sol que debe iluminar á la ciudad futura de la humanidad universal.

### II.

¿La vida de la humanidad, tiene una Ley?—¿Es la historia la consignacion del hecho, ó la demostracion del desarrollo de esa ley? Para resolver ese problema, procuremos asentar con claridad sus condiciones.

Todo ser tiene una vida. La vida del planeta que habitamos está escrita en su superficie y sus entrañas, por la mano de los cataclismos y la accion secular de los elementos. Las capas superpuestas de la corteza terrestre, mortajas estupendas que conservan incrustados los vivientes de otro tiempo, fósiles anteriores y contemporáneos á la aparicion del hombre, nos revelan las edades. La tierra ha cavado sus valles y con el empuje de su fuego interno ha levantado esas pirámides que sirven de pedestal al Condor. Ha delineado sus fronteras al Océano, dibujado el organismo de sus rios. Ha incendiado la inmensa cabellera de sus bosques primitivos, para preparar un terreno, depositar la hulla, y elaborar una atmósfera adecuada á la respiracion del hombre;—y siempre abrasada por el sol, como la antigua Cibeles el pan y el vino, la flor y el metal de su unicornio magnífico derrama.

Penetrando en las regiones del pensamiento, encontraréis en ellas la raiz indispensable de la historia.—No hay historia sin memoria.—Apenas queremos inmovilizar un instante presente—ya es pasado.—El presente es un momento renovado que se desliza en la conciencia arrebatado por la fatalidad del tiempo, como una centella que atravesará la creacion por la fuerza infinita proyectada.—Pensar el presente es ya perseguir un pasado.—Pero el futuro inagotable superpone los elementos de esa hoguera, que los seres forman para satisfacer el hambre insaciable del abismo, y elevar el himno imperecedero de la vida en holocausto al infinito.

El hombre mismo no podria tener conciencia de suyo, sin la memoria.—La conciencia de la identidad de nuestro ser, no podria existir sin el recuerdo. De lo cual puede rigorosamente deducirse, que la historia es el elemento necesario para tener conciencia de la identidad humana al través del tiempo y del espacio;—el elemento anterior del progreso, porque sin conciencia de la vida pasada no tendríamos conciencia de la hora que vivimos;—y que todo lo creado, todo lo finito, por el hecho solo de existir, está sometido á la ley de sucesion ó desarrollo.

Lo creado puede ser dividido en dos categorías: Seres sin

conciencia y seres con conciencia.—Entre la materia y el espíritu aparecen los seres intermediarios, que viven en las fronteras de la organizacion y de la libertad.

La creacion material se desarrolla.—El génesis eterno no ha cesado.—En el laboratorio del espacio, el telescopio en alas de la razon, ha sorprendido la formacion de nuevos mundos y todos los dias pueden repetirse aquellas palabras sacramentales de la Biblia:—«El espíritu de Dios es llevado sobre las aguas del abismo», incubando perpétuamente los gérmenes inagotables de la floresta indefinida de los cielos. Hierve la inmensidad, agitada por la mano del Eterno, brotando universos y sistemas, como estrofas centellantes de la epopeya de la creacion. La creacion es el ensayo que tiende á reproducir en la variedad existente y futura de todos los seres imaginables, la idea del infinito que á todos los comprende y que todos no alcanzan á agotar.—Es por esto que la creacion no puede cesar.—Una ley de destruccion, conservacion y desarrollo la precipita hácia un ideal que ignora. Lo prosigue sin conciencia en las órbitas de los astros, en el organismo de los átomos, en la intususcepcion del árbol, en la atraccion de las moléculas, en los instintos animales;—¿y creeríamos que la humanidad lanzada en una progresion de luz divina, para ser la conciencia del mundo inferior, careciese de fin providencial?—No, señores.—Tal suposicion seria consignar la anarquia, como un legado impuesto á lo mas elevado en la série de los organismos conocidos.

Si la humanidad tiene un fin,—la Historia tiene una ley.

FRANCISCO BILBAO.

(Fin de la introduccion.)

# LA SEMANA SANTA

No siempre es un mal, esto de estar fastidiado. Si al presente tuviera yo algo que me llamara la atencion, de cierto que ni por la imaginacion se me pasaria la idea de ponerme á escribir.

La inaccion tiene tambien sus ventajas. Sin el cansancio, no se notaria el descanso ni vice-versa. Es por eso que muchas veces he pensado que si el hombre no diera trégua al trabajo, jamás trabajaria.

No me detendré á probar que lo que acabo de decir no es una paradoja, sin embargo, de que se le parece mucho.

He tomado la pluma guiado por cierto instinto que tengo de escribir cuando estoy fastidiado, y lo que en las actuales circunstancias me ha parecido mas digno de ser objeto de un artículo de diario, es la Semana Santa que concluye.

Nadie crea que pienso disertar sobre la solemnidad del recuerdo histórico que las fiestas de estos dias representa.

Ya he declarado que mi solo objeto es matar el tedio que me acosa, y como para eso no es necesario remontarse á los buenos tiempos en que la muerte de Cristo aconteció, pido permiso para hablar de la Semana Santa, sólo bajo su punto de vista profano.

Parece cosa de broma, pero lo cierto es, que apesar del fanatismo religioso de nuestra poblacion, no hay fiesta de iglesia que no tenga su lado de mundano.

Agregaré á esa, otra consideracion: por muy distintas que sean las fiestas, siempre el lado profano es el mismo. Jamás deja de ser el lujo.

Digo que es el lujo porque en el lujo entra tambien el escote de las niñas, que descanlucir en los templos lo que generalmente esconden en la sala.

A propósito de esto, si Fray Gerundio que hablando de

los teatros de Paris, dice que allí la señora mas vestida es la que está mas desnuda, se presentará en una de nuestras iglesias en Sábado Santo, no contaria cosas distintas de nuestras bellas.

Aun, lo declaro sin rubor, me agrada mucho una muger escotada, y no seré yo quien aconseje á ninguna que se vista de cuello.

Bajo este aspecto nuestros templos han estado admirables.

Parece que el sexo hermoso hubiera sido citado para rivalizar en un certámen donde las armas consistieran en la belleza, la gracia y el lujo combinados.

¡Cuánto siento en este instante no ser muger!

Entonces describiria con propiedad y precision la elegancia, la gracia, y el misterioso atractivo de una Julia que se habia engalanado con el color de la flor que la simboliza—violeta.

Entonces rendiria mi concienzudo homenaje á una niña que todavia no ha empezado á usar el trage largo, pero que rivaliza ventajosamente con las mas galanteadas de nuestras bellas, herencia que acaso recibe de la muger de quien es nieta.

Entonces reseñaria con facilidad los adornos (menos brillantes que ella, por cierto) de otra linda niña que lleva el poético nombre de la heroina del célebre drama de Garcia Gutierrez, y de la victima del Estudiante de Salamanca.

Entonces.... Acabo de apercibirme de una cosa.

Entonces no hubiera hecho nada de lo que acabo de decir. Una muger no elogia á las otras; y es probable que si yo lo fuera no lo haria tampoco.

Es sensible que nosotros los hombres no podamos describir los trages del bello sexo.

A lo menos, por mi parte, me hallo legalmente impedido.

Si me pusiera á describir trages es muy de suponerse que estamparia en el papel mas de una tontera.—Verdad es que en esto no iria del todo contra mi esencia; pero como en este caso lo haria á sabiendas, y nunca delinco de ese modo, me resuelvo á callar.

En su conjunto, la gente que ha llenado las iglesias presentaba un brillante aspecto.

Si es que á Cristo le agradaba lo bello, Montevideo en esta Semana Santa se ha portado *comme il faut* con él.

La Plaza de la Constitucion tambien se ha hallado concurridísima, por la gente elegante que salia sofocada de la Matriz á tomar el aire fresco de ese lindo paseo.

Las músicas fúnebres que en las noches del Jueves y Viernes nos hicieron oír sus notas dulcemente melancólicas, han tenido no poca parte en la solemnidad que imprimen los pueblos católicos á estas fiestas.

En cuanto al sexo feo nada diré, porque pertenezco (y no poco) al número de los que lo componen y no quiero si digo, por ejemplo, que se ha mostrado muy elegante, que nadie me acuse de parcialidad.

Concibo perfectamente que el lector se haya aburrido al pasar la vista por estos últimos renglones.

Aquí vendria bien dar la razon de esa concepcion. Pues bien, por ir contra los que asi piensan (advirtiéndose que voy contra mí) no la doy.

Es una inclinacion fatal la mia.

Siempre que estoy fastidiado, me pongo á escribir, y siempre concluyo diciendo: me fastidio.

JOSÉ MANUEL.



# LOS AMORES DE MONTEVIDEO

POR

ANTONIO DIAZ (Hijo).

II.

## Escena conyugal.

Adela no habló una palabra en el camino con su marido. Apenas llegaron los esposos á su casa, Adela se plantó de jarrita ante su marido apostrofándole del modo siguiente:

—Eres un bestia, y te has portado como acostumbras. —¿Pues qué?... ¿qué hay?

—Que ha de haber, imbécil; que te pones á decir sandeces en presencia de tanta gente; pues buena recomendación para tu pretencion á la cartera de Hacienda. —¡Jasus, qué hombre tan estúpido!

—¿Y qué tiene que ver la educacion de mis hijos con mis aspiraciones?

—Eso debias considerar tú, animal, y no ponerte á ensartar tonteras....

—Muger, todolo que pueden decir, es que soy un buen padre de familia, y sobre todo, honrado: no debo nada á nadie—eso tú lo sabes bien, y sobre todo ¿por qué se han de reir de mí?—Convengo en que mi figura no es del todo diplomática; pero para figurar en una silla de Hacienda, no se necesita mas que un par de espejuelos, un rostro seco, un leviton largo, y aprender á prometer, es decir, á mentir.

—Te digo que con tu figura vulgar, y sobre todo, con tus tonteras lo aclaras todo á perder.

—Estás equivocada.—Mira, si se tratara de la cartera de Relaciones Exteriores, por ejemplo, eso ya variaba de especie—ahí sí, convengo en que es necesario una figura un poco diplomática, y sobre todo, estudiar una fisonomía especial, para decir á todo *así es exactamente*, y sobre todo no prometer nada, y convenir en todo—Pero en cuanto á Hacienda, eso es otra cosa. Mira: no creas que deja de haber su cierta analogía entre esa cartera y el comercio—transacciones por arriba y transacciones por abajo.—El *haber*, siempre bajo—El *debe* por las nubes.—Lo que vale *cuatro, ocho*.—Si todo es materia de especulacion, teneduria de libros y otras menudencias por el estilo.

—Hace un año, decia Adela, que estoy desesperada por tener coche á la puerta, y oirme llamar *la Señora del Ministro*; pero lejos de eso, no sabes aprovechar las ocasiones. Desgraciadamente tengo un marido tan imbécil, que no se apurá por que le digan *Su Excelencia*.—Si yo fuera hombre, ya tendria la cartera en mi escritorio.

—Bastante pongo de mi parte, arguyó el Sr. Bengochea con desaliento; pero qué se ha de hacer, hay tantos candidatos legales, segun dicen....

—Pues á eso voy.—Es preciso separarse un poco del camino legal.

Tú debes hacerte presente. Agregarte á un circulo de oposicion. Escribir mucho, que aunque fulte la elocuencia no importa. Pagar á todos para que escriban y te alaben. Tocar todos los medios. Visitar las personas en posicion.

Y sobre todo, esperar los momentos de crisis; para presentarte en casa del que quede con la influencia.

Es preciso que compres un tratado de Economía Política. Que estudies unos cuantos párrafos de memoria.

Que los digas con aplomo.... Vamos, pero estoy hablando como siempre, sin sacar de ti nada de provecho.

—No te apures, muger; mira, llevo entre manos un proyecto.

—¿Y bien! ¿qué has hecho hoy? continuó Adela sin parar la atencion en lo que decia su marido.—Te dije que fueras á lo de *Don Indispensable*.—Ese tiene influencia—¿qué te dijo?

—Si, estave.... es decir... hablanas.... me dijo que habia crisis ministerial....

—¿Y bien! ¿note lo dije? exclamó Adela.

—Cierto, pero *Don Indispensable* es hombre que prefiere sacar la brasa por mano ajena; jamás se compromete. En fin, yo le dije que era necesario que él como persona importante en la actualidad, tomase parte en la situacion; pero he conocido, que prefiere jugar los cubiletes desde su casa.

—¿Qué!—tendrá algun candidato de su circulo, pero tú no aflojes....

—Nada.... yo me tuve firme, y le desplegué el programa.... pero él, nada, arre, con que no queria tomar parte en la política: que estaba muy cansado de trabajar sin fruto.... de emplear su patriotismo y qué sé yo qué mas....

—Pues es preciso no perder tiempo, insistió Adela—mañana mismo pondré yo el pié en pared—entre tanto vamos á recogerlos que ya es tarde.

—Cierto.... ya me habia olvidado de los chicos. Y los esposos se fueron á dormir en la mejor paz de Dios. Ya eran las doce de la noche.

Despues de haber puesto al lector al corriente de la escena conyugal, pasaremos á darle cuenta de un hecho y de un personaje que ha quedado muy atrás.

Las calles de Montevideo estaban desiertas.

Un hombre de alta estatura se detuvo en la puerta de la casa de Leopoldo.

Dió dos golpes y bajó un criado.

El hombre le dijo algo al oído: poco despues apareció Leopoldo, y subió con él á su escritorio.

—¿No hay nadie aquí? preguntó el desconocido.

—Acaba de irse todo el mundo, y yo ya me retiraba.

—De lo cual resulta que estamos solos.

—Así lo creo al menos.

—Corriente, quiero hablar contigo dos palabras.

—Ya escucho, dijo Leopoldo.

—Sabes que no tienes mas padre que yo en el mundo.

—Sí.

—Y que tienes contraido conmigo un compromiso sério.

—Adelante.

—Esa fortuna es necesario que venga á nosotros.

—Vendrá.

—No es eso todo: trata de vivir modestamente, aleja todos los medios de un disgusto, que puede traer un mal resultado.—Despide de tu casa á toda esa turba de gorriones, y planta en la calle á esa consejera de tu muger.

—Pero así, tan repentinamente.

—Hazlo, para que sepan en lo sucesivo que tú llevas los calzones—asi se hará algo de provecho.

—Asi se hará.

—Y vé mañana á darme cuenta. Adios.

El hombre salió, acompañado de Leopoldo hasta la puerta.

El personaje que acabamos de hacer reaparecer, era el hombre de la linterna.

III.

## Explicaciones.

Pongamos al corriente al lector de lo que habia pasado en el transcurso del año.

Luciano y Josefina, seguian en paz.

Josefina avanzando progresivamente en el corazon de su esposo.

A la siguiente noche de la escena que hemos descrito, entre ella y el hombre de la linterna, Josefina acudió á la cita. El hombre la recibió en los mismos términos, y ella entró con las mismas precauciones. En aquel gabinete se formó un contrato, se contó una suma de oro, y en seguida, Josefina salió con un papel oculto en el pecho, y una caja herméticamente cerrada, en la mano.

El hombre de la linterna la vió alejarse.

Una sonrisa diabólica asomó á sus labios y dijo cerrando su puerta:

—Hé ahí una alma que va derecho al infierno.

No sabemos mas sobre lo que pasó entre ellos.

Nerea siempre en la misma vida, no habia encontrado variacion.—El mismo alejamiento y abandono la perseguia: su debilidad fisica avanzaba.

Clemente habia dirigido á Nerea su carta última.

Se habia acercado furtivamente á la ventana de Nerea que estaba entreabierta, y la habia arrojado á sus piés diciendo para sí:

—Todo acabó entre nosotros.

Nerea habia recojido el billete y lo habia leído exclamando: —¡Ah! no me ha comprendido.

A las 12 de esa misma noche, cuando todo estaba entregado al sueño, dos seres velaban en aquella casa.

Clemente con la vista enrojecida y fija en la ventana de Nerea derramando lágrimas.

Nerea con el corazon oprimido y la mirada triste fija en los cristales de Clemente.

Todo estaba en oscuridad.

Sin embargo aquellas manos se tocaban á la distancia.

Aquellos corazones se interpretaban al través del vacío. Y aquellos ojos se veian al través de las tinieblas.

Clemente pensaba:

—Ella debe estar allí.

Nerea no lo dudaba: lo aseguraba, lo sabia positivamente. Nerea encendió luz.

Su figura totalmente blanca, se destacó entre la luz y la noche, como la Febea Griega.

—¡Ella! acertó á decir Clemente—y creyéndose presa de un sueño, cayó de rodillas tendiéndole las manos.

Nerea oyó la voz y dijo para sí:

—¡Oh! no me habia engañado: me buscaba al través de las sombras, me miraba al través de la ilusion y la esperanza.—Así se ama.

Y agitando su pañuelo hizo señas á Clemente para que se acercara.

Clemente vió todo aquello y se lanzó como un rayo.—Un instante despues, estaba de rodillas al pié de la reja, con la mano de Nerea en sus labios.

Entonces llegó su vez á Clemente, y dijo:

—Soy un desgraciado que no os he comprendido.

Nerea contestó:

—Bien lo veis ahora—yo os omo.

Y efectivamente se amaron.

Y se amaron tanto, como se ama en la primera edad de la vida.

Con todo aquel encanto inefable.

Con todo aquel prestigio de la ilusion.

Con toda la santidad del primer amor.

Y finalmente iluminados por aquel horizonte color de rosa, que asoma á los primeros albores de la inocencia.

Entonces ya ni la distancia, ni la privacion, ni los cerrojos sirvieron de obstáculo á la entrevista de los amantes.

El amor lo rompe todo.

Porque el amor es el sentimiento mas valiente que ha imprimido Dios en su obra animada.

El amor se arroja á un abismo insondable, sube al cráter de un volcan, y se estrella con la fiera mas terrible de la tierra.

El amor está en el Zenit de todos los sentimientos humanos, y se desploma con mas estrago que el rayo.

El rayo anonada é incendia uno, dos ó tres objetos.

El amor levanta y derroca tronos.

Subleva las masas humanas.

Produce rios de sangre.

Incendia pueblos.

Decapita Reyes.

Y conmueve el equilibrio de las sociedades.

El amor es el sentimiento rey de todos los sentimientos del hombre.

Porque lo domina.

Lo hace acometer acciones heroicas.

Lo avasalla.

Lo lleva al sacrificio.

Lo conduce al crimen.

Al vicio.

A la última condicion, en fin, de todos los seres de la tierra. El amor es tan valiente que vive mientras el hálito humano existe.

Es tan inestinguible, que hasta en la decrepitud se encuentra el amor convertido, modificado, adulterado.... disfrazado.... pero existente vivo y nunca estinguido.

El amor está en todas partes.

Está en el seno supremo y santísimo de Maria en el Cielo. Está en todos los seres de la tierra.

En todas partes, donde hay alito perceptible....

En el mar.

En las flores.

En la tierra.

En el aire.

En la roca inerte, incommovible, que hasta tiene amor para atraer la yedra á sí.

El amor está en el seno del infortunio.

En el apojeo de la felicidad humana.

En las profundidades del odio.

Y finalmente lleva su mision hasta el pié del féretro, y todavía allí queda en la loza ó en un madero simbólico, algo que indique el rastro que dejó el amor al pasar.

Es claro pues, que si el amor puede todo eso, nuestros amantes debieron conseguir los medios de verse.

Pero como trás el amor, suele ir la virgen casta, frágil y doliente que se llama *virtud*, aquel amor impetuoso, joven y volcánico, se detuvo siempre, y como por instinto, ante las verjas de la ventana de Nerea, y todo marchaba perfectamente.

Con respecto á Cristiana y Justo, las cosas habian pasado de otro modo.

Justo habia jugado con fuego.

La consecuencia era lógica—se quemó.

Pero cuando quiso acudir al remedio, el fuego habia avanzado, y Justo era un volcan ambulante en actividad.

Cristiana habia tratado de vengarse, y se vengó á su modo. Justo siempre en su sistema, hizo pasar á aquella criatu-



ra verdaderamente enamorada, por todo género de pruebas y amarguras.

Cristiana reducida á sus últimos atrincheramientos trató de capitular con ventaja, pues se sentia vencida; por consiguiente una noche que Justo se ocupaba en mortificarla, dándole celos con una muger interesante, Cristiana abordó de frente la cuestion y dijo á Justo:

—Caballero: tengo que hablar con Vd.

Justo se torció el bigote, se acomodó los cuellos, y contestó con el aire mas perfecto de pedanteria:

—¡Y bien! señorita ¿qué se ofrece?

—Justo, dijo Cristiana, eso es insufrible.... pero es preciso confesarlo, yo lo amo á Vd.

Y Cristiana hizo un esfuerzo poderoso sobre el pudor de a muger.

Justo contestó entonado:

—Está bien, lo consultaré.

—¡Caballero! dijo Cristiana poniéndose de pié, y haciendo brillar sus ojos de indignacion.

—¿Y bien? interrogó aun Justo.

—Nada, caballero—solo siento el haber colocado tan mal mi afecto—eso es todo.

—Pues, concluyamos.

—¡Oh! murmuró Cristiana, presa de un vértigo.... bien lo esperaba.... pero.... me vengaré.

Y habia dejado solo á Justo.

La muger habia sido herida en lo intimo del amor propio. La ofensa podia ser perdonada, pero olvidada jamás.

Justo metió las manos en los bolsillos diciendo:

—Creo que he cometido una barbaridad, porque me parece que yo empezaba á amar á esta muger. Pero yo lo arreglaré todo. Ella me amaba un poco, y le diré que me perdone. Pero no; nada de perdon. A la muger dominarla: pues no faltaba mas. Nada, repito, y mucho menos con mugeres de copete que se figuran que todo se lo merecen.— Está hecho: si señor: que vaya al infierno; yo no me rebajo á nadie.

Y Justo tomó el sombrero y se fué á consultarlo con Clemente á quien informó de todo.

Este se recojió á meditar.

—No hay que pensar mucho, Clemente, ¿qué te parece?

—Justo, segun y conforme.

—¿Segun qué?

—¿Esa muger era indiferente para tí?

—¡Hombre!—indiferente, no ¡qué diablo! uno no puede ser indiferente con una muger elegante y hermosa que se vé todas las noches, y sobre todo que me prefiere á otro hombre. Que lo diga Leopoldo L. que se bebe los vientos por ella.

—¿Entonces es decir que le tienes simpatia?

—¡Simpatia! eso sí; para mí es la muger mas espiritual y simpática que he conocido.

—De lo cual se deduce que la amas.

—Eso no, niego el hecho: yo no amo á nadie.

—En ese concepto, te seria indiferente verla en amores con otro.

—¿Cómo que me seria indiferente?—¡Te quieres ir á los infiernos!

—Pues eso quiere decir que la amas.

—Pues bien, la amaré si es preciso: me resolveré á amar algo desde hoy.

—Nó, es que ya estás enamorado; pero desgraciadamente es tarde.

—¿Por qué, Clemente? ¿A qué llamas tarde?

—Porque has procedido mal con una muger que te ama-

ba, y que hubiera hecho tu felicidad por todos los medios á su alcance, es decir, con su corazon y su fortuna.

—¡Voto al diablo! ¡y yo que se lo ocultaba, por que no pensara que lo que yo queria era su dinero! Pues mira, Clemente, ahora que ha sucedido todo eso, te confieso que estoy enamorado de ella.

—Inútilmente.

—Lo veremos.

—No esperes nada ya, de una muger á quien has herido en lo mas intimo de su alma.

—Lo veremos, te digo.

—Asi sea, agregó solamente Clemente.

Dos dias despues, Cristiana entregaba su mano como el lector lo sabe.

Lo demas se verá en el transeurso de esta obra.

(Continuará.)

# LA PENNA DE MUERTE

POR

AGUSTIN MARIÑO.

DEDICADO AL SEÑOR DON ANJEL C. SAGASTA.

Mi querido Sagasta:

A Vd. que conocia de antemano mis opiniones sobre el particular, dedico este pequeño trabajo. Nada vale, pero él es la expresion de mi amistad hácia Vd.; y los encantos de esta santa afecion, le darán algun mérito á sus ojos.

Conoce Vd. la historia del seudónimo que he usado hasta hoy, y por eso me ha pedido con tanta instancia que lo coloque al pié de mis pobres producciones? ¡Qué no haré yo por complacerlo! Así, aun cuando mi apreciable é inteligente amigo, el director de este periódico, se ha encargado, ayudado por mi torpeza, de despejar la incógnita, él irá al pié de estas líneas. ¿Está Vd. satisfecho?

EL NEGRO.

## I.

Desde tiempos inmemoriales, parece que los hombres se han abrogado facultades que nadie les confirió; y lo mas notable de todo eso es, que para legalizar sus arbitrariedades y destruir los mas santos derechos, invirtiendo el órden de la naturaleza, pura encarnacion del Ser Supremo, invocan la razon, como si ella existiese en la sinrazon—el derecho, como si lo hubiese para matar á un hombre—la moral, como si ella tuviese la virtud de surgir de la inmoralidad del caos; como si de un foco de corrupcion pudiesen exhalar-se agradables emanaciones—y en fin, la Justicia, como si fuese justo privar de la vida á un ser que la recibió de la mano de Dios; como si el hombre hubiese delegado en otro hombre como él, y sujeto á los mismos errores de que es susceptible, el derecho de cercenar cabezas: derecho que por otra parte no puede delegar porque nó lo tiene; porque, y esto es aun mas concluyente, no se puede enagenar lo que no se posee. Sancionándose tal dádiva, delegacion ó como

quiera llamársela, seriasancionar el derecho de espropiar á otro del objeto que debidamente le pertenece.

Se comprende perfectamente que se reglamenta el modo de combatir al malo, trayéndolo por los medios mas suaves y que estén mas en armonia con su carácter, educacion y modo de ser, á la senda del bien; para lo cual no se necesita otra cosa que la educacion del pueblo: la prédica constante de los deberes del hombre para con el hombre, primer paso, prólogo necesario, que debe preceder al conocimiento de las obligaciones de las sociedades entre sí: de los pueblos para con los pueblos, y de las naciones para con las naciones, ya sean estas ricas ó pobres, fuertes ó débiles. Pero lo que no se concibe, es que un individuo que ayer era nuestro igual, tenga hoy el derecho de cortarnos la cabeza. ¿Quién le confirió tal derecho? Y suponiendo que alguien se lo haya conferido, ¿quién ha autorizado á ese alguien para dar á otro el derecho de destruir un ser inteligente y pensador, y por consiguiente susceptible de correccion? ¿El fin justifica los medios? ¿Desaparece el mal por el solo hecho de inutilizar la causa? ¡No! El efecto se obró, y ese efecto es el mal; mal ó efecto que solo puede ser, no precisamente reabsorvido, pero sí atenuado con la existencia de la causa que la produjo.

¿Quiere decir, que aun cuando se haya hecho desaparecer á un homicida, subsiste, aun despues de su desaparicion el efecto que es la victima, y la inutilizacion del primero no ha remediado nada? Verdaderamente que nó, puesto que una vida no se devuelve con la estirpacion del ser que la hizo estinguir. De lo que se desprende lógicamente que la pena de muerte es nociva, mas que nociva, injusta á todas luces. Querer arreglar cuestiones de tanta trascendencia mercantilmente, es decir, sumando cantidades iguales en el debe y en el haber, es altamente absurdo.

## II.

«De la bondad de las leyes, dice Montesquieu, es de la que depende la felicidad del ciudadano. (1)» ¿Hay, por ventura, alguna bondad en la pena de muerte? ¿De su aplicacion práctica resultan algunas ventajas para la sociedad? ¿El espectáculo de la sangre presentado con toda su horrorífica pompa ante las miradas de los pueblos, surte el efecto deseado que es curar con el ejemplo? ¡No! Desde que se ha puesto en práctica la pena de muerte, los crímenes por que ella se aplica, si no han ido en aumento, nada han disminuido en su intensidad.

Y si el fin no justifica los medios, ¿por qué se sigue en esa senda fatal? ¿Por qué no se les hace comprender á los hombres que es masterrible é imponente el castigo de presidio por 10 años, encierro por la vida, ó trabajos forzados, que la pérdida de la vida? ¿Por qué no se les inculca la idea de que, de la reciprocidad de buenas acciones depende el equilibrio, y por consiguiente la felicidad de la asociacion?

Nosotros creemos fundadamente que con la educacion de lo que se llama pueblo bajo, con la comprension de sus deberes, de los cuales se siguen sus derechos, los crímenes disminuirían, y la sociedad no tendria que llorar, como llora con mucha frecuencia, dos victimas á un mismo tiempo: una inmolada en aras de la ignorancia del hombre, y la otra á la venganza estúpida de lo que por una aberracion del buen sentido llamamos Justicia.

«La guerra no descarga sus golpes mas que sobre aquellos que combaten; pero tambien no los hiere, cuando vencidos, heridos ó desarmados, piden se les conserve la vida;

y dócil á la voz de la humanidad suspende entonces sus furrores y su venganza.» (2)

Y si en la guerra donde las pasiones están excitadas y disculpan en cierto modo el furor de los contendentes, se respeta la vida de los vencidos y desarmados, ¿por qué ha de sacrificar la sociedad la vida de un ser inteligente, hallándose en iguales condiciones que el que en la guerra se respeta? No lo sabemos; pero la sociedad asesina á sangre fria, haciéndose mas criminal que el mismo á quien trata de castigar.

## III.

No creemos demas traer la opinion de algunos hombres esclarecidos en apoyo de nuestras observaciones. Sentimos sobremanera no tener á la vista el trabajo publicado hace poco por el distinguido literato francés Mr. Victor Hugo, el cual seria una de las palancas mas fuertes en que pudiéramos apoyarnos. Hé aqui sin embargo algunas palabras sobre la pena de muerte pertenecientes al notable escritor español Sr. Garcia Ruiz:

«Nunca he encontrado suficientes motivos, dice el escritor á que nos referimos, para la aplicacion de la pena de muerte, ya se mire bajo el aspecto político, ya bajo el religioso, ó ya bajo el moral. Bajo el aspecto político, esa pena es innecesaria porque, se aplique ó nó, la sociedad descansa segura en sus bases; bajo el religioso, no puede ser mas repugnante, porque prescindiendo que solo al Creador le está reservado el derecho de privar de la existencia á la criatura, una religion de paz, lenidad y mansedumbre, perfectamente dispuesta á recibir en su seno á los mas grandes pecadores que se muestran arrepentidos, siempre tiene que desaprobarr la efusion de sangre; y bajo el moral, lleva esplicitamente consigo su condenacion, porque ni al criminal se le dá lugar á la enmienda, ni la sociedad á quien ofendiera con su conducta puede utilizarse en recompensa, de los servicios que despues de su crimen se halle en disposicion de prestarle; ni su ejecucion, en fin, produce para la muchedumbre el efecto que el legislador se propone al llevarle al patíbulo.....»

«Los Atenienses, para hacer ver que su república no prohibia la pena de muerte, antes de llevar al suplicio á un criminal, borran su nombre del registro de los ciudadanos; llevados de la misma idea los Romanos prohibian al verdugo la entrada en la ciudad, para que ningun reo fuese ejecutado en ella; y los Romanos durante mucho tiempo no conocieron por última pena mas que la privacion del agua y del fuego, para que el condenado á ella pudiese conservar su vida, aun que sin volver á pisar el suelo de Roma.

«¿Cuándo, pues, siguiendo las nobles inspiraciones de los gentiles, desaparecerá de entre los cristianos el repugnante espectáculo de la pena de muerte?» (3)

## IV.

Por otra parte no parece sino que la vista de la sangre despierta los malos instintos del hombre, familiarizándolo con el crimen y dándole una idea menos horrorosa de lo que él es en sí Véase sino á Roma, la Señora un tiempo del mundo, la primera en civilizacion despues de la sábia Grecia. A Roma, si, que al mismo tiempo que asombra al mundo con sus conquistas, y cuando sus adelantos en las ciencias y en las artes tenian sobre ella fijas las atónitas y deslumbradas miradas de todos los pueblos, horrorizaba con sus carnicerías

(2) PERREAU—Elementos de Legislacion, Tomo II.

(3) Don P. Wondo y Masalegre, Tomo II.

(1) MONTESQUIEU—Espiritu de las Leyes, Libro XII, Cap. II.



djarias: la sangre humana corria allí á mares, reflejándose en su purpúrea corriente el espléndido sol del progreso.

Pues bien: ¿por qué esta confusión de crímenes y heroicidades? ¿Por qué esta amalgama de moralidad y escándalos, de adelanto y retroceso, todo chocándose entre sí y presentando un conjunto aterrador? ¿Por qué si el progreso material y el adelanto moral é intelectual de una nación revelan el estado de perfeccionamiento de su sociedad, sucedió que cuando la célebre Roma había llegado á su apogeo, fué precisamente el momento en que presentó á la asombrada vista del Orbe entero la desmoralización mas sorprendente, de cuyo cuadro se destacaba una pleyade inmensa de crímenes? ¿Por qué? ¡Ah! Un pueblo que se educa inveterándolo en la costumbre de ver todos los días víctimas inmoladas en aras de la Justicia ó á manos de los tiranos; un pueblo que vé correr constantemente bajo sus piés un lago de sangre humana, si no se hace insensible, si no se le embotan las fibras que repelen semejantes espectáculos, si por último no se convierte en un pueblo de asesinos, se familiariza al menos con el crimen, y de esto á su consumación hay solo un paso. La muger pierde con el pudor todo lo que forma sus encantos: el hombre que pierde la repugnancia hácia la sangre está espuesto á hacerla verter por el motivo mas insignificante.

La esperiencia prueba la verdad de nuestras palabras. Fijémonos en la historia del *Antiguo Imperio Romano*, y mas tarde en la de los demas pueblos que le siguieron en esta fatal pendiente, y hallaremos explicado *el por qué* de tanto crimen cometido, ora en la sombra de la noche, ora á la luz del día, en presencia de Dios y con escarnio de la humanidad entera.

V.

Desde tiempos inmemoriales, parécenos tambien que el corazon, esa urna santa de los afectos, simpatía y todo lo mas grande que existe, se halla embotado, y que no vibra ya á impulso de las acciones loables y benefactoras.

Daré algunas razones en apoyo de este aserto, las que trataré de basar en la historia del mundo; en esa terrible amalgama de risa y llanto, de gozo y padecimiento; de ese cenital, de debajo del cual ora se oye el horrisono estertor de la agonía, ora la estridente y satánica carejada; hoy el ¡ay! arrancado por el padecimiento, mañana la burla profana de la ebriedad, todo en revuelta confusión, en mezela horrible, formando un contraste desesperante.

Individuo quiere decir: *indiviso, indivisible, ser libre e independiente en todo aquello que no afecte los justos intereses de la comunidad*. Ahora bien: no puede despojarse de estos atributos que le son propios y que forman, por decirlo así, su autonomía sin cometer una flagrante injusticia; y sin embargo se vé que desde el *Imperio Romano* hasta nuestros dias existen Imperios con *lacayos*. Monarquias con *criados* y Repúblicas con *esclavos*; y en todo el mundo, salvando honorables y muy pequeñas escepciones, imperando con mas ó menos intensidad, la tiranía, el desenfrenado despotismo.

Se vé, pues, que hay *amos* y *esclavos* en conjunto, y en detalle hallamos tambien á cada paso la supresion de los derechos y prerogativas de un individuo. Para esto basta solo el mas alcance, fuerza ó mala fé de un ser racional, facultades con que explota su negacion en otro semejante suyo. De lo que se sigue como resultado inmediato la absorcion de una individualidad por otro de su misma especie. ¿Es esto justo? ¡No! puesto que se halla en abierta pugna con las leyes naturales, escritas en ese sábio y colosal libro á que llamamos naturaleza, y cuyas pájinas están abiertas ante las

sorprendidas miradas de los hombres; pero estas son las que mas fácilmente se infringen, violan ú olvidan, para lo que basta solo evitar las percepciones de los sentidos; embotarla imaginacion, que es la que en sus deliciosos estaxis crea los sueños mas fantásticamente halagüeños; y por último, ahogar los arranques del corazon, que es el que late y simpatiza con todo lo noble, grande y generoso.

Creemos dejar suficientemente probado que en vez de componerse el linaje humano de *seres libres y pensadores*, solo existe en su conjunto con todo descaro é injusticia, *hombres-cosas, máquinas* que reciben su impulso motor del que les manda, y tiranos que, abusando de la ignorancia y abyeccion de aquellos, los maltratan y despotizan, centralizando en sí lo que de derecho es comun á todos.

VI.

Estas reflexiones, unidas á los hechos ya anteriormente citados, creemos basten á probar que la mayor parte de los crímenes que han aquejado á la humanidad desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, son debidos en su mayor parte á la oscura ignorancia en que han estado sumidas las sociedades. La educacion de ellas dará siempre por resultado inmediato la disminucion, sino la estirpacion completa de aquellos, y con esto la desaparicion en los códigos, de ese flajelo, de ese padron ignominioso, de ese espectro aterrador que nos señala á todas horas con su dedo inflexible nuestras miserias, debilidad y malos instintos; y en fin, de esa negacion completa de la Justicia:—*la pena de muerte*.

¡Quiera Dios que nuestras palabras, dictadas por la mas sana intencion y por nuestro amor á la humanidad, hallen éco en el corazon de aquellos que pueden hacer algo en el sentido y con el objeto á que ellas se encaminan, recordándoles tengan siempre presente al tiempo de legislar estas palabras que Montesquieu ha comentado de un modo halagüeño para nosotros:

«Aunque no se pudiese dar en favor de la moderacion de las penas otra razon que aquella de la seguridad que resulta de la certeza de su aplicacion, se vé que esta sola consideracion bastaria para establecerla, sea lo que fuere de todas las opiniones contrarias; pues hay faltas que aunque muy dañosas por sus consecuencias, no deben sin embargo ser castigadas como verdaderos delitos, á cuya especie pueden referirse: tales son todas aquellas que provienen mas ó menos de esta flaqueza que nos es comun á todos, ó de la menor perfeccion de nuestras facultades, porque seria necesario estar siempre castigando si no hubiese otro medio de reprimirlas.» (4)

Rojas, Abril 7 de 1863.

FANTASIA LYTERARIA.

VI.

Las impresiones de la fantasia son cambiantes como los matices del prisma, y reproduciéndolas, por medio de la palabra escrita, deben influenciar á las imaginaciones vivaces que no gustan seguir el hilo de la intriga para llegar al desenlace. De ahí, nuestro procedimiento, que de seguro, no merecerá el sufragio de las inteligencias metódicas, pero esas mismas inteligencias convendrán fácilmente en que se puede pedir orden y ley y arte al pensamiento, pero á la fanta-

(4) PERRAU—Elementos de Legislacion—Tomo II.

sia... tanto valdria pedir á las gracias la renunciacion voluntaria de sus atributos.

Seguimos, pues, dando cuerpo á esas impresiones,—¿quién sabe?—puede que del conjunto de ellas, combinando tal ó cual incidente, extraviado en el laberinto intrincado de sus sinuosas insustancialidades, resalten sus tendencias, perceptibles al ojo investigador del espíritu inmortal.

Por ahora, esas tendencias no nos son mas conocidas, que al mas superficial de nuestros complacientes ojeadores.—¿Entiendes, Fabio?

Si del todo resultase alguna decepcion, no tendríamos que justificarnos de ella,—1º porque no prometimos nada en nuestro programa, por la sencillísima razon de que no dimos programa, y solo nos lanzamos en nuestra heterocójea literatura fantástica, con suposiciones sobre la creacion universal—suposiciones no tan científicas, pero sí tan aventuradas como las de los mayores sábios que sobre tal materia pretendieron imponer su autoridad al género humano;—2º porque fuimos arrastrados á la empresa solo en vista de lo muy baratas que son las impresiones á vapor y lo fácil de contentar que son sus directores, y la latitud ilimitada de la indulgencia pública, que guarda un respetuoso y poco liosongero silencio en presencia de esa multitud de publicaciones, que corren parejas con la nuestra en cuanto á profundidad de ideas ó concepciones de ingenio;—3º porque no aspiramos ni á la admiracion de nuestros lectores, ni á la proteccion del óbolo, y si solo, á la publicacion de nuestra *Fantasia*.

Cuando hemos dicho que no aspiramos á la admiracion, es porque, tenemos la conciencia de nuestra debilidad, relativa á la fuerza atlética de los ingenios, protegidos é inspirados por el númen de la gloria.

No, no nos falta buen sentido, con su puntita de hipocresía, y la prueba está en que, mal haya el somrojo que nos encieta hacer de ello confesion ante nuestros compatriotas, para hacernos propicio su sufragio.

Dada esta explicacion que nadie exija, que á nadie interese, y que de puro nécia es posible que alcance á la posteridad, seguimos matizando con tintes mas ó menos pálidos, los albores de LA AURORA.

En el segundo número de *El Siglo*, órgano reciente de nuestra prensa, se registra un artículo correspondencia, firmado X, que encierra este párrafo:

«Yo no ignoro lo difícil que es llegar á deletrear el alfabeto de la ciencia; por lo tanto, creo que lo mio, no podria pasar sino en ancas de lo ajeno, es decir, entreverando mis pocas nociones con las doctrinas de los venerados maestros del saber y de la cultura.»

«Asi se explica la verdadera sabiduria»—no pudimos menos de esclamar al agotar su lectura.

Tomamos nota del párrafo y dándole colocacion en nuestra *fantasia literaria*, lo adoptamos como *doctrina* en nuestros procedimientos.

¿Qué imágen se presenta hoy á nuestra fantasia?

LA AMÉRICA—orlada su frente con el distintivo del Inca, emblema de la fuerza y poderío que el Sol, su padre, le transmitió en herencia—líja la vista en esa unidad luminosa que sirve de centro y vivifica al sistema universal.—Sus inmensas alas se despliegan, despertando las auras, que llevan á los pueblos las palabras proféticas que pronuncia su lábio murmurante:

LA MADRE SERÁ GRANDE Y FELIZ, LUEGO Y EN TANTO QUE SUS HIJOS SEAN UNIDOS!

Los apóstoles de la idea, explicaron el espíritu de esas palabras, de alta significacion, observando su trascendencia é importancia.

La palabra de los apóstoles llevó la conviccion á la *fantasia*, que en las columnas de LA AURORA señala ese proyecto hermoso, de sublime concepcion, como un faro de esperanza hácia el cual se dirige el destino de la América.

Insidentes transitorios para la vida de los pueblos, se han presentado como obstáculos insuperables.

¿Obstáculos insuperables á la marcha de la idea!—Son imaginaciones febricantes las que los han concebido.

¿Podrian nunca compararse esos inconvenientes, con los que debieron presentarse á nuestros padres, cuando iniciaban los trabajos preparatorios, para lanzarse á la titánica empresa da la emancipacion?

¡Y qué!—¿No nos dejaron por herencia mas que la libertad, inmortalizada por el esplendor de sus hazañas?

¿No nos transmitieron tambien su alma esforzada, que no comprendia que los grandes proyectos pudieran abandonarse, antes de haber adquirido la conviccion práctica, de la imposibilidad absoluta de su realizacion?

Supremos esfuerzos hizo el despotismo para sojuzgarlos, teniendo á su servicio todos los elementos de accion, que fueron á estrellarse contra la fé y la energia, ligadas á la perseverancia.

Imitese el procedimiento.—La idea no espera mas que la iniciacion para hacer desaparecer los obstáculos.—Los écós de su marcha van á despertar los nobles instintos, las grandes inteligencias, que dormitan enfermas de nostalgia, porque las auras políticas no les comunican la voluptuosidad de los combates intelectuales, que sirven de alimento á los espíritus fuertes.

La revolucion tuvo brillantes períodos, porque la valiente empresa hacia fermentar el entusiasmo,—brillantes períodos que sirvieron de cimientos al templo augusto de la libertad. Los trabajos que se emprendieron por cimentar la UNION AMERICANA, que se presenta á la razon como una consecuencia lógica de la revolucion, dará los mismos resultados.

No se fije la vista en los inconvenientes; fijese, sí, en las posibilidades.—Los inconvenientes ya es sabido que se presentan á toda empresa nueva, grande ó pequeña, y que esos mismos inconvenientes, con frecuencia, sirven para facilitar la empresa en todos sus resultados, poniendo en combustion las ideas.

La *fantasia* parte del principio de que este pensamiento, como aquel del cual surgió la revolucion, fué inspirado por el destino de la América,—influencia misteriosa, incomprendible,—pero cuyos procedimientos y efectos han preocupado á inteligencias superiores.

No hay personificacion del soplo regenerador, sino en la imaginacion de los poetas y romancistas, pues la historia de las naciones, desde la época mas remota, desmiente esas encarnaciones de la idea. Los hombres son los agentes, y cabe mayor gloria á aquellos que primero se impresionaron, que se mostraron mas solícitos, mas entusiastas, y que desplegaron mayores facultades por alcanzar el glorioso resultado.

Con la inauguracion de ese nuevo período histórico, tan digno del siglo, desaparecerán instantáneamente las causas de desorganizacion y debilidad que afectan á la América fraccionada,—su marcha hácia el engrandecimiento será tan rápida como brillante, y de la unificacion política de sus débiles fracciones, se alzará una Nacion poderosa, dignificando el principio de la democracia, infiltrado en el espíritu de los Americanos.—Estrechados así los vínculos que ligan á las Repúblicas hermanas, su prepotencia moral no reconocerá superioridad alguna, y á los mal encubiertos conatos de conquista, insolente amago de la fuerza, sucederá la política insinuante del derecho.

Al espresarse asi, la *fantasia* no cree divagar por los es-



pacios imaginarios, nó, tiene la conviccion de que eso sucederá, como la tiene tambien, de que esa grande Confederacion, llegará á ser el mayor centro de ilustracion, atraido por la naturaleza virgen de la América, transformada en foco de animacion, de movimiento comercial y de riqueza.

Si, la Europa ilustrada, querrá ver de cerca toda esa espléndida regeneracion, resultante de la incubacion de la idea al calor de la libertad.

¿Se comprende ahora, cuál es uno de los procedimientos de la idea, haciendo transmigrar la civilizacion de un hemisferio á otro?

La fantasia consultó á la historia, y en sus páginas filosóficas, adquirió el convencimiento.

AGUSTIN DE VEDIA.

### LA ADULACION.

Yo siempre he tratado de averiguar el modo mas pronto de hacer fortuna, como una de las cosas principales para vivir en este siglo.

He reflexionado los medios que se emplean para alcanzarla.

He estudiado la vida de los hombres que por sus pesos han llegado á crearse una posicion y un nombre que estarian bien lejos de tener, si esa diosa inconstante que se llama fortuna no les hubiera favorecido.

He empleado en fin todas mis facultades para descifrar el enigma.

He preguntado, por que dicen que preguntando se vá á Roma.

El uno me ha contestado:

—Trabajad y llegaréis á obtenerla.

El otro:

—Con fé y esperanza, el porvenir es vuestro.

El religioso:

—Haced obras de caridad y Dios premiará vuestro amor á la humanidad.

Todas cosas muy bonitas, pero que veo que no se realizan sinó muy pocas veces.

Yo veo que el hombre hourado trabaja toda la vida, y apenas puede con su trabajo dar un pedazo de pan á sus hijos.

Veo al hombre caritativo quedarse sin un real en el bolsillo, ejerciendo obras de caridad, y morir sin poder pagar un médico ni los remedios de botica.

Veo á los grandes hombres, desde Colon hasta Lamartine, el uno muerto de miseria, el otro teniendo que levantar una suscripcion entre sus conciudadanos para mantenerse.

Asi pues, talento, trabajo, virtudes, todo es inútil para adquirir dinero, en el siglo de oro que atravesamos.

Se engaña pues el filósofo, el religioso, el literato, y generalmente todos, al pensar de este modo.

Yo descifraré el enigma.

Yo les diré la palabra que segun mi opinion es la base de la riqueza, el medio empleado por muchas y muchísimas personas de hoy en dia.

¿Estáis ansiosos por saberla, queridos lectores? ¿no es verdad?

Pues bien, héla aquí:

¡Adulacion!

¡Adulacion! hé aquí la palabra destinada á abrir una nueva época en el sistema metálico.

Una palabra que, como el *conecte á ti mismo*, colocado en el templo de Delfos, abrió una nueva época en la Filosofia.

Entonces los hombres estaban ciegos, queriendo descubrir el universo sin tener los medios para ello, que era el conocimiento de ellos mismos.

Hasta ahora han estado ciegos, queriendo ser ricos, sin conocer el camino mas corto para llegar á ese punto.

La línea recta que deben seguir en ese viaje.

Viage, en que las tres cuartas partes de los que lo emprenden, quedan en el camino.

Por el que la mayor parte de las personas se desprenden de todas las buenas cualidades que Dios puso en su corazon, para poner en juego las milas (que por cierto no son pocas).

Por ser rico el hombre se hace:

Mezquino,  
Sin vergüenza,  
Tramposo,

Y sin ninguna repugnancia ladron; pues no me negarán que hay en nuestra sociedad muchos y muchísimos que deben su fortuna á no haber observado muy estrictamente el séptimo mandamiento.

Vuelvo, pues, á repetir que han estado ciegos los que han empleado tales medios para llegar á ese fin.

El que así lo haya hecho, ha sido un tonto.

El que lo siga haciendo, merece la horca.

¡Adulacion! hé aquí una palabra, una palabra como otra cualquiera, y sin embargo, ¡cuán digna de que se reflexione!

Reflexionad pues, pensad en ella, y veréis entonces que lo que á primera vista es solo una palabra aislada, una simple combinacion de sonido, vale mas que todas las especulaciones mercantiles, que todas las minas del Perú.

Ella ha sido en general el punto de partida de todas las grandes fortunas, de las altas posiciones.

Y sinó, mirad aquel rico comerciante que vino de su tierra con la chaqueta corta, y el pantalon á media pierna.

Preguntad cómo es que hoy tiene carruaje, y lacayos, y casa, etc? ¿No fué simple changador que andaba rodando pipas y comprando botellas vacias por las calles?

Si; pero ese personaje, os responderán, se colocó de pulpero, allí obtuvo la estimacion del dueño de casa, en seguida le habilitó y así fué subiendo hasta que ha llegado á esa altura.

Es cierto (dirán tambien) que era un servil, un adulon, un.... Ya veis, querido lector, era *adulon* y esto era lo bastante.

Mirad aquel otro personaje, que ayer andaba con los zapatos rotos y los pantalones reinendados.

¿Cómo es que hoy anda de frac y guante blanco, y dá tertulias, y comidas, y la muger anda en carruaje porque dice le duelen los sabañones?

Ese personaje tuvo gran relacion con los primeros magistrados, ponderó sus virtudes, hizo escribir dos ó tres artículos en un diario, alabando la administracion, habló en los cafés, en alta voz y para que todos lo oyesen, de la moralidad, del tino político del Gobierno, lo supo este, y en una de esas vacantes que tan á menudo tienen lugar en nuestro pais se calzó la cartera de un ministerio.

Alli... no necesito decírtelo, lector, que tú bien me comprendes. .. Ya ves pues que si hay verdades en el Evangelio, no las hay menos en estas líneas.

Creo, pues, haberte indicado el punto de partida, si es que quieres ser rico.

Si no lo sigues, mia no será la culpa.

Y asi como Napoleon decia que solo tres cosas se necesi-

taban para hacer la guerra y que estas eran plata, plata y plata, yo te diré:

Solo una se necesita para ser rico, y es ser *adulon*.

FRAY GENARO.

Montevideo, Abril 29 de 1863.

### ELENA

Por F. de O.

#### IV.

Me sobrevino una ocupacion imprevista, por la cual tuve que emprender un viaje hácia la Florida.

Antes de ausentarme tuve una entrevista con Elena.

Ella se oponia á mi proyecto, y me suplicaba encarecidamente que desistiera de él.

—No te ausentes, F.... ¿no ves que me dejas sola?

—¿Cómo? sola dices, cuando te dejo en compania de tu anciano padre....

—Si, pero....

—Aguarda, Elena; ya llegará aquel dia en que los dos gozemos la dicha apetecida, cuando lazos indisolubles nos unan: entonces Dios nos hará probar infinitas veces las delicias que ofrece el amor conyugal, ese amor puro, santo y ardiente como el fuego que hoy se reconcentra en nuestros pechos.

—Es que yo deseo ser dichosa ahora, —empezar ahora á gozar la verdadera dicha, y no esperar á otro dia que ¡quién sabe si vendrá!

—Elena, no dudes; Dios premia las virtudes, las acciones nobles que sirven para moralizar á la sociedad; por eso, él, como justo y bondadoso, no dejará de conocer nuestras virtudes y premiarlas como se merece. No hay accion que no tenga su merecida recompensa tarde ó temprano, á lo menos yo lo creo así: por esto creo firmemente que él nos dispensará su benéfica proteccion, conociendo lo inocentes y honestos que fueron nuestros secretos amores.

—Pero tú no tornarás pronto.... ¡qué lástima! separarnos ahora....

Pronunciando estas palabras sus ojos se nublaron de lágrimas. En aquella ocasion sus lágrimas no lograron enternecer mi corazon, ni sus palabras fueron suficientes persuasivas para hacerme desistir del propósito que tenia formado.

Quise acceder á sus ruegos, por tranquilizarla y hacer cesar el curso de las lágrimas que vertia de sus cristalinos ojos, como si fuesen las vertientes de una fuente; pero una imperiosa necesidad me impelia á revestirme de un carácter obstinado, á mostrarme insensible y recusar sus ruegos con desatencion y hasta con ingratitud.

En fin, fué preciso partir.

La tuve durante un instante en mis brazos, y cuando le advertí formalmente que mi resolucion era indeclinable, no quiso desasirse de ellos por mas que yo le replicara cariñosamente.

Conseguí por último desasirme de ella, y empecé á caminar; pero ella, con dulzura y suavidad pugnaba por obstruirme el paso.

Jamás olvidaré lo mucho que lloró en aquel momento de dolorosa despedida.

Los esfuerzos desesperados que hizo para impedir mi marcha.

Finalmente, fatigado ya de ver tanta lucha, obstinacion por parte suya y firmeza por la mia, determiné resueltamen-

te poner coto á semejante escena que conmueve al corazon mas empederuido.

La tomé por la cintura y en seguida la coloqué en una silla en la posicion mas acomodada, y despues de sellar en su frente toda la veneracion del amor que le profesaba, y exhortarla á que recobrase ánimo, y asegurarle reiteradamente que mi regreso seria en breve, salí con sentimiento de dejarla en tan afligente estado.

—Mi amor será eterno—siempre te amaré....

Estas palabras volvia á repetir la bella Elena en el momento que yo pisaba el umbral de la puerta—lo que salia de su aposento dispuesto á emprender el viaje despues de despedirme de su padre.

#### V.

—Con que marchais:—estas fueron las palabras que me dirigió D. Fernando al verme entrar en su gabinete, porque para entonces habia sabido por otro conducto para mí desconocido, que yo me disponia á marchar.

—Si, señor, repuse yo.

—¿Pensais volver pronto?

—Si las cosas me vienen, como se dice vulgarmente, á pedir de boca, supongo que estaré de regreso para el quince de Enero.

—Procurad no malgastar el tiempo en cosas de poca importancia durante el viaje, y tened siempre presente que en Montevideo os espera la felicidad.

—Nunca olvidaré vuestros consejos, señor D. Fernando.

—Asi lo espero.

—Adios.... le dije alargando la mano insinuándole que queria estrechar la suya.

Nos dimos un apretón en prueba de cordialidad, y en seguida nos separamos.

Mas yo antes de dar cinco pasos, no sé por qué causa retrocedí y fui á instalarme á su lado.

—D. Fernando: conservad siempre á vuestro lado á la preciosa Elena.... ella es una niña indefensa, frágil como una barquilla, inocente como una criatura que recién se esquivaba del regazo materno, por eso ella está propensa á estraviarse y á incurrir en alguna debilidad que le acarreará tarde ó temprano funestos resultados; en fin, vos comprendéis que en este mundo nada hay mas delicado que la mujer, por esto conviene y es de precision que el padre vele por su hija durante la ausencia de su amante.... ¡velad á la virgen que está destinada á ser mi esposa!

El padre de Elena inclinó la cabeza en seña de asentimiento, dando á entender que comprendia el verdadero significado de mis palabras.

#### VI.

Apenas despuntaba el alba, me hallaba ya en pié.

Por no fracasar el viaje, no quise detenerme en casa, y marché con inesplicable celeridad á la agencia de diligencias.

Llegué á tiempo que el mayoral pasaba revista á los pasajeros, con notable impaciencia, porque notaba que no todos habian concurrido.

Fué preciso esperar á que llegaran de un momento á otro quizá algunos flemáticos dormilones.

El mayoral contraviniendo á las disposiciones acordadas, esperaba á otras personas por tener interesante consideracion hácia ellas.

El boleto indica la hora en que sale la diligencia indefectiblemente, pero esta vez semejante disposicion no era observada.



Cualquier retardo es perjudicial para todos los pasajeros, porque cada cual tiene su ocupacion.

Como se vé, los pasajeros esperaban con marcada impaciencia (aunque pronunciando cada cual palabras ininteligibles), por complacer al mayoral, quien muy poco se esmeraba en dar gusto á sus parroquianos.

—Esto debe reformarse, decia un señor á otro con cierta exasperacion que demostraba bien claro lo perjudicial que era para él el pequeño retardo que sufría.

—Nada mas justo sería que introducir varias reformas indispensables, á fin de que los mayores y demas empleados de la diligencia cumplan sus deberes con mas puntualidad—decia otro.

—¡Voto á chápito! esto de aguardar tanto....

—Silencio, que ya se aproximan los esperados.

En efecto; los recién llegados eran tres mugeres que traian un traje de superfluo valor.

Desuerte que por estas personas distinguidas se dejó de cumplir la advertencia de cada boleto, irrogando muchos perjuicios á los pasajeros que esperaban estar para entonces á gran distancia de la ciudad.

En fin, el mayoral nos indicó el carruaje, todos entramos en él, y cada cual buscó su comodidad con harto trabajo por lo reducido que era aquel vehículo.

Apenas oimos el fuerte chasquido que produce el látigo del mayoral, los fogosos caballos partieron á galope por la calle ancha del Uruguay.

Esto fué darnos al fin el consuelo deseado despues de haber esperado media hora.

Desde la conclusion de la bella Aguada hasta el Paso del Molino, ¡qué espectáculo encantador representa la naturaleza!

El sol recién aparecia por el rogizo horizonte, difundiendo sus grandes rayos para llevar la indispensable claridad á los parages poblados y recónditos del mundo.

El día venia claro y templado.

El cielo, sin embargo, por la parte del Norte, estaba encapotado: esto anunciaba un fuerte temporal.

El céfiro era frígido.

Muchísimas quintas y jardines deliciosos se presentaban á nuestra vista en ese tránsito siempre concurrido por la gente y el carreterio, y casas magnificas de campo de esquisito gusto y excesivo valor, en cuyas fachadas se descuella el órden arquitectónico moderno que llama la atencion á los curiosos que están acostumbrados á admirar los suntuosos palacios de la vieja Europa. Magnífico espectáculo es ver tantos árboles gigantescos y corpulentos, y las diversas flores que se encuentran á cada paso por ese camino pintoresco, en donde siempre se halla la tranquilidad y un mundo de nuevas ilusiones, propio para aquel que pasa desgraciadamente por las borrascas de la vida.

Cuando mas preocupado iba en la contemplacion de los objetos que se descorrían á mi vista, una ráfaga de viento vino de súbito á sacarme de ella, haciendo llegar á mis oídos el eco dulce de estas palabras:

—Mi amor será eterno—siempre te amaré!

VII.

A los tres meses volví á Montevideo.

Antes de haber penetrado á la ciudad, por los suburbios de ella, cruzó por mi mente la idea de ver á Elena antes que á otras personas de mi afecion.

Me encaminé, pues, con inexplicable aceleracion hácia el domicilio suyo, presagiando en el alma momentos de felicidad.—¡Cómo dejaría de gozar en el momento que estrechára en los brazos á mi dulce prometida!

Llegué á su casa, y como viera la puerta cerrada, produje un rúcio golpe con el eslabon, y esperé á que alguien acudiera; pero inútilmente esperaba, porque nadie aun acudia á mi llamado.

Vuelvo á producir otro golpe, y en esa vez como en la anterior, surtió igual efecto.

Este resultado me desesperó algun tanto, y á la vez no dejó de contristarme mucho.

¡Cómo no quedaria yo absorto, estupefacto, en aquel momento que me acontecia una cosa tan estraña! Yo, sí, que llamaba pensando atraer á mi querida para tener ocasion de abrazarla antes de penetrar en el interior de la casa....

En fin, por el imperceptible agujero de la llave percibí que en el interior de la casa reinaba un silencio sombrío, y que se hallaba desocupada completamente.

No queda duda, se habian mudado.

Por averiguar el nuevo domicilio de mi querida, fui á la botica de enfrente, y como preguntase á uno que allí estaba clasificando drogas y otros géneros de medicamentos, á qué calle se habia mudado el vecino D. Fernando con su hija, contestóme que ignoraba; pero segun su presuncion, creía haber oído decir al mismo D. Fernando, que procuraba aposentarse en una casa que se halla á inmediacion del Convento: yo al adquirir esta noticia, salí de la botica dando las respectivas gracias al boticario.

Así es que esta pequeña y dudosa informacion fué suficiente poderosa para impulsarme hácia la direccion indicada.

Llegado á las cercanias del Convento, dirigí la misma pregunta á las personas que encontraba en el tránsito, y todas no satisfacian á mis preguntas.

Parecia que el destino me tenia prefijado el día en que debía andar de Herodes á Pilatos: pues lo propio me acontecia el día de mi regreso.

Como dije, nadie me daba razon de la persona por quien preguntaba, y por esto empezaba á inquietarme algun tanto y á sentir una congoja que me molestaba sobremedura.

Ignoraba qué aliciente deberia adoptar, á qué camino recurrir para lograr el fin deseado.

En fin, por entonces me concreté á marchar á casa, puesto que ya necesitaba el reposo, porque me veia estenuado de cansancio.

VIII.

Desapareció de mi vista como una flor que se pierde entre el verde ramaje de la acacia cuando una ráfaga la troncha.

—¿En dónde está Elena?—interrogaba, y nadie me daba la respuesta que tanto anhelaba.

Sin embargo, una voz secreta de mi corazon me decia con acento doloroso:—Elena tiene otro amante que el Cielo le ha deparado, y en este mismo momento se halla blandamente arrullada en sus brazos.

Era una noche cuando mi corazon me hablaba así—una noche que precedió á una tempestad.

En esa misma noche sali de casa, despues de haber pasado todo el día consagrado á mis trabajos literarios, y me dirigí á la plaza, por espirar con expansion y dulzura el aire refrigerante que corre en ella en las noches apacibles.

Llegué á ella; columbro un asiento, en seguida me cercioro que está vacante, y dirigiendo con avidez una mirada escudriñadora, como para absorber los grupos que por allí habian, me senté en él.

Una animada conversacion tenian en el banco inmediato, dos jóvenes elegantemente vestidos.

El joven aparentaba tener veinte y cinco años.

Su compañera cifraba en los veinte.

Como hablaban rúcio, tuve la fortuna de poder oírles algunas palabras amorosas.

De súbito, hiere á mis oídos una voz argentina y algun tanto melancólica; escitado por la curiosidad hice un movimiento impolítico, y al momento percibí que era una joven muy hermosa la que hablaba.

En seguida, con vehemencia volví á dirigir la vista en la misma direccion, para admirar las facciones de la joven, cuando.... ¡ah! la fatalidad me condujo á aquel parage....

Aquellos dos jóvenes que tenian sin cesar una conversacion muy animada, á cinco pasos de mi asiento, eran.... sí.... eran Elena con su nuevo amante.

Aquella Elena cándida y amorosa que tanto amaba en otro tiempo á su querido F., la sorprendia ahora, á deshoras de la noche, en la Plaza, con un hombre desconocido, dando animacion y prolongacion al dulce coloquio que tenia con él....

Al verla, como quien dice, en los brazos de mi rival, no pudiendo presenciar ese cuadro para mí tan repugnante, me enfurecí completamente, y acto continuo quise precipitarme sobre los dos para arrancar á ella, tirándola del brazo, de aquel pésimo lugar en que yacia.... pero para ejecutar esta operacion, este deseo forjado en el momento que sorprendia á mi querida en brazos de un caballero que robaba mi felicidad, porque la misma fatalidad me acosaba, las fuerzas me faltaron....

Quise proferir palabras amenazantes contra Elena, anatematizar su indigno proceder.... pero una voluntad superior á mis fuerzas me obligaba á guardar silencio.

Entonces ¿qué hacer? ¿qué hacer viéndome dominado poderosamente, sojuzgado por poderes insuperables?

Nada.... nada mas que permanecer en el mismo sitio sin dar un paso, y sin articular una sola palabra hasta que me recibiera del valor necesario para despues emprender otra marcha con empeño y contraccion; nada.... porque sería funesto lo que yo hiciera....

—Yo te adoro, Elena mia.... decia el joven que la acompañaba.

—Yo respondo á tu amor con una constancia inexplicable, contestaba ella.

¡Ah! ella amaba.

Por eso vi en sus ojos el reflejo de la felicidad. Por eso observé en su nitido semblante marcada la alegría.

Por eso observé su frente mas serena y tranquila que las aguas de un lago en una noche de estío.

Por eso vi en sus ojos destilar gruesas lágrimas, no las que hace verter el golpe de un pesar profundo, sino las que dulcemente produce el sentir un grato é indefinible placer, cuando presajia en su alma la dicha, un porvenir risueño y dichoso.

Por eso ella hablaba á su amante con sumo alboroso, desconociendo el sitio en que se hallaba.

Por eso le dirigia, sonriéndose, miradas tiernas y es, resivas, queriendo darle á entender que su corazon á él solo pertenecia.

Esto mismo justificaba sus palabras.

—¡Cuánto te amo!.... ¡mi corazon es tuyo!.... será tuyo!

—¡Elena! cuán dichosos seremos nosotros, cuando lazos indisolubles nos unan! Entonces, bien mio, penetrarémos en todos aquellos secretos que reune en sí la verdadera felicidad. Mira: lo que se verifique nuestra union, se presentarán á nuestra vista todos los objetos que son por condicion feos y diformes, mas armoniosos y esplendorosos: lo mismo el sol, cuya luz será para nosotros una iluminacion rara y

profusa que hará mas dulces y gratas las horas de dilatado deleite.... ¡Ah! tú no sabes las delicias y los encantos que trae en pos de sí un himeneo amoroso—cuando dos almas se unen para nunca mas separarse.

—¡Querido mio! tú me embecasas con tus agradables palabras.... ¡ah! y no sé qué influencia tienen ellas para despertar en mí el gusto de querer estar siempre oyéndolas: pues lo que tú me hablas, me quedo yo embecida acogiendo tus frases amorosas que son gotas de un néctar precioso que aroma á mi corazon....

—¡Encantadora mia!

—Sí; todas tus palabras por lo bien que las pronuncias, me dan un consuelo delicioso.... pues van acompañadas con tanta ternura y amor.

—Cuánto me ponderas.

—Eres digno de ser ponderado.

—Y tú.... eres digna de ser adorada.

—Dios quiera que pronto resuelva mi padre mi suerte....

y si tengo la fortuna de tomar estado contigo, seré dichosa; pero si debo tomar estado con ese caballero... ¡ah! entonces seré infeliz!

—No temas; tu padre es ducho en materia de discernir las cosas, y á buen seguro en el caso actual no incurrirá en ningun desacierto.

—Empero.... si él presume que el otro tiene unos dotes sobresalientes, y si desconoce los que te engalanan á ti, mirará con aversion nuestro enlace.... además.... y el juramento!

—Calla, Elena.... repito que no te aprehensiones creyendo con anticipacion en una cosa que no sucederá cual tú supones, y tén mas bien entera confianza en lo que yo te persuada, puesto que mas propenso está en pronunciarse en nuestro favor la suerte que en contra. Dios nos protegerá.

—¿Tú lo crees?

—Sí.

—Abrigaré esa esperanza.

—Elena.... yo veré á tu padre, y él al conocer mis deseos y el amor intenso que te profesó, accederá.

—Yo no sé cómo explicarme: á ti te dejo libre, y haz lo que quieras.

—Sí.... yo venceré las dificultades: confía en mí.

—En ti espero.

Elena.... ¡cuán voluble eres!

Tan solo en tres meses tuvo ella el valor para olvidarse de su amante, y hallar otro á quien ofrecerle amor olvidándose de sus mas estrictos deberes....

¡Cuán infiel es su corazon!

Estando anegado en el mas profundo dolor, y embecido en amargas reflexiones, siento el roce de un vestido cerca á mí.

Erguí la cabeza, y pude conocer á ella que pasaba por mi lado llevada del brazo por su amante.

Mi boca se entreabrió, y pude merced al cielo articular estas palabras con sumo trabajo:

—¡Elena!.... ¿no me conoces?....

—¡Cielos! exclamó ella sobresaltada.

En seguida me miró, pero muy pronto dirigió su vista á otro lado, sin duda porque contemplaba un objeto odioso, fatídico....

—¿Quién es ese hombre que te llama?—preguntó mi rival con acento impaciente.

—Es.... pronunció ella.... pero no se animaba á proferir otras palabras, temiendo sin duda que yo la contradijera; sin embargo, al cabo de un momento exclamó con marcada indiferencia:—nadie.

—¡Elena! ¿no me conoces?—repetí yo.







VII.

A poco andar hacía adentro de la quebrada de Tiltit, teníamos á nuestra derecha, á distancia de pocas cuadras, la aldea que ha dado su nombre á estas agrestes gargantas. Invitados por Mr. Keith, fuimos á apearnos á la casa del subdelegado D. Nicolas Moya, antiguo capitán retirado, que nos recibió con gran cortesía y agasajo de esquisitas frutas. D. Nicolas es casado con una señora, hija del antiguo subdelegado de Tiltit, D. Tomas Valles, y por las noticias que tuvo de su suegro, tanto él como su esposa, nos refirieron algunos curiosos incidentes sobre el alevoso asesinato del infortunado Rodriguez. Navarro se había alojado en los ranchos de un inquilino llamado Francisco Sercei, los que todavía existen á orillas del camino y son conocidos con el nombre de *el molino*. A las oraciones, convidó el asesino á la víctima para ir á visitar unas niñas, y al pasar por las *ancubinas*, que distan apenas una cuadra de la posesion de Sercei, le mató descargándole en el cuello una pistola que llevaba oculta bajo el poncho. Dos peones de Valles, llamados Astorga, que venían enviados por éste con algunos auxilios para el batallón de Alvarado, oyeron el tiro, y cuando regresaron, dieron cuenta á su patron de aquella circunstancia. Poco mas tarde, aquella misma noche, llegó á la casa otro peon que Valles tenía ocupado en cegar un trigo y cuyo nombre era Hilario Cortés. Refirióle éste que al oír el pistoletazo, se había acreado al silio y había encontrado el cadáver «de un caballero á quien acababan de fusilar» y el que habían cubierto con un poco de tierra. Movidó á compasion, pero temeroso Valles de algun compromiso, fué aquella misma noche con los peones nombrados y trasportó secretamente el cadáver al pueblo, dándole sepultura en el cementerio (no en la capilla, como se ha creído) que está en la falda del cerro, hácia arriba de la aldea. Solo meses despues supo Valles, no sin poca sorpresa, que aquel cadáver era el de Manuel Rodriguez, aquel mismo *Don Rodrigo*, de quien el ingenioso escritor Gandarillas, imitando el romance antiguo, dijo que era «mancebo tenido en grant estima por sus virtudes, eroico valor e grant saber, todo lo que conjunto con «sus importantes servicios contra los moros, habia aportado «dole inmensa nombradía por entre toda la tierra de Cristianos. Empero, añade el moderno cronista, como Dom «Martín (*San Martín*) e Dom Sancho (*O'Higgins*) non podien «sen sufrir tal competidor, despacharon un *Albano* o *Albalá* «(*Alvarado*) para matarlo traidoramente, como en efecto lo «hicieron en las planicies de Apolpaic.» (Polpaico.)

VIII.

Ocurriase á mi, junto con el regocijo de ver honrada la memoria de aquel mártir, otro pensamiento no menos natural y que por cierto no te sorprenderá. Tal era el de la reprobacion que esta misma idea va á encontrar entre cierta clase de gentes. «¡Qué locura! van á decir: poner entre los rieles de un ferro-carril, para que lo vean todos los extranjeros que vienen de Valparaiso, un monumento que recuerde un negro crimen de nuestros antepasados!» Y de aquí se levantará la ociosa murmuracion (que nunca está mas ociosa que en estos tiempos de trillas y sandiales) diciendo que aquella solitaria tumba de un héroe desgraciado es una impertinencia ó un insulto á Chile. Pero si tal piensa ó critica esa secta singular, pero numerosísima, que existe entre nosotros, y que se suscribió en masa á la galeria de hombres ilustres de Desmadryl, porque cada biografía está escrita con mirra é incienso, hay ya no pocos discipulos de la verdad, no solo como memoria, sino tambien como casti-

go y enseñanza, como moralidad y como espacion. La pirámide de Polpaico recordará, no solo la gloria y la desventura del húsar de la muerte, sino lo que es casi tan notable, el delito histórico de la *Lojia lautarina*.

IV.

Meditando en estas digresiones, llegamos á las dos de la tarde á la casa de Mr. Keith, que está situada en el punto llamado el Naranjo, á la entrada de la garganta llamada quebrada de San Ramon, y que no es sino una prolongacion de la de Tiltit hácia el Nordeste, por cuyo rumbo corren estos desfiladeros. En medio de aquellos agrestes sitios, nos encontramos instalados en una cómoda y espaciosa morada; y mientras sorbiamos un excelente burdeos refresco con trozos de nieve de Calco, oíamos el sabroso chirrido de las asartenes de omuletas y jamones. Despues de un opiparo almuerzo, que nuestros estómagos no habian dejado de merecer con las fatigas de la marcha, nos echamos á dormir la siesta del viajero en las cómodas camas de la faena. Como hombre esperto en viajes, solo tuve la precaucion de echar mano á la almohada y sondearla un buen trecho, porque al oír los disparos que hacian los mineros en la faena, vínoseme á la memoria una aventura que me contó un pariente mio, dado á cateador, y que le ocurrió en estos mismos sitios, hará ya unos treinta años. Habías alojado mi buen tio en casa de un minero y acostádose en sus pellores, poniendo por almohada un saco que por ahí habia. Persignóse cristianamente y habia encendido su último cigarro, cuando el patron de la casa, con voz muy reposada y comedida, revolviéndolos tizones del fogon, dijole en diminutivo:—*Sr. D. Fernandito, tenga cuidado con el cigarro porque la almohada que tiene es un quintalito de pólvora*; á lo que, haciendo su esplosion dentro del pecho del huesped esa pólvora sorda que se llama el susto, fué aquel á dar á la puerta del primer salto. Seguro, pues, de que las almohadas de Mr. Keith eran de sólida y limpia lana, dormí en paz la décima y última siesta con que mis huesos se han reposado en la quebrada del perseguido Manuel Rodriguez.

Ya antes que nosotros un célebre viajero habia hablado de las siestas de Tiltit, y en verdad tan famosas y tan necesarias han sido, que á la cuesta que forma su cima, para caer al valle de Limache, llámanla desde tiempo inmemorial la de la *Dormida*. Frerier la atravesó en 1712, y no debió ser muy buena la noche que pasó en estas soledades, porque reniega [á guisa de buen francés] contra *les gens du pays qui dorment á plate terre, sur des peaux de monture, á la belle étoile*.

B. VICUÑA MACKENNA.

(Continuará.)

UNA NACION AGONIZANTE

CANTO Á LA POLONIA.

I.

De indignacion un grito tremendo se levanta  
Y va de polo á polo cundiendo con horror!  
¡Polonia! es ese grito que al Universo espanta,  
Al siglo diez y nueve cubriendo de baldon!

¡Polonia! noble mártir, su libertad defiende!  
¡Polonia! sus derechos reclama al espirar!

Y ¡oh Dios! la diplomacia de Europa no comprende  
Que espira con *Polonia* la ley de humanidad!

¿Qué esperan las Potencias, sus reyes afamados,  
Sus huestes altaneras y su marcial poder?.....  
¿Justicia, honor, derechos, no ven ametrallados?  
¿La libertad de un pueblo en agonía no ven?

¿De una Nacion entera no basta ver el luto,  
La heróica resistencia, la fé en la libertad,  
O es fuerza que sea eterno de sangre su tributo,  
Sellando del cosaco la bárbara crueldad?.....

II.

¡Polonia! noble mártir, su libertad defiende!  
¡Polonia! sus derechos reclama al espirar!  
Y ¡oh Dios! la diplomacia de Europa no comprende  
Que para Europa espira tambien la libertad!

¿Dó están los brios heróicos de la arrogante *Francia*?  
¿Dó está el orgullo altivo de la potente *Albion*?  
¿De *Italia* el fiero arrojo, de *España* la arrogancia?  
¿Murió para esos pueblos la santa abnegacion?

Y ¿cómo no responde la Europa, ni levanta,  
Alzando la bandera de civilizacion?  
¿No escucha ella ese grito que al Universo espanta  
Y vá de polo á polo cundiendo con horror?

¿No es harto el infortunio, no es harta la matanza  
De niños y mugeres y débil senectud?  
¿No habrá para *Polonia* un rayo de esperanza?  
¿No basta de martirio, de horror y esclavitud?

III.

¿La libertad del mundo, la ley del cristianismo  
No claman hermanadas, ¡Polonia! con horror?  
¿Volvemos á los tiempos del torpe paganismo,  
Despues que alumbrá al mundo la luz del Redentor?

¿Los pueblos están sordos? ¡los reyes en sus venas  
Helada sangre sienten tan solo ya correr?.....

Los pueblos quieren todos trozar esas cadenas!  
La diplomacia solo contiene su poder!

¡Atrás la diplomacia! Si Europa no levanta  
Alzando la bandera de civilizacion;  
Si no escucha ese grito que al Universo espanta,  
Murió para la Europa la santa abnegacion!

¡Polonia! noble mártir, su libertad defiende!  
¡Polonia! sus derechos reclama al espirar!  
¡Polonia! es un gran pueblo que su mision comprende  
Pues muere proclamando su santa *Libertad*!

FRANCISCO X. DE ACHA.

Mayo 1.º de 1863.

AMAR SIN ESPERANZA.

Amar sin esperanza, es desconsuelo  
Sin ilusion de paz ni de ventura;  
Soledad en la tierra y en el cielo,  
¡Abismo de amargura!

Amar sin esperanza, es la agonía  
Del corazon rendido al sufrimiento;  
Aislado amor, es luz sin alegría,  
¡Gigante sin aliento!

Amar sin esperanza, es un martirio  
Que la palabra á definir no alcanza;  
Es ansiedad, es fiebre y es delirio,  
¡Amar sin esperanza!

1863.

LAURINDO LAPUENTE.

À LA MUERTE

En vano cruda muerte,  
En mi tu saña apuras;  
Si están mis manos puras,  
¿Qué mal podré temer?  
La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo,  
No esperes en el suelo  
Tirana oscurecer.

El présago sonido  
Que exhalas de tu boca  
Espante al que provoca  
La lid de maldicion:  
Espante al que su patria  
Sujeta á vil coyunda  
Y en crímenes se inunda  
De atroz recordacion:

Espante al que seduce  
Su cándida belleza,  
Y en llanto de impureza  
La mira sin horror:  
Espante al que á su hermano  
Conduce en cautiverio,  
O lleva el adulterio  
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo  
Sus leyes a porfía;  
Si odié la tiranía  
Y al hombre desleal;  
Si miro un nuevo hermano  
De Dios en cada hechura;  
Si en mí la desventura  
Consuelo halló vital:

¿Por qué sangrienta muerte,  
Tu saña me persigue?  
El que inocente vive,  
¿Qué mal podrá temer?



La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo,  
No esperes en el suelo  
Tirana oscurceer.  
ADOLFO BERRO.

### LA ILUSION Y EL DESENGAÑO

..... ¡Qué fuera  
Si no llorara el hombre! ...  
MARTINEZ DE LA ROSA.

#### I.

«Flor que tengo entre mis manos,  
«Manos donde solo hay hielo;  
«Hielo capaz de extinguir,  
«El mas volcánico fuego.

«¿Por qué has venido á buscar  
«La muerte en mi triste seno,  
«En vez de buscar la vida  
«En un corazon risueño?

«¿Qué hado fatal te presenta  
«Para evocar mis recuerdos,  
«Flores como tú, perdidas,  
«En la noche de los tiempos?

«¿Qué casualidad funesta,  
«O qué espíritu maléfico,  
«Me manda en tí la ironía  
«De mis crueles sufrimientos?

«¿Flor desdichada—en mis manos  
«Vas á morir sin remedio,  
«Como en las manos del mundo  
«Mis ilusiones murieron!»

#### II.

Dijo á la flor peregrina  
Con melancólico acento,  
El infeliz desengaño  
A las ilusiones muerto.

Y la flor era incolora,  
Y eran plegados sus pétalos,  
Y era marchita y sin vida  
Como el mortal desaliento.

El desengaño al mirarla  
Exhaló del hondo pecho,  
Un hálito comprimido  
Como el suspiro postrero.

Y deshojando la flor  
Entre sus glaciales dedos,  
Arrojó sus febles hojas  
Sobre las alas del viento! ...

Y el amargo desengaño  
Vertió lágrimas de fuego,  
Al recordar que en el mundo  
Sus ilusiones murieron!

L A U R I N D O L A P U E N T E .

## Bajo los Tilos

POR

ALFONSO KARR

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA LA AURORA.

XXXVI.

Para Stephen el invierno pasó tristemente en Goettingue: cada día veía disminuir su pequeño peculio, cada día él inventaba nuevas economías, y la humilde colocacion que le habian prometido no llegaba.

Un día, como volviese lleno de tristeza de lo del viejo catedrático, que le habia dicho segun ya era costumbre: «Aun nada tengo para vos», se encontró con un hombre que ofrecia á los transeúntes números para la loteria.

Y Stephen admiraba que otros hombres tuvieran la confianza de comprar un medio de hacer fortuna á un hombre que tan poco se aprovechaba de esa oportunidad para sí mismo, que sus vestidos estaban completamente andrajosos. Al pasar cerca de él, contestóle con una seña de cabeza negativa.

—Señor, díjole el hombre, cómpreme Vd. estos números; es para dar un pedazo de pan á mi muger, á mi pobre muger, que ya no tiene casi leche para su criatura.

Stephen le dió una moneda y tomó los números, que arrojó entre sus dedos, y se los puso en su faltriquera.

«¡Es horrible! dijo, tener una muger que ama quizás como yo amo á Magdalena, y verla sufrir, ¡sufrir de hambre! ¡ver sus ojos empañarse y sus mejillas hundirse! ¡Ah! no, no, pues si la amase como yo amo á Magdalena, le daria de comer su carne y de beber su sangre, ó no esperaria de la piedad el pan para ella; lo pediria como un derecho, y estrangularia con sus propias manos al hombre que se negase, para tomarle ese dinero de que fuera tan avaro.... ¡Oh! dijo, si yo tuviese esa pequeña colocacion, ¡cómo trabajaria para darle un buen y querido bienestar, para colmar sus mas mínimos deseos!»

Y pensó que lo que no estaba seguro de conseguir por su trabajo, la fatiga y la perseverancia, habia hombres que lo alcanzaban con un golpe de la suerte. «¿Quién sabe, dijo, si estos números no deben salir premiados?»

Tuvo una vehemente gana de jugar á la loteria; pero le quedaba tan poco dinero que no se atrevió á arriesgar así no mas cuatro florines.

Al día siguiente, de los cuatro números, tres habian sido premiados; suspiró y exclamó: «¡Oh! ¡no tengo suerte!»

En lo que decia una tontera, así como el hombre que pretende jugar á la ruleta segun ciertos cálculos, que quiere asignar al azar una marcha cierta y le atribuye amor ú odio, de tal manera que ya no seria azar.

Y esta idea que no se tiene suerte es no solamente tonta, pero perjudicial, por motivo que dá desconfianza de sí mismo, no permite obrar sinó con molicie y desaliento, é impide realmente que se tenga éxito.

XXXVII.

Stephen á Magdalena.

Parto, Magdalena; al fin la suerte se declara á nuestro favor: tengo una colocacion, un humilde empleo; los emolumentos son muy módicos, pero dentro de ocho meses se me ha prometido, de un modo seguro, que se me dará otra mucho mas ventajosa cuyos honorarios se elevarán á 1,500 florines.

En ocho meses, Magdalena, en ocho meses serás mia; ¡en ocho meses te conduciré á la Iglesia! Esa colocacion, la conseguiré, pues no se precisa para conseguirla mas que celo y trabajo, y mis fuerzas son mas que humanas.

Estoy enteramente aturdido de felicidad; esta mañana, el viejo catedrático, que, desde tanto tiempo, me decia cada día: «Aun nada tengo para vos», me ha dicho con el mismo tono como me daba la mala noticia: «Tengo vuestro asunto, pero es preciso partir mañana de madrugada.»

Vés, Magdalena, no es menester sino haber dado el primer paso en los empleos de la Universidad y en seguida se ganan los grados. ¡Es cosa cierta, y yo que no creia en la suerte! Vuelve á ver los sitios en donde te dije adios, los sitios que tan tristes te he dejado, vuelve á verlos, nada te dirán que no sea feliz; los volveré á ver yo tambien, sí, volveré; volveré para verlos otra vez contigo, para no dejarte ya; espera; nuestro porvenir está libre de los sombríos vapores que lo oscurecian.

Me acerco de tí, trece leguas solamente nos separarán; ya no estaré sino á tres leguas de la ciudad que habita mi familia y tambien tu amiga Suzana; este viaje va á ser feliz, me acerco de tí y tengo en mis manos nuestro porvenir. Adios, es preciso que haga mi balija; quisiera haber partido y llegado.

XXXVIII.

Instalacion.

Mi cuarto bien tiene siete piés de largo sobre cinco de ancho; hánle puesto un catre de tijera, una mesita, dos sillas, de las cuales una sin respaldo.

Por la ventana, que es menester abrir para poderme poner las mangas de mi vestido, se vé á lo lejos horribles techos de teja, pero, inclinándose un poco á un lado, se divisan las cimas de dos grandes álamos; cuando hayan vuelto á brotar sus hojas, los veré balancearse al viento.

Mi habitacion es muy pobre, pero hace largo tiempo que no me he sentido tan feliz; ante todo, es la primera vez que me encuentro en casa propia, pues esos miserables muebles, los he comprado, los he pagado.

No se comprende bastante la satisfaccion de la casa propia, *del chez soi*; allí se está al abrigo de las miradas de la maldad—allí el orgullo no puede ser herido, y es el único parage donde no se estudian las maneras ni las actitudes—el único donde no se está en espectáculo, donde no se necesita parecer bonito, conformarse con los usos y las exigencias—el único donde no se está bajo ninguna influencia, donde se atreve uno á ser sí mismo sin trabas y sin modificaciones, donde se puede alzar un brazo sin premeditacion, sin haber calculado el efecto desfavorable que ese movimiento puede producir en los demás.

Es preciso que ponga en mis gastos la mas estricta economia, no soy rico, mi colocacion no me vale mas que treinta florines al mes; pero ocho meses, dentro de ocho meses! ¡Oh! á esta idea todo mi cuerpo se estremece, mi corazon se dilata deliciosamente. ¡En ocho meses! felicidad del cielo, seré rico! partiré de aquí para ir á buscar á Magdalena!

¡Salud, oh mi pequeña habitacion! ¡mi pobre cuarto, salud! Te has inaugurado bajo buenos auspicios, las primeras palabras que pronuncio aquí son palabras de dicha y de esperanza.

Mis funciones consisten en hallarme en el colegio á las cinco de la mañana. Hé empezado esta mañana. No sé cómo haré para saber la hora; parecióme ver una iglesia no muy lejos de aquí, debe tener un reloj; voy á acostarme. ¡Oh Magdalena, Magdalena, ven á embellecer mis sueños!

Eugenio á Stephen.

Ya soy distinguido, hermano. Ayer he visto el fuego por primera vez. Al primer tiro de cañon, hé temblado; todos los que me rodeaban no estaban mas serenos tampoco; pero diez minutos despues, las cornetas, los relinches de los caballos, el olor de la pólvora, nos habian embriagado. Maudóse una carga, ya no habia ante mis ojos ni peligro, ni sables, ni pistolas; ya yo no tenia sino una voluntad, la de ir adelante; mi buen caballo volaba, y yo soy quien he dado el primer sablazo.

¡Oh! entonces, hermano, yo tenia la fuerza de diez hombres; mi sable era como una cuchilla de fuego.

De noche se tocó la retirada. Ni siquiera he sido herido. Soy distinguido.

Adios, hermano, debemos montar otra vez á caballo. Yo no habria sabido explicar el hermoso regalo que he recibido, sin tu carta, que tan solo tuve al día siguiente. Gracias, á mi buena hermana; cuando la veré, seré oficial. (Continuará.)

### CORRESPONDENCIA.

PARIS, Marzo 8.

Mi querido Tavolara:

¿Vive aun *La Aurora*? Con calma le he de mandar algun trabajito. Hace apenas quince días que estoy en Paris, y de ellos la mayor parte enfermo. Esa circunstancia me ha privado el poderle enviar nada.

Para el paquete del 25 haré lo posible por hacer efectiva mi oferta.

Poco puedo decirle de esta inmensa ciudad. Es un verdadero infierno donde las horas se deslizan sin sentir con la sola admiracion de las bellezas de arte que encierra.

Pero en medio de la atmósfera de placer que embriaga, hay miasmas pútridos por el despotismo que le infectan.

Para darle á Vd. una idea de la libertad que gozan estos buenos franceses de corazon noble y generoso cuando se apela á sus sentimientos patrióticos, bastará decirle que por la ley de imprenta que los rige no se puede imprimir absolutamente nada sin que primero se obtenga el beneplácito del Ministerio del Interior.

Esto lo he palpado con motivo de la impresion de una obra de nuestro amigo Bossi, que para hacerlo ha sido necesario dirigir una presentacion al Ministerio.

Y si eso es tratándose de viajes á los desiertos del Brasil, ¿qué será en caso de querer entrar en la apreciacion de la política Napoleónica?

Ya que he nombrado á Bartolomé Bossi, voy á hablarle de su publicacion, porque interesa particularmente á la América.

Pocos serán los que no conozcan en esa á este capitán que, durante muchísimo tiempo habita esos países y es conocido como un buen marino.

Como Vd. sabe ha hecho una excursion hasta los desiertos de la provincia Brasilera de Matto Grosso y ahora se propone dar á luz el resultado de sus esploraciones en aquellas selvas vírgenes todavia.

El libro que Bossi ofrece á sus amigos es digno de llamar



a atencion, no por el estilo en que está escrito, pero sí por los importantes datos que suministra á los explotadores de nuestras riquezas americanas.

Todo trabajo que, como este, tienda á hacer conocer la fertilidad de nuestro suelo americano, llamando así la atención de la Europa, es un beneficio que se le procura á esa parte del mundo; pues es el único y mas eficaz medio de hacerle conseguir lo que tanto se afanan los gobiernos por llevar, es decir, la emigracion que conjuntamente con sus personas lleve la civilizacion al corazon de las selvas americanas.

Tan pronto como salga á luz le enviaré un ejemplar, y lo acompañaré de algunas observaciones, porque es deber de todo hombre que se interesa por la prosperidad de ese suelo privilegiado, la propagacion de todo cuanto pueda contribuir á ese logro.

Dígame siempre lo que pase por la tierra. Vd. no ignora que á la distancia todo nos interesa.

Marzo 24.

El deseo de ahorrar portes hace que no le envíe lo ofrecido para su Revista. Tengo mucho escrito y lo llevará el amigo Bossi que parte el mes que viene en el paquete francés.

A este propósito le recomiendo que en *La Aurora* haga mencion del *Viaje á Matto Grosso* de ese amigo, no solo porque en realidad de verdad es digno de encomio todo pensamiento que procura hacer conocer los desiertos americanos, sino tambien porque merece estímulo todo trabajo literario entre nosotros.

No me olvide.

LUIS MAGARIÑOS CERVANTES.

# MÉJICO.

## AL PABELLON NACIONAL.

Á MI QUERIDO HERMANO JOSÉ MARIA VIJIL.

Bendito seas, pabellon hermoso,  
Pabellon que acaricia la victoria,  
Epopéya de un pueblo generoso,  
Emblema del honor y de la gloria.

Cuando así te contemplo enaltecido  
Hasta el cielo se eleva el pensamiento,  
Y el corazon se ajita estremecido  
De orgullo, de placer, de sentimiento.

Tú eres la historia de heroismo llena  
De este pueblo magnánimo y valiente,  
Que rompió, despertando, su cadena  
Del extranjero déspota en la frente.

En tí cifra su gloria y sus amores  
La nacion favorita de los cielos—  
Tú simbolizas con tus tres colores  
La libertad del pueblo de Morelos.

¡Cuán hermoso y cuán grande me pareces,  
Cuando al son del airado torbellino,  
Orgullosa en la atmósfera te meces  
Al sol brillando tu esplendor divino!

Sigue siendo el orgullo de los vientos;  
Sigue flotando así, sigue flotando  
De la patria en los altos monumentos,  
La santa libertad simbolizando.

¡Feliz el que en tu amor siempre ha vivido!  
¡Desdichado el que bárbaro te ofende,  
Porque Dios te bendice conmovido,  
Y un poderoso pueblo te defiende!

Hoy por tí las naciones soberanas  
Sobre la Francia arrojan su anatema;  
Porque hoy hasta en las zonas mas lejanas  
De honor y libertad eres emblema.

Tú alimentas el santo sentimiento  
Que á un porvenir espléndido nos guía;  
Tú inspiras el valor y el ardimiento,  
Tú eres la gloria de la patria mía.

El pueblo por tu amor se alza gigante  
Formando donde estás una muralla:  
Por tu amor hasta el niño vacilante  
Corre á buscar la gloria en la batalla.

De la muerte el guerrero no se asombra,  
Ni de la angustia siente los dolores,  
Cuando muere al abrigo de tu tumba  
Mirando al espirar tus tres colores.

Bendito sea el inmortal destino  
Que el Dios de las naciones te señala;  
Bendito sea tu esplendor divino;  
Bendito seas, pabellon de Iguala!

Yo, con el ansia de mi amor, anhelo  
Qué en donde quiera triunfen tus legiones;  
Que bendito te mires por el cielo;  
Que deslumbre tu gloria á las naciones.

Que ante el valor del pueblo que te adora,  
Perdon pidiendo el invasor sueumba,  
Y te halle al despuntar la nueva aurora  
Del extranjero ejército en la tumba....

.....  
Pero ¡ay! deliro, mi ansiedad es vana,  
Se apagó nuestro espíritu guerrero,  
Y en donde flotas hoy veré mañana  
Flotar el pabellon del extranjero.

¡Ayl de la Francia el águila impaciente  
Tal vez mañana volverá tranquila  
Desde el confin de Yucatan ardiente  
Hasta la playa del undoso Jila.

¡Otro estandarte alumbrarán los cielos  
En donde hoy victorioso te levantas,  
Y jemerán los hijos de Morelos  
De un extranjero déspota á las plantas!

¡La libertad á tierra muy lejana  
Se irá llorando con dolor profundo;  
Y desgarrado tú, serás mañana,  
El escarnio y la fábula del mundo!

¡Nos mirarán lanzando lastimero,  
Los guerreros de Europa, los mas bravos,  
En vez de la cancion de los guerreros,  
El grito de dolor de los esclavos!

¡Implorando del Galo una mirada,  
Suspiraremos lánguida querella,  
Y hundiremos la frente ensangrentada,  
¡Ay! en el polvo que su planta huella!

Victoriosos y avaros de laureles  
Los nuestros ceñirán los invasores,  
Y te hollarán los piés de sus corceles,  
Sagrado pabellon de tres colores!

¡Será nuestro señor el Galo impío,  
Será la esclavitud nuestra existencia!....  
¡No!.... Tan inmenso deshonor, Dios mio,  
No puede permitir la Providencia.

¡Justo Dios! Que nos hieran tus rigores

# LABERINTO.

## Amor, muger y casamiento.

### PENSAMIENTOS DIVERSOS.

(Concluye.)

En Europa, cuando se trata de casamiento, el dote es la carnada que hace picar al pescado.

—El amor es un vapor que vá en línea recta del corazon á la cabeza, y torna fanáticos á aquellos que lo poseen.

—El amor, la tos, el humo y el dinero, no se pueden ocultar por mucho tiempo.

—Entre las mugeres, algunas hay que acreditan que el desden es el medio mas seguro y eficaz para captar la fidelidad de los hombres.

Es un engaño; porque, mientras estos no se convenzan de que al desden sucede la negativa, continuarán siempre triñando la vereda seguida hasta hoy, y tendrán la victoria por ganada é infalible.

—La sonrisa de la muger siempre es señal de bonanza. Dulce y calma, á veces encierra tempestades que terminan en un diluvio de lágrimas.

—Los juramentos son una especie de moneda falsa con que se pagan los sacrificios del amor.

—Los casamientos por inclinacion son mas felices que los de amor, por ser precedidos de mas larga prueba.

—Las mugeres que desatinadamente se atraen la cabeza de los hombres, se hallan en bien poco tiempo bajo sus piés.

### Octava real.

#### ESCELENTE RECETA PARA HACER REALES.

Sobre el árbol caído, pongo el pié,  
Y como la vergüenza la perdí,  
Mi charla, mis principios y mi fé,  
En pública subasta los vendí.  
Adulo al presidente.... ya se vé,  
Porque al servirle á él, me sirvo á mi,  
*Caret lege necessitas*, y yo,  
*Cómo, chupo, me río*, y.... se acabó.

### Cancion.

(TRADUCCION DE PETRARCA.)

¿Qué debo hacer, Amor?  
¿Qué me aconsejas?  
Es tiempo de morir, y ya he diferido demasiado.  
¡Laura ya no existe!  
Se ha llevado mi corazon.

Es preciso seguirla, es preciso terminar mi deplorable vida: es preciso ponerle fin.

¡O muerte! es de tí que puedo tener la esperanza de volverla á ver; ¡cuán doloroso es el esperarte!

La partida de la que yo amaba, me ha privado de todos los placeres, y las lágrimas han sucedido á mis instantes de júbilo: ya no conoceré sus halagos.

Amor, es contigo que me lamento; ¡cuán rigorosa es mi pérdida! bien lo sabes, y tomas parte en la carga de mi dolor..

Esa pérdida nos toca á los dos.  
En un mismo instante el sol se oscureció para ambos, y hemos encallado en un mismo escollo.

¿Qué acentos podrian espresar mi desesperacion?  
¿Qué ingenio seria capaz de pintarla?

¡Ah! mundo ingrato, derrama lágrimas conmigo: estás

Que ya no tenga compasion la muerte,  
Que nos abrasen rayos vengadores....  
Pero no nos humillemos de esa suerte.

Antes que el mundo nuestra infamia vea,  
Antes que llegue tan fatal momento,  
Polvo mil veces nuestra patria sea,  
Polvo que arrastre sin piedad el viento.

Entre tanto que el Galo nos destroza,  
No permanezcan quietas nuestras manos;  
Desde el cielo nos mira Zaragoza:  
¡O libertad ó muerte, mejicanos!

Hoy en la guerra está la independenciam,  
¡Guerra! sí, que por siempre al mundo asombra!  
¡Guerra! para salvar nuestra existencia,  
¡Guerra! por el honor de nuestro nombre!

Que el corazon al vivo nos abraze  
Rencor de muerte despiadado y ciego,  
Para que halle el francés por donde pase,  
Luto y desolacion y sangre y fuego.....

Soberbio avanza el invasor impío....  
¡Gran Dios! ¡qué mengua! llama nuestra puerta!  
¿En dónde estás Hidalgo, padre mio?  
¡Libertador de Méjico, despierta!

Deja un instante tu sepulcro helado;  
Rayos de indignacion lancen tus ojos,  
Y á defender levántate irritado,  
El pabellon que cubre tus despojos.

Siento que el fuego de valor me inflama;  
Siento la dulce fé de la esperanza ....  
¡Guerra al conquistador que nos infama!  
¡Guerra al conquistador, guerra y venganza!

Que nunca por piedad haya tiranos  
Donde hoy la santa libertad impere;  
Que no se vea en extranjera mano  
Nuestra adorada tricolor bandera.

Sucedá una batalla á otra batalla;  
Enfurecido el hierro se despierte;  
Lance el cañon torrentes de metralla-....  
¡Muerte ó victoria, libertad ó muerte!

Destroza ¡oh patria! la soberbia impia  
De esos soldados que humillarte quieren,  
Animo y esperanza, patria mia,  
Dios es Dios, y los pueblos nunca mueren.

Y tú no temas, pabellon querido,  
Ya no temas al Galo que te ofende,  
Porque Dios te bendice conmovido  
Y un poderoso pueblo te defiende.

¡Honor y gloria, pabellon hermoso,  
Monumento que asombra á las edades,  
Epopéya de un pueblo generoso,  
Símbolo de las patrias libertades!

Plegue á Dios que cual nuncio de victoria  
Te respeten los pueblos de la tierra;  
Que eternice de Méjico la gloria  
En medio de la paz y de la guerra.

Y siempre en los altos monumentos,  
Vencedor de los cielos, vencedores,  
Te acaricien las ondas de los vientos  
Y brillen con el sol tus tres colores.

JOSÉ ROSAS.

Leon—1862.



privado de Laura, has perdido tu mas bello adorno, tu mas bello ornato.

¡Tu gloria ya no existe, y aun no lo percibes! no eras digno de conocerla.

¡Oh tierra! no merecias que sus piés te pisaran: su hermosura debía adornar el cielo

¡Ay! ¡ay de mí! he perdido todo.

Esta vida mortal ya no tiene atractivos para mí: me atorrezco, me detesto yo mismo.

Laura, mis lágrimas te llaman, es el único consuelo que me queda.

¡Ay! tantos atractivos, tantas gracias, ya no son sino tierra: eran una imagen del cielo, y nos ofrecian la pintura de los placeres que se gozan en él.

Su alma está ahora en los cielos: esa alma, libre del velo que la cubria, y que debe revestir de nuevo para jamás despojarse de él en adelante, la veremos renacer con atractivos tanto mas divinos, cuanto una beldad eterna excede de mucho á una beldad pasajera.

Vuelvo á ver á esa Laura tan querida; la vuelvo á ver mas hermosa aun.

Es á mi solo que se muestra; ¿á quién su aspecto seria mas agradable?

Su imagen siempre presente, su nombre que repito incesantemente, ese nombre tan precioso que relumba tan suavemente en mi corazon; hé allí lo que sostiene mi vida.

Pero, cuando vuelvo en mí, cuando pienso que he perdido, en su flor, la que hacia toda mi esperanza, Amor, tú sabes á lo que vengo á parar entonces.

Ella misma lo sabe sin duda, ella que está tan cerca de la divina verdad.

¡Oh vosotras, sus compañeras, vosotras que admirabais su porte celestial, sus gracias, sus atractivos, su virtud, tomad parte en mi dolor; que ella excite vuestra piedad!

No es de Laura que debéis tener compasion, no es ella que debéis llorar: ahora ella saborea la paz mas deliciosa; pero me deja en medio de una guerra cruel.

¡Ah! si el camino que debe conducirme hácia Laura me está cerrado por mucho tiempo, el Amor solo puede detener mi brazo dispuesto á cortar mi vida.

Pero él me habla; hácese oír su voz en mi corazon; —díceme:

«Pon un freno al dolor que te domina.

«Por tus deseos insensatos, pierdes el cielo á que aspiras, el cielo que ella habita, donde vive, ella, que todos creen herida por la muerte.

«Ella mira con una sonrisa desdeñosa los bellos pero vanos despojos que ha dejado sobre la tierra

«Tú solo la haces todavia dar suspiros; te prohíbe que guardes silencio, y que dejes oscurecer la fama que te debe y llena tantas partes de la tierra: exige de tí, si sus bellos ojos te fueron caros, si te han hecho probar algun placer, que tu voz se torne aun mas sonora para pronunciar «su nombre.»

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Huid el aire sereno, y el tierno y fresco verdor; no os acerquéis de los lugares en donde luzca la alegría, el regocijo, en donde retumben sonidos encantadores y halagüeños; ¡oh mis versos! tan solo las lágrimas os convienen: vosotros tomáis parte en mi tristeza y en mi duelo; no os debéis mezclar entre los mortales que conocen el júbilo, el regocijo.

Vicuña Mackenna de un viaje que ha practicado últimamente por la línea férrea entre Santiago y Valparaiso, y que él llama *la República Carrilana*.

Empezamos á publicarla hoy, y tal vez se termine en dos números mas.

No crea el lector que se va á echar al enserpo sendas columnas de una árida lectura sobre los trabajos de un ferrocarril, sino amenos trozos de literatura, llenos de incidentes curiosos y hasta con algunos rasgos históricos bastante interesantes.

Dá una idea cabal de los campos, faenas y estension de los trabajos comprendidos en la línea que ha recorrido, y de cuyo viaje ha sabido sacar provecho.

No pierda, pues, el lector esos trozos que ha de leer con sumo gusto.

**Los tiranos.**

¡Ay de los que tiranos  
Al pueblo oprimen,  
Y al clamor del esclavo  
Son insensibles:  
Porque mañana,  
Arderán en el Etna  
De la venganza!

LAPUENTE.

**Bibliografía en Paris.**

Esta obteniendo un éxito fabuloso una novela original de Mr. Pierre Véron, titulada *Souffre plaisir*.

La primera edición se ha agotado en menos de tres semanas; la segunda, á juicio del *Siecle*, correrá igual suerte, siendo, segun sus palabras, este libro uno de los que ocuparán un lugar distinguido en el favor del público, entre las modernas publicaciones francesas.

—Se anuncia la proxima publicacion de un nuevo libro de Augusto Vacquerie titulado *Les Miettes de l'Histoire*.

Dícese que tiene capítulos muy curiosos sobre la vida de los proscriptos de 1851.

—Mr. Mare-Monnier, que se ha creado cierta reputacion en la prensa por sus correspondencias italianas, acaba de publicar, en casa de Michel Levy, un libro lleno de curiosas revelaciones sobre la Camorra, asociacion misteriosa de malhechores que por tanto tiempo ha pesado sobre Nápoles y de la que el gobierno se esfuerza por librar al país.

La *Historia de la Camorra* forma, por decirlo así, el complemento de la *Historia del brigandaje*, obra del mismo autor y de la cual en este momento se está haciendo la tercera edición.

—Ha visto la luz pública una obra de Mr. H. Corné, titulada *Recuerdos de un proscripto*.

Este libro es la imagen animada y fiel de la insurreccion actual: hoy, como en 1848, la guerra se hace en los bosques del Vistala y del Niemen, y los mismos hombres son los que se refugiaron en los bosques de la Lituania.

—Se ha terminado la traduccion de la bella obra de lord Stanhtope, *William Pitt y su tiempo*, precedida de una introduccion por Mr. Guizot.

En ella juega la historia francesa casi tanto como la inglesa; los papeles de Mr. Pitt han proporcionado á su biógrafo multitud de documentos inéditos y preciosos.

—Mr. Castineau ha publicado un libro con el título de *Las mujeres de los Césares*.

Es la historia dramática de las emperatrices de la Roma de los Césares, del bajo imperio y de la edad-media.

—Mr. Mary Safon, uno de los mas notables escritores

franceses, ha publicado un curiosísimo trabajo histórico, relativo á la dominacion romana, bajo el título de *la Peste de Mar ella*.

**Gracias de la infancia.**

A un muchacho muy travieso,  
Su madre le dió un mal rato,  
Aplicándole el zapato  
A un sitio donde no hay hueso.

Con tal rabia y tal despecho  
Quiso vengar sus deslices,  
Que si no dió el *do* de pecho  
Al menos dió el de narices.

Fin la fatiga y la tos  
Dieron al llanto prolijo,  
Y entonces la madre dijo:  
—¿Callaste?... Gracias á Dios.

Pero el chico sin parar,  
Mohino y refunfuñando,  
Contestó: «—Estoy descansando  
Para volver á empezar.»

**Victor Hugo negociante de tabaco.**

Bajo este singular epigrafe publica un diario francés lo siguiente:

«Victor Hugo se estacionó en la Bélgica y en Inglaterra. «En Bruselas vivió algun tiempo con Francisco Victor Hugo el segundo de sus hijos existentes, y que traduce predilectamente á Shakespeare, á la vez que Carlos el mas viejo, compone romances y dramas. Mine. Hugo escribe la vida de su marido, y la Señorita Adela Hugo se presta como una grande artista en música.

«En esta poblacion de Bruselas, llena de heróicos recuerdos al lado de la habitacion de Rubens, y en casa de un negociante de tabaco pararon por algunos meses el padre y el hijo.

«Allí fué donde Julio Janin visitó á Victor Hugo, quedando tan prendado de su robustez que hasta hoy lo recuerdan ambos riéndose como locos.

«De noche, cuando daban las once en la antigua casa de la cámara, el negociante de tabaco que era una muger, acostumbraba cerrar la puerta para ir á acostarse.

«Precisamente á esa hora el traductor de Shakespeare contrajo la costumbre de salir á pasco.

«No teniendo esa casa corredor, resultaba de esa mudanza de costumbres que la vendedora de tabaco se veia obligada á esperar entre marmuraciones y votos la entrada del ausente.

«El padre, elemento como un verdadero padre, sorprendió uno de los altercados que sobrevinieron entre el mozo que entraba y la mercadera que se incomodaba espantando las fantasmas de Horn ó de Egmont, que vagaban de noche por la plaza vieja, é intervino rogando á la buena muger que fuese á dormir desde entonces á su hora predilecta, agregando que él quedaria en la tienda y esperaria la vuelta del vagabundo.

«Fué aceptado este arreglo; y como Victor Hugo es uno de esos trabajadores, que semejantes á la vida y á la muerte, nunca paran, muchas veces á media noche, y muchas veces mas tarde, habia un hombre escribiendo en el mostrador de la tienda de tabaco.

«Entre los transeuntes que atravesaban la plaza, algunos entraban á comprar tabaco.

«Entonces, el hombre que escribia suspendia su tarea y

satisfacia á los marchantes que en la retirada zumbaban de rabia por la poca aptitud de las manos que los servian.

«Lo que esas manos escribian entouces era un libro que el mismo negociante de tabaco comenzó en Paris cuando era par de Francia, un libro que debía terminar en una cabaña, en Waterloo, cerca del campo de batalla.

«Ese libro era el que hoy se conoce con el título de *Los Miserables*.»

**A una niña fea que me ha tocado en suerte.**

Eres tú... si no me engaño,  
Con quien de año me tocó;  
Y dije al saberlo yo,  
¡Mal año, para tal año!

Me desconcertaste, Inés,  
Asi que te conocí.  
¡Empieza bien para mí  
El año sesenta y tres!

¡Buen año!—grita cualquiera.  
¡Año bueno!—Y yo me río;  
Si tú eres el año mio,  
Buen año por Dios me espera.

Te juro por Belechú,  
Que en los veinte y dos que cuento,  
Ni ví, ni veria en ciento,  
Tan mal año como tú.

Bisiesto apellida el mundo,  
A un año que fijamente  
Hay cada cuatro, y la gente  
Le juzga en males fecundo.

Y lo que yo infiero de esto,  
Convencido de mi daño,  
Es que siendo tan mal año  
Tú eres año... *archi-bisiesto*.

Aunque el trigo baladí  
Que coma sepa á cochambre,  
Que vuelva el año *del hombre*  
Porque le prefiero á ti

Año, como descengano,  
Esta epístola te envió:  
¡Dios te confunda, año mio!  
¡Confúndate Dios, mi año!

**Visitado por los aparecidos.**

Un colaborador del *Monde Illustré* que lleva un hermoso nombre, Mr. Alberto de Lassalle, escritor y músico, hijo menor del de Lassalle, que murió de jeneral de division á los 34 años de edad sobre el campo de batalla de Wagram, acaba de escribir una larga y curiosa carta sobre un castillo frecuentado, en el cual ha sido sorprendido por... *los aparecidos!*

Esta carta equivale á una victoria para la *Revista espiritualista*, que se ha apresurado á publicarla:

«El castillo de F... es un castillo construido sobre las ruinas de una antigua torre feudal que dominaba (á 60 leguas al Oeste de Paris) un paisaje sombrío y salvaje, habitado, segun cuentan los antiguos cronicones y las tradiciones locales, por los *aparecidos*.



Me hallaba en F... últimamente....

Hacia las diez de la noche estaba en el salon reunido con los dueños del castillo. Las mugeres bordaban, los hombres leían, nadie pronunciaba una sola palabra. De pronto un violento campanillazo sonó en la cámara situada debajo de la pieza en donde nos hallábamos.

Un criado aparece.

—¿Ha llamado la señora?

—No, Juan.

—Pero, señora, la campanilla del salon....

—Nadie la ha tocado.

—¡Escuchad!

La campanilla se impacientaba, hacia resonar una serie de golpes secos, y despues como un repiqueteo que duraba como dos minutos.

Descendimos á la cámara, y bien pronto oímos, no un campanillazo, sino dos, luego tres, hasta catorce. Para acrecer el alboroto, la campana grande de la casa comenzó á ejecutar su parte de bajo en esta sinfonia endiablada.

Sin embargo, temiéndome alguna mistificación, propúseme comprobar los hechos por una experiencia formal.

Pedi, pues, el permiso de constituirme en dueño del castillo durante una hora. Despues comencé por cerrar todas las salidas del castillo. Hecho esto rogué á todo el personal de la casa, dueños y servidumbre, que descendiera á la sala de la campanilla: en seguida tuve la paciencia de visitar escrupulosamente cada una de las habitaciones cuyas puertas fui cerrando y guardando las llaves en mi bolsillo. Me aseguré bien de que el cordon de la campanilla corría por el hueco del muro, y que por consiguiente nadie podría tocarla.... en fin, bajé á la cámara.... los campanillazos habian tomado las proporciones de una tempestad.

Coji la campanilla mas desordenada é intenté mantenerla en reposo; pero toda la fuerza de mis dos brazos no pudieron vencerla: por otra parte, la campanilla estaba tan caldeada que no pude tenerla mucho tiempo....

.....Bien pronto los muros del castillo comenzaron á estremecerse á los golpes de una cuadrilla de demolidores, cuyas espiochas se oían perfectamente al morder la piedra. Las puertas, despues de franqueadas, se cerraban con estrépito, y entonces atravesaba el aire un quejido como el de una persona que se ahoga. Quise subir la escalera, y á cada paso que daba, un hachazo sonaba distintamente entre mis piés, produciendo el sonido particular del hierro que penetra en la madera. Durante toda la noche las piedras se lanzaban de su asiento: un ser invisible, pero groseramente calzado, se paseaba en el comedor vecino á las cámaras. Salí con una lámpara á fin de sorprender al noctámbulo.... Nada ví, y sin embargo, el ruido de los pasos se dejaba percibir, á tal punto, que no diré que lo veria, pero si que lo oía pasar á un metro de mí.»

### La belleza natural.

Nada mas seductor que una muger hermosa, desprovista de galas y artificios. No pocas veces su coqueteria las hace eclipsar sus encantos, y citanse varios casos en que por su afan de llamar la atencion por medio de adornos, solo han conseguido que se admire el valor de sus joyas.

Entre esos casos, merece citarse el siguiente, que es una verdadera historia:

La princesa de J.... es sin duda alguna la mas hermosa de las damas de la corte de Viena. Las miradas de envidia de sus rivales se lo habian dicho cien veces, y otras cien el círculo mas florido de los pollos *comme il faut* de Viena, que tambien en Viena hay pollos. Unos alababan la magestad

de su apostura, otros el fuego de sus ojos, estos las manos, aquellos el talle, los de mas allá los piés, ó la boca ó la nariz, ó la oreja pequeña, rosada y trasparente. Todo era á su alrededor un concierto de alabanzas, sus oídos se habian acostumbrado á los elogios como á una música conocida y deliciosa.

Una noche el príncipe de J.... entró en el *boudoir* de su muger, á tiempo que esta se vestia para un baile, y le ofreció como recuerdo del aniversario de sus bodas una perla: una perla monstruosa, magnífica con toda la suave opacidad, los cambiantes de mil colores y las condiciones de forma que pueden hacer única una perla entre las mil perlas cogidas en un siglo en la isla cuyo mar las produce.

La princesa, ufana con ella, se la colocó en la cabeza en el punto donde su cabello negro se partía sobre la frente como en dos alas oscuras, y se marchó al baile.

«—¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! ¡Vale un tesoro? No tiene igual!» Hé aquí las exclamaciones que la saludaron á la entrada en el círculo artesano. ¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! Ni una palabra para sus ojos, ni una frase galante á su sonrisa, á la gracia de su fisonomía, á la esbeltez de su talle.

Quando la princesa volvió á su casa, es fama que dijo, arrojando al suelo la famosa perla, y pisoteándola con furia:

«—¡Necia de mí! ¿Quién me ha mandado llevar al baile esa perla, la sola que podía ser mi rival, porque como yo, es la única en Viena?»

Consuélese, pues, las mugeres, si el acaso las priva de uno de sus adornos favoritos.

Poco mas ó menos, la historia de la perla que acabamos de referir, es la historia de todas las perlas del mundo.

Las hermosas, parecen tanto mas hermosas, cuanto mas sencillas, y las feas, si es verdad que hay alguna muger fea en Montevideo, esas están tanto peor cuanto mas se adornan.

### La insurreccion polaca.

En el próximo número publicaremos íntegro el folleto del conde de Montalembert que ha dado á luz en favor del pueblo oprimido por los moscovitas.

Reproduciremos ese interesante escrito, no considerado bajo su punto de vista político, pero como trozo de brillante elocuencia y de justas apreciaciones históricas.

No dudamos que nuestros favorecedores apreciarán debidamente nuestra determinacion.

### Verdades como puños.

El amor es el paraíso de los sábios, el purgatorio de los ricos y el infierno de los pobres.

Mas consigue del avaro un amigo, que una amante: ésta, solo dispone de su corazon: aquel suele disponer de su bolsa.

En la escala de las pasiones humanas, cuesta menos trabajo llegar á la cúspide, que subir el primer escalon.

### No es el mejor regalo.

A una señora tan bella como discreta, le dijo un dia uno de sus amigos:

—¿Sabe Vd., Margarita, que algunos la echan treinta años?

—¡Oh! pues le aseguro á Vd., replicó la dama, que si me los echan no los tomo.